

Nueve estudios
sobre el espacio
Representación y formas
de apropiación



Odile Hoffmann
Fernando I. Salmerón Castro
Coordinadores

SEP



ORSTOM

INSTITUT FRANCAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE POUR LE DEVELOPPEMENT EN COOPERATION

Nueve estudios sobre el espacio

Odile Hoffmann y
Fernando I. Salmerón Castro
coordinadores

Nueve estudios sobre el espacio

Representación y formas de apropiación

304.23

N4638a Nueve estudios sobre el espacio: representación y formas de apropiación // Coombs, Odile Hoffmann y Fernando I. Salazar Castro. -- México: CIESAS ; ORSIOM, 1997.

192 p. : tabs. ; 22 cm.

Los textos incluidos en este vol. se originaron en el encuentro "Organización Social y Representación del Espacio. Seminario Internacional de Investigación CIESAS-ORSIOM", que se llevó a cabo en las instalaciones del CIESAS-Golfo de la Cd. de Xalapa, Ver., entre el 26 y el 28 de septiembre de 1994.

Incluye bibliografía.

ISBN 968-496-334-3

1. Geografía humana - México - Allocuciones, ensayos, conferencias.
2. Comunidad, Organización de la - Allocuciones, ensayos, conferencias.
3. Movilidad social - Allocuciones, ensayos, conferencias.

Portada: *La calle* de Alfredo Zalce.

© Patrimonio artístico de la FGR.

Edición al cuidado de Francisco W. Ponce

Diseño de portada: Luis Andrade

Primera edición: 1997



© Centro de Investigaciones y Estudios

Superiores en Antropología Social

Ediciones de la Casa Chata.

Edif. y Matamoros s/n, Tlalpam

14000, México, D. F.

ISBN 968-496-334-3

ORSIOM

ANISTITUT FOMACIÓNSCULTEURALS DEL GOVERN DE LES ILLES BALEARS I EL COMPLEU DE LA LLETRA I EL DIBUJANT

MISSION ORSIOM-MEXIQUE

Calle Cicarón 609

Colonia Los Morales

11530, México, D. F.

Índice

Agradecimientos	9
Siglas	11
Introducción. Entre representación y apropiación, las formas de ver y hablar del espacio <i>Odile Hoffmann y Fernando I. Salmerón Castro</i>	13
Primera parte. El espacio representado	31
Espacio centralizado/focalizado o espacio reticulado: ¿un problema de escala? <i>Claude Bataillon</i>	33
Notas	43
Tal como se ve desde el mirador: una visión del espacio <i>Alfred Siemens</i>	45
Visión del espacio y representación cartográfica <i>Luc Cambrezy</i>	59
Notas	75
El concepto de cuencas hidrográficas y la planificación del desarrollo regional <i>Roberto Melville</i>	77
Notas	89
Las regiones ambiguas de Veracruz: un ejercicio <i>Jean-Yves Marchal y Rafael Palma Grayeb.</i>	91
Segunda parte. Territorio e identidad.	111
La apropiación del espacio entre nahuas y popolucas de la Sierra de Santa Marta, Veracruz <i>Emilia Velázquez H.</i>	113
Notas	128
Territorio e identidad chinanteca en Uxpanapa, Veracruz <i>José Velasco Toro</i>	133
Notas	151

En busca de sociedades regionales. Inserción social y construcción de la pertenencia territorial	
<i>Marielle Pepin Lehalleur</i>	155
Notas	172
La ciudad: sentidos y representaciones	
<i>Michel Agier</i>	177
Notas	188

Agradecimientos

Este volumen es fruto de un esfuerzo colectivo; además de la participación de los autores con sus artículos —consecuencia de una intensa discusión que comenzó en el encuentro “Organización Social y Representación del Espacio. Seminario Internacional de Investigación CIESAS-ORSTOM”—, varias personas colaboraron muy de cerca en la revisión de los textos y en la elaboración del manuscrito final. Queremos agradecer en particular a Jaime Preciado y a Nelson Minello, así como a los dos lectores anónimos nombrados por el Comité Editorial del CIESAS, quienes realizaron una cuidadosa lectura del texto original completo e hicieron valiosas sugerencias.

No podemos dejar de mencionar la participación de Luc Cambrezy, geógrafo de ORSTOM, que no pudo acompañarnos hasta el final de la elaboración del libro debido a que emprendió nuevas investigaciones en países lejanos, pero que fue miembro esencial del comité editorial.

Por último, quisiéramos agradecer la colaboración de las instituciones patrocinadoras y editoras del libro, así como a los dictaminadores finales cuyos comentarios y sugerencias permitieron “pulir” el manuscrito y darle su forma definitiva.

Siglas

- ACAM:** Archivo de la Comisión Agraria Mixta.
AGN: Archivo General de la Nación.
BD: Banco Interamericano de Desarrollo.
CCI: Central Campesina Independiente.
CNA: Comisión Nacional del Agua.
CNC: Confederación Nacional Campesina.
CONACULTA: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
CP: Comisión del Papaloapan.
FCE: Fondo de Cultura Económica.
GATT: Acuerdo General sobre Aranceles (en inglés).
INEGI: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
MUP: Movimiento Urbano Popular.
NCPE: Nuevo Centro de Población Ejidal.
ONU: Organización de las Naciones Unidas.
PEMEX: Petróleos Mexicanos.
PPS: Partido Popular Socialista.
PRD: Partido de la Revolución Democrática.
PRI: Partido Revolucionario Institucional.
SARE: Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos.
SRE: Secretaría de Recursos Hidráulicos.
TVA: Tennessee Valley Authority.
CIESAS: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
CISNAB: Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
CNRS: Centre National de la Recherche Scientifique.
CEDEAL: Centre de Recherche et Documentation sur l'Amérique Latine.
GRAM: Groupe de Recherches sur l'Amérique Latine.
IHS: Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales.
ORSTOM: L'Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération.
UV: Universidad Veracruzana.

Introducción. Entre representación y apropiación, las formas de ver y hablar del espacio

*Odile Hoffmann
Fernando I. Salmerón Castro*

Los textos incluidos en este volumen se originaron en el encuentro “Organización Social y Representación del Espacio. Seminario Internacional de Investigación CIESAS-ORSTOM”, que se llevó a cabo en las instalaciones del CIESAS-Golfo de la ciudad de Xalapa, Veracruz, entre el 26 y el 28 de septiembre de 1994. En este seminario intervinieron una veintena de especialistas provenientes de diversos países, disciplinas e instituciones. Los participantes centraron sus reflexiones en el análisis del espacio —su conformación, representación, percepción y apropiación— como pilar fundamental de los procesos sociales, culturales, económicos y políticos.

En un principio, los organizadores del Seminario tuvimos la intención de publicar una memoria que contuviera todos los textos de los participantes; sin embargo, había en el conjunto escritos que, a pesar de su gran calidad y relevancia, presentaban una gran heterogeneidad, lo que hacía imposible preparar un volumen conciso y coherente como el que aquí se ofrece. En lugar de difundir Memorias o Actas del Seminario, la comisión editorial optó por reunir aquellos trabajos que, una vez revisados, permitieran avanzar en la discusión de los problemas ligados a las relaciones entre organización social y representación del espacio. El presente libro es fruto de dicho esfuerzo.

En las páginas siguientes quisiéramos poner en contexto el volumen, reseñando las condiciones en las que surgió la idea del Seminario y las consideraciones disciplinarias que estuvieron detrás. En un segundo tiempo, buscaremos resumir los puntos sobresalientes de las discusiones que dieron pie a las líneas temáticas sobre las que se organizó esta colección de ensayos.

Alrededor del espacio, un diálogo ya antiguo...

La idea del seminario sobre organización social y representación del espacio surgió de una doble preocupación. Por una parte, se tenía la inquietud de contribuir al avance de un diálogo entre investigadores de distintas disciplinas, principalmente la geografía y la antropología, ya que todos atendemos al problema del espacio como un elemento sustantivo de los procesos sociales, aunque sea con enfoques y prioridades distintos. Por otra parte, se buscaba despertar el interés de los investigadores sociales por los métodos e instrumentos más apropiados para la descripción y la interpretación de los procesos espaciales.

En los estudios geográficos sobre México, la preocupación por la asociación entre formas físicas y culturales no es nueva; de hecho, es posible, como afirma Bataillon (1969), que la complejidad misma y la sorprendente variedad del medio natural mexicano hayan empujado a los geógrafos hacia la búsqueda de otro tipo de articulaciones menos evidentes. Es así que los interesados en el medio físico se inclinaron desde temprano hacia los paisajes culturales en vez del estricto análisis de elementos naturales visibles. Esta preocupación geográfica, subraya Bataillon, ha sido fecunda, a pesar de ser un camino lleno de escollos, porque obliga a sustentar el análisis en criterios establecidos por otras ciencias humanas en cuanto se abandonan "las seguridades del paisaje". En dichas condiciones, el geógrafo no ha podido terminar de interrogar los paisajes mexicanos cuando ya debe prestar atención a hechos que no son directamente observables en el espacio, como la producción, el consumo o el intercambio.

La estrecha relación que se establece entre la geografía y las disciplinas sociales ha encontrado en México un terreno fértil, cuyos contribuyentes buscan no sólo articulaciones nuevas frente a las dificultades del terreno, sino también alternativas al determinismo geográfico. Este camino ha pasado justamente por la exploración de la interacción entre espacio y sociedad.

Uno de los grandes exponentes de las escuelas mexicanas es Ángel Bassols, quien considera a la geografía como una ciencia práctica que debe ser utilizada como herramienta para el desarrollo. Por lo tanto, para él, la disciplina debe entrelazar la lectura de los elementos naturales con hechos de la demografía, la economía y la historia. La finalidad de la geografía es el estudio del sentido espacial de los fenómenos, la regionalización, la localización de lo continuo y lo discontinuo, la comprensión de la diversidad y la homo-

geneidad en la geosfera. La geografía económica es en sí misma una disciplina cuyos propósitos se orientan principalmente a evaluar la relación del medio y los recursos naturales que las personas en sociedad utilizan, o pueden utilizar, con la organización para la producción de esas colectividades. El instrumento fundamental de este análisis es la región. Bassols considera que en la región económica se resume la interacción naturaleza-sociedad y, por lo tanto, es ahí donde mejor se puede estudiar el medio físico y los ecosistemas, su impacto sobre la vida social y el resultado de la acción de la sociedad en la naturaleza (v. Bassols, 1979 y Delgado y Tomes (eds.), 1990).

La influencia de Bassols, desde la UNAM, ha impulsado una corriente de la geografía mexicana responsable de explorar con grandes frutos los confines de la disciplina. La idea de una geografía económica y social contempla un compromiso de la disciplina con el análisis regional, la población, las ciudades y la defensa del medio ambiente (v. por ejemplo, Bassols (coord.), 1982 y Bois (coord.), 1987).

Una veta influyente en la geografía mexicana ha sido el trabajo de la geografía humana y la geografía histórica francesas. El papel desempeñado por Claude Bataillon, con sus obras sobre las regiones geográficas y la relación entre la ciudad y el campo, ha sido fundamental (1969 y 1972). Deben incluirse aquí obras como la Geografía económica (1968) de Alejandra Moncayo, la obra sobre la colonización del trópico húmedo de Revel-Mouroz (1980) y el estudio sobre Guadalajara de Rivière D'Arc (1973). En los últimos diez años, deben destacarse contribuciones como las de Cambrey (1991, 1992), Hoffmann (1992, 1993, 1994, 1995), Manchal y Palma (1985), Palma y Marchal (1995) y Prévot Schapira y Revel-Mouroz (1995). Todos ellos tienen en común la insistencia en el análisis del paisaje, la tierra, el territorio, la población, las estructuras productivas y la organización del poder como componentes esenciales de la caracterización del espacio. Con otras preocupaciones, pero con influencia de la tradición geográfica francesa, pueden citarse trabajos como los de Pucciado (1992) y Hiernaux (1994, 1995), quienes intentan demostrar las estrechas relaciones entre poder e integración territorial.

Bernardo García Martínez, desde la historia, ha puesto énfasis en los aspectos posibilistas de la geografía. El autor ha insistido en la utilidad del concepto de paisaje (asociación distintiva de formas físicas y culturales) y la necesidad de una geografía histórica de México que tome en cuenta criterios fundamentales del análisis espacial. Su trabajo combina, por un lado, factores fisiográficos y ecológicos y, por otro, elementos históricos y culturales (v. García, 1976 y 1987). En esta línea de investiga-

ción debe incluirse el trabajo de Luis Aboites (1995), quien enlaza la geografía, la antropología y la historia.

En la antropología mexicana, el sustento espacial ha sido una preocupación permanente. Tanto las regiones de refugio, como los sistemas hidráulicos, la producción campesina, los asentamientos urbanos, obreros e industriales y los sistemas regionales de dominación política, tienen un soporte espacial característico y una elaboración cultural propia.

Históricamente, el punto de encuentro entre ambas disciplinas fue, sin lugar a duda, la reflexión acerca de los procesos regionales. Manuel Gamio, en su célebre estudio sobre el valle de Teotihuacan, al comienzo de los años veinte, defendía la necesidad de su trabajo haciendo ver que “población y territorio son entidades íntimamente ligadas y dependientes una de otra”, por lo que “precisa conocer integralmente a ambas” (1922: ix). Debido a convicciones de esta índole, la preocupación por el espacio en la formación de los primeros antropólogos de la Escuela Nacional de Antropología fue fundamental. En esos primeros años, personalidades como Pedro Armillas, preclaro topógrafo, artillero y caminante insaciable, condujeron a una vertiente de la antropología mexicana por el camino de la lectura cuidadosa del paisaje (v. Durand, 1990 y Rojas (ed.), 1991). En esta misma línea, la definición de los criterios básicos para la comprensión del México prehispánico llevaron a Paul Kirchhoff a poner el acento en los límites geográficos, al lado de los componentes étnicos y culturales, para la definición de Mesoamérica (Kirchhoff, 1943).

El papel del entorno y los recursos ambientales se encuentran así en el centro de la discusión antropológica desde esos años. De este modo, la región de refugio tiene, para Aguirre Beltrán, a la “ecología enemiga” como un componente esencial del “proceso dominical”. La definición fisiográfica de la región de refugio es tan importante como sus componentes de estructura social. Además, en ellas el espacio desempeña un doble papel: como condición de aislamiento de la sociedad mayor y como territorialidad defensiva que se incorpora a la propia cosmovisión de los pueblos indios (v. Aguirre Beltrán, 1967 y 1986). Aunque algunos especialistas han criticado el énfasis puesto a las determinantes geográficas en la organización del proceso dominical (Hunt, 1969), no puede dejar de reconocerse la influencia tanto teórica como política del esquema de Aguirre Beltrán para la organización espacial del país.

En otra vertiente teórica, Ángel Palerm puso más atención al control y usufructo de recursos productivos fundamentales, como el agua y la tierra, en la conformación del espacio y la sociedad de Mesoamérica (v. Palerm, 1973). Tales preocupaciones no sólo resultaron fundamentales para la dis-

cusión, en la antropología mexicana, de temas como el modo asiático de producción basado en las grandes obras hidráulicas, los estudios sobre tecnología y sobre economía campesina, sino que impulsaron investigaciones sobre complejas relaciones entre territorio, tecnología y organización social del poder (v. Schaedel, 1987 y Fábregas, 1987).

Inquietudes de este estilo están presentes en una buena parte de los estudios sobre Morelos de los años setenta. Cabe destacar entre ellos los de Guillermo de la Peña (1980) y Arturo Warman (1976) por el cuidado con que atienden al territorio como parte de la realidad que analizan. El trabajo de Warman sobre las estrategias de vida campesina y la forma en la que éstas atienden rigurosamente al comportamiento de la tierra, el agua, el clima y la luz, es hoy un clásico. Algo similar puede decirse de los estudios realizados sobre los Altos y el sur de Jalisco, en vetas similares, impulsadas desde el CISINAH-CIESAS y la UAM Iztapalapa. En el terreno que aquí nos ocupa, una aportación sustantiva de estos estudios fue el mostrar el papel de la interacción entre territorio y formación regional, alcanzando en algunas zonas características de territorialidad casi étnicas (v. Fábregas, 1986). El peso de esta cercana relación entre la definición de un espacio regional y la estructura de las relaciones sociales es algo que Guillermo de la Peña ha subrayado como elemento-base de los estudios regionales en la antropología (De la Peña, 1981 y 1986).

Como puede apreciarse, los estudios regionales no pueden prescindir de una descripción cuidadosa del paisaje y el entorno geográficos, ni de la reconstrucción de tales elementos en las versiones culturalmente mediadas de sus habitantes. Las regiones son sistemas contingentes cuya organización y límites se renegocian constantemente, pero tienen siempre un referente espacial descriptible y susceptible de representación (v. Velázquez, 1994). Sin embargo, para lograr una buena comprensión e interpretación de éste, es necesario dominar el empleo de algunas herramientas esenciales, las cuales deberían ser comunes entre antropólogos, historiadores y otros científicos sociales. Hasta la fecha muchas de estas herramientas son consideradas específicas de la geografía humana, en la medida en que privilegia el análisis del espacio-paisaje como integrante e integrador de los hechos sociales; es decir, a la vez sustento, participante y resultado de la construcción de las sociedades. Es claro que el manejo de dichos instrumentos tiene un respaldo teórico y metodológico. Sin embargo, hasta ahora éste suele desconocerse por aquellos investigadores sin entrenamiento en geografía, ya que rara vez aparece explícitamente en los trabajos especializados. Por lo tanto, y con el afán de complementar la discusión teórica, el seminario pretendía constituirse en plataforma para que los participantes

adquirieran experiencia en el empleo de herramientas conceptuales y metodológicas, útiles para el conocimiento y la representación del espacio y sus mediaciones culturales.

...y sin embargo aún por consolidar. Términos y aportes del debate

La discusión del encuentro giró alrededor de tres temáticas centrales: el espacio en el enfoque histórico regional; la conceptualización y la(s) definición(es) de espacio y región; y las nociones de territorio y espacio, o el espacio como ámbito de negociación cotidiana. En cada temática se intentó revisar el estado de la discusión y esbozar los caminos abiertos para el futuro. Esta revisión es urgente no sólo para nuestro trabajo común, sino también para hacer frente a las nuevas preguntas y los nuevos contextos en que éstas surgen hacia el fin de milenio. Todos concordamos en que el espacio participa no sólo como contenedor o soporte material de los procesos sociales, sino también como un elemento activo que influye en la estructuración misma de la sociedad. Nuestras investigaciones contribuyen a precisar los factores que afectan la distribución espacial de las actividades humanas, así como los que inciden sobre la apropiación y transformación del espacio. No obstante, queda por entender la manera en que van a influir los cambios operados por la compresión del tiempo y el espacio que parecen caracterizar al fin del milenio (Harvey, 1989 y Chapman, 1979), resultado en gran parte del uso y difusión de nuevas tecnologías de comunicación.

Como suele suceder, las reflexiones vertidas durante el seminario no se apegaron estrictamente a la mecánica que los organizadores habíamos imaginado al inicio. De la gran riqueza de los intercambios, sobresalieron dos grandes vertientes de la discusión, que hemos retomado para elaborar el plan de este libro.

Por un lado, se puso énfasis en las características que el espacio asume desde el punto de vista del observador. Ahí se discutieron cuestiones relativas a la “calificación” del espacio visto desde fuera —incluyendo su representación cartográfica—. Se pusieron de relieve los problemas ligados a la disponibilidad de datos pertinentes, las escalas y niveles de obser-

vación, el establecimiento de continuidades y discontinuidades en el espacio, así como el reconocimiento y la evaluación de los límites territoriales.

De entrada, la visión misma que asume el observador implica ciertos sesgos que no pueden ignorarse en la interpretación, so pena de caer en una supuesta objetividad, engañosa y poco útil para la comprensión de los procesos espaciales y sociales. El espacio “real” y “verdadero” no existe fuera de ciertos marcos conceptuales, independientemente de que se hagan o no explícitos. Lo que se pone a discusión no es sólo la perspectiva del observador, sino la construcción misma del espacio en una relación dialéctica entre la visión panóptica, desde arriba, dominante, y la visión interna, desde abajo, dominada. Esto puede apreciarse con claridad en el artículo de Alfred Siemens, quien desarrolla estas ideas, clásicas en geografía, a partir de un bagaje teórico renovado y estimulante, de corte netamente sociológico y antropológico.

La representación cartográfica de los procesos enfrenta las mismas disyuntivas y ambivalencias. El cuestionamiento de las perspectivas adoptadas por el investigador y, en particular, de los límites territoriales y espaciales que él establece en el transcurso de la investigación, se vuelven sujetos clave de la misma. Los presupuestos del observador requieren hacerse explícitos para evitar una objetivación del espacio —y de sus límites y configuraciones— que borra su complejidad y sus interconexiones con otros ámbitos de la sociedad. El ensayo de Luc Cambrezy demuestra cómo lo que suele concebirse como mera técnica cartográfica —el uso de “coremas”, por ejemplo— implica, de hecho, un conjunto de presupuestos acerca de la organización de la sociedad. Ciertos tipos de representación cartográfica del espacio corresponden a determinadas opciones políticas, no exentas de repercusiones prácticas. Tenemos múltiples ejemplos de esto en la elaboración, justificación e instrumentación de políticas nacionales o regionales de desarrollo.

En este último sentido, el ensayo de Roberto Melville reconstruye en el tiempo, desde el siglo XVII, la forma en que nace y se difunde un concepto que fue netamente geográfico en sus inicios y que tiene importantes aplicaciones de desarrollo regional hasta nuestros días. Las cuencas hidrográficas aparecen, desde esta perspectiva, como entidades espaciales con fines operativos de acción política. Aquí el espacio se define por sus características morfológicas, las cuales guían y determinan un cierto tipo de acciones y un cierto tipo de organización social para el trabajo (pensamos en los distritos de riego, por ejemplo).

La delimitación de unidades territoriales con fines administrativos también conlleva modificaciones de comportamiento en el uso y en los mo-

dos de apropiación del espacio. Así lo conciben Jean-Yves Marchal y Rafael Palma, quienes reconocen en el municipio mexicano la unidad espacial que es, a la vez, entidad y eslabón fundamental de la estructuración, no sólo político-administrativa, sino también social y cultural del país. El análisis de los datos censales con base en la repartición municipal, permite ver ciertas tendencias en la organización espacial y regional, que son socialmente significativas. Las fronteras estatales, por ejemplo, entre Veracruz y Tamaulipas, se corresponden con variaciones sustanciales con los modos de explotación —sea agrícola, industrial, en el trazo o diseño de vías de comunicación o en modelos de poblamiento— de un medio “natural” por lo demás bastante diversificado.

En el mismo orden de ideas, Claude Bataillon, al explorar la relevancia de los problemas de escala, subraya de qué manera una alternancia de perspectivas —de niveles de observación— permite atender a la diversidad, validez y legitimación de las unidades territoriales. Muestra cómo el papel de los diversos agentes en la organización del espacio tiene que ver con planes globales cuya lógica depende del tipo de funciones que buscan instrumentarse. Así, por ejemplo, en México la lógica administrativa dio origen a arreglos territoriales específicos, que no coinciden estrictamente con los de la burocracia eclesiástica, o con los tejidos empresariales, o con las redes de intercambio comercial. Sobre este esquema se superponen los sistemas de comunicaciones que introducen sus propias limitaciones y posibilidades.

Por otra parte, la escala de observación afecta la evaluación que hacemos de fenómenos tan diversos y fundamentales para las sociedades, como pueden ser el aislamiento, la distancia, el tiempo o la eficacia de las vías de comunicación y la tecnología de transporte. El desarrollo de infraestructura (red de carreteras, electrificación, escuelas), por ejemplo, puede estimarse muy elevado a nivel nacional, como lo señala Bataillon. Sin embargo, en el nivel local de esa misma realidad se sigue luchando con problemas de acceso y abastecimiento que no corresponden con la percepción de la escala mayor.

Esto nos lleva al segundo gran tema de la discusión: el espacio desde la perspectiva de los sujetos sociales. El problema de la apropiación del espacio por diversos actores sociales y sus circunstancias se manifestó, a su vez, en dos vertientes, ciertamente entremezcladas. Por una parte, se insistió en el uso, control y explotación de un espacio determinado por límites y, a veces, incluso, fines preestablecidos por agentes externos a la localidad o región. Por otra parte, se insistió en los mecanismos de apropiación, creación e innovación territorial y en los significados políticos, sociales y culturales que pueden tener tales mecanismos.

El espacio calificado desde fuera es el que aparece en la región estudiada por Emilia Velázquez, donde la reforma agraria redefine los límites y el valor del territorio, desde fuera y con intereses extralocales. Sin embargo, en este caso las sociedades locales desarrollan toda una serie de estrategias y prácticas que acaban por desviar los lineamientos iniciales y lograr una mejor correspondencia con las necesidades sociales y culturales de los pobladores. En la elaboración de tales estrategias se van delineando “nuevos” grupos sociales adentro de la misma sociedad local —indígena en el caso de la Sierra de Santa Marta, en Veracruz—. La consolidación de estos grupos con intereses encontrados, lleva a la afirmación de nuevos valores o, por lo menos, nuevas formas de acción política que desembocan en procesos renovados de conformación de identidades.

En la misma línea de argumentación, el texto de José Velasco muestra cómo los intereses nacionales de generación de energía, mediante la construcción de una presa hidroeléctrica, llevan al reacomodo de un número significativo de pobladores originales, lo que transforma radicalmente su cultura y sus formas de vida. Los actores locales responden y se adaptan en términos de innovaciones culturales o tecnológicas, pero, a fin de cuentas, se enfrentan a cambios que no dependen de ellos y que se rigen por una lógica que les resulta ajena. Si bien el autor pone de relieve los mecanismos de creación de una nueva territorialidad, en un medio silvícola (la selva del Uxpanapa, en el sur de Veracruz) desconocido por estos campesinos indígenas originarios de la sierra oaxaqueña, también subraya las limitaciones de la misma, y la sujeción persistente de estas sociedades locales nacientes al poder central y a sus intereses.

Precisamente el tema de la acción política local, en su relación con lo que en el artículo se llama la pertenencia territorial, está en el centro del texto de Marielle Pepin Lehalleur. La autora busca desmenuzar la forma en que se construyen varias legitimidades y normas de acción colectiva, y analiza a qué espacios y territorios corresponden cada una de ellas. Es así como vemos entrar en conflicto lealtades nacidas en los ámbitos familiar y corporativo, por ejemplo, a la vez que se reafirma la entidad comunitaria —el pueblo, el ejido— como el nivel territorial de mayor pertinencia para hacer explícitos los intereses particulares y colectivos, es decir, para el ejercicio de “la política”.

En la misma tónica, el último ensayo parte de un análisis detallado de los mecanismos de apropiación —material o simbólica— y transformación del espacio, para llegar a una descripción de los ámbitos de vida y de la organización de la vida cotidiana alrededor de lugares o espacios significativos. Este enfoque nos remite a la esfera de la construcción de identi-

dades y de acción política, entendida ésta como la expresión conflictiva de las voces de los habitantes. La peculiaridad de los comportamientos espaciales es culturalmente significativa, llegando a fungir como signo de “distinción” (Bourdieu, 1979) frente a los demás actores que comparten el mismo espacio. Aunque con un trasfondo teórico distinto, Michel Agier también interpreta la diferenciación espacial en Santiago de Bahía, en Brasil, como la construcción de “regiones” dentro de la ciudad. Muestra después cómo éstas funcionan como marcas de identificación mutua entre las diversas poblaciones que conforman la ciudad.

Epílogo

En general, geógrafos y antropólogos coinciden en concebir al espacio como un ámbito de negociación cotidiana entre los actores, como un elemento que se redefine y conceptualiza de diversas formas, en estrecha vinculación con las relaciones sociales, los flujos económicos y las características físicas del territorio, pero también con las representaciones culturales de cada pueblo. “El espacio no es nada sin sus creadores, que son a la vez sus usuarios. Los ‘productores del espacio’ no son sino los ‘actores sociales’, que son tanto productores como consumidores; al mismo tiempo autores, actores y espectadores” (Brunet, 1990). Los artículos que se incluyen en esta colección documentan y exploran la relevancia de la constitución de espacios sociales cuya relación con el espacio físico no es directa ni mecánica. Además, los autores ponen énfasis en que este proceso puede trascender las propias limitaciones del territorio inicialmente asociado con algún actor social —individual o colectivo— o con alguna característica física.

Con estos señalamientos queremos destacar que existe un relativo consenso alrededor de algunas nociones, algunas ya bien establecidas y otras emergentes. Como han señalado especialistas en estos temas, el espacio se construye socialmente, es un producto social (Lefebvre, 1974); se transforma y reinterpreta cotidianamente por las poblaciones que lo explotan, lo viven, lo atraviesan (Buttimer, 1989; Frémont, 1976 y Bailly, 1991); su manejo es un instrumento de control y dominación política (Claval, 1978; Reynaud, 1981 y Lacoste 1976) que puede, en un momento dado, revertir-

se y constituirse como una herramienta de **lucha** y **desarrollo** alternativo (v. Gagnon, 1994). Con base en los textos que aquí presentamos, quisiéramos invitar a que la discusión fuera más lejos. Como podrá verse, se postula que el espacio no sólo es socialmente construido, sino que participa en la construcción social. El espacio es consustancial a la sociedad y a la política (Levy, 1994); espacio y sociedad no existen separadamente.

Por otra parte, se reconoce en el espacio una dimensión cultural que no aparecía con tanta fuerza en foros anteriores, o que había desaparecido bajo los viejos ropajes del folklore y las culturas locales. Hoy vuelve con mayor intensidad, enriquecida y bajo nuevas luces teóricas. La calificación del espacio local, por ejemplo, lejos de traducir únicamente la persistencia de tradiciones y de un cierto “apego al terruño” (que por supuesto existe, v. L. González, 1968), es una experiencia cultural, colectiva y compleja, donde resalta como proceso fundamental el otorgamiento de nombres y posiciones relativas a los lugares. Las formas en las que la apropiación territorial se lleva a cabo tienen, incluso, relevancia para el establecimiento de límites y posibilidades para la acción (v. Augé, 1994).

Estas evoluciones se traducen en la terminología misma. “Territorio” se volvió una palabra común en el diálogo entre geógrafos, historiadores, antropólogos y otros científicos sociales. La definición del concepto, por supuesto no es única, aunque se comparte generalmente la noción de un espacio apropiado mítica, social, política o materialmente por un grupo social que se “distingue” de sus vecinos por prácticas espaciales propias (v. Bonnemaison, 1986). Hablar de territorio implica elucidar los mecanismos de territorialidad, que a su vez se asocian a procesos de reconocimiento, invención o reinterpretación de identidades, sean endógenos o atribuidos. En nuestra época, fértil en recomposiciones de procesos forjadores de identidades, es de primera importancia analizar esta problemática (v. Saez, 1995). Resulta esencial comprender la naturaleza de los espacios políticoeconómicos diferenciados (regiones, naciones, ciudades) como sitios de producción cultural, para poder estudiar las construcciones de los actores específicos que en interacción producen las culturas nacionales, regionales o urbanas que se constituyen en el cemento de las identidades, tal como ha subrayado Claudio Lomnitz (1995).

El tema en el que no existe consenso, sino que abre caminos inexplorados, es el de la representación del espacio. No nos referimos aquí tanto a la perspectiva de los propios actores-habitantes-usuarios del espacio, sino a la de las disciplinas científicas. Es claro, como hemos señalado, que no existe la posibilidad de aprehender el espacio *a priori*. La representación del espacio requiere, para ser útil, del empleo cuidadoso de la crítica de

los supuestos abscondidos del investigador. Es urgente aprender a explicitar nuestras propias normas y visiones del mundo, para poder relativizar y “posicionar” nuestras interpretaciones en marcos teóricos y conceptuales globales, los cuales comprenden dimensiones ideológicas y éticas con repercusiones políticas. Esta discusión está presente desde Lacoste, pero obras recientes vuelven a llamar la atención, con enfoques renovados, sobre este aspecto (Cambrezy y De Maximy, 1995). La manipulación de instrumentos de representación del espacio (como los mapas) es fundamental para el manejo de los espacios que son consustanciales de la vida social y de la creación cultural. Con esto volvemos al ensayo con el que se inicia el libro y a su preocupación por la concepción, la representación y la manipulación del espacio desde diversas perspectivas. Confiamos en que esta colección de ensayos cumplirá el propósito de animar la reflexión y contribuir a la discusión de los temas aquí enunciados.

Bibliografía

ABOITES AGUILAR, LUIS

1995 *Norte precario: poblamiento y colonización en México (1760-1940)*, El Colegio de México, México.

AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO

1967 *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizoamérica*, Instituto Indigenista Interamericano, México.

1986 *Zongolica: encuentro de Dioses y Santos Patronos*, Universidad Veracruzana, Xalapa.

AUGÉ, M.

1994 *Espacio y alteridad*, Revista de Occidente, Madrid.

BAILLY, A. et al.

1991 *Les concepts de la géographie humaine*, 2a. ed., Masson, París.

BASSOLS BATALLA, ÁNGEL

1979 *México: formación de regiones económicas. Influencias, factores y sistemas*, UNAM, México.

BASSOLS BATALLA, ÁNGEL (coord.)

1982 *Realidades y problemas de la geografía en México*, Nuestro Tiempo, México.

BATAILLON, CLAUDE

1969 *Las regiones geográficas en México*, Siglo XXI, México.

1972 *La ciudad y el campo en el México central*, Siglo XXI, México.

BOILS, GUILLERMO (coord.)

1987 *México: problemas urbano regionales*, UNAM-IHS-GV Editores, México.

BONNEMAISON, J.

1986 *La dernière île*, ORSTOM, París.

BOURDIEU, PIERRE

1979 *La distinction*, Les Editions de Minuit, París.

BRUNET, R.

1990 "Le déchiffrement du monde", en: *Géographie Universelle*, t. Y: Mondes nouveaux, Hachette, París.

BUTTNER, A.

1989 "Geography, Humanism and Global Concerns", en: *Annals of the Association of American Geographers* (s.l.), pp. 79, 277-292.

CAMBREZY, LUC

1991 "La distribución de la propiedad social en el estado de Veracruz", en: *Geografía y Desarrollo* (México D. F.), vol. II, núm. 6, pp. 30-62.

1992 "Terre et territoire au Mexique (Veracruz). De la réforme agraire a la fiction municipale", en: *Cahiers des Sciences Humaines* (París, Francia), vol. 28, núm. 4, pp. 625-642.

CAMBREZY, L y R. DE MAXIMY

1995 *La cartographie en débat*, Karthala-ORSTOM, París.

CHAPMAN, KEITH

1979 *People, Pattern and Process. An Introduction to Human Geography*, Edward Arnold, Londres.

CLAVAL, P.

1978 *Espace et pouvoir*, PUF, París.

DE LA PEÑA, GUILLERMO

1980 *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos*, CISHAH (Ediciones de la Casa Chata), México.

1981 "Los estudios regionales y la antropología social en México" en: *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (Zamora, Michoacán), vol I, núm. 8, otoño, pp. 43-93.

1986 "Poder local, poder regional: perspectivas socioantropológicas", en: J. Padua y A. Vanneph (eds.), *Poder local, poder regional*, El Colegio de México-CEMCA, pp. 27-56, México.

DELGADILLO MACÍAS, JAVIER y FELIPE TORRES TORRES (eds.)

1990 *30 años de investigación económica regional en México. El pensamiento y la obra del geógrafo Ángel Bassols Batalla*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, México.

DURAND, JORGE

1990 "Por una antropología pedestre. Entrevista a Pedro Armillas", en: J. Durand y L. Vázquez (eds.), *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, INI, México.

FÁBREGAS, ANDRÉS

1986 *La formación histórica de una región: los altos de Jalisco*, CIESAS (Colección Miguel Othón de Mendizábal), México.

- 1987 "El modo asiático de producción en la obra de Ángel Palerm", en: Susana Glantz (ed.), *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*, FCE, pp. 147-164, México.
- FRÉMONT, A.
1976 *La région, espace vécu*, PUF, París.
- GAGNON, C.
1994 *La recomposition des territoires: développement local viable*, L'Harmattan, París.
- GAMIO, MANUEL
1922 *La población del valle de Teotihuacan* (ed. facsimilar, 1979) Secretaría de Agricultura y Fomento-Dirección de Antropología-INI, México.
- GARCÍA MARTÍNEZ, BERNARDO
1976 "Consideraciones corográficas", en: *Historia General de México*, El Colegio de México, México.
1987 *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, El Colegio de México, México.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS
1968 *Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México.
- HARVEY, DAVID
1989 *The Condition of Post-Modernity*, Blackwells, Oxford.
- HIERNAUX, DANIEL
1994 "De frente a la modernización: hacia una nueva geografía de México", en: Mario Bassols (coord.), *Campo y ciudad en una era de transición. Problemas, tendencias, desafíos*, UAM-I, pp. 19-46, México.
1994 "Le modèle territorial du Mexique vers l'an 2000: à la recherche d'un scénario viable", en: Prévôt Schapira y Revel-Mouroz, *Le Mexique a l'aube du troisième millénaire*, CREDAL-Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, pp. 147-159, París.
- HOFFMANN, ODILE
1992 *Tierras y territorio en Xico, Veracruz*, Gobierno del Estado de Veracruz (Colección v centenario), Xalapa.
1993 *Rumbos y paisajes de Xico. Geografía de un municipio de la sierra de Veracruz*, Instituto de Ecología-ORSTOM, Xalapa.

- 1995 "Los territorios detrás de los sectores... Economía y política en una región agrícola (Martínez de la Torre, Veracruz)", en: Minello, Nelson *et al.*, *Poder local en el Golfo de México*, El Colegio de México (Cuadernos del CES, 38), pp. 21-97, México.
- HOFFMANN, ODILE y EMILIA VELÁZQUEZ (coords.)
1994 *Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de regiones*, Universidad Veracruzana-ORSTOM, Xalapa.
- HUNT, ROBERT C.
1969 "Regiones de Refugio, a Review", en: *American Anthropologist* (Washington, E.U.), vol. 71, núm. 3, pp. 545-552.
- KIRCHHOFF, PAUL
1943 "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en: *Acta Americana* (México D. F.), i:1.
- LACOSTE, YVES
1976 *La géographie ça sert d'abord à faire la guerre*, Maspero, París.
- LEFEBVRE, HENRI
1974 *La production de l'espace*, Anthropos, París.
- LEVY, J.
1994 *L'espace légitime. Sur la dimension géographique de la fonction politique*, Ediciones de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, París.
- LOMNITZ-ADLER CLAUDIO
1995 *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, Joaquín Mortiz-Planeta, México.
- MARCHAL, JEAN-YVES y RAFAEL PALMA
1985 *Análisis gráfico de un espacio regional: centro de Veracruz*, INIREB-ORSTOM, Xalapa.
- PALERM, ÁNGEL
1973 *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, SEP-INAH, México.
- PALMA, RAFAEL y JEAN-YVES MARCHAL
1995 "Álamo y Tuxpan. Una demografía diferencial entre dos municipios cercanos", en: Minello, Nelson *et al.*, *Poder local en el Golfo de México*, El Colegio de México (Cuadernos del CES, 38), pp. 99-114, México.

PRECIADO CORONADO, JAIME

1992 *Por una geografía del poder: la inversión pública en la Federación y en Jalisco*, Universidad de Guadalajara (Colección cuadernos de difusión científica, 31), Guadalajara.

PRÉVÔT SCHAPIRA, MARIE-FRANCE y JEAN REVEL MOUROZ

1995 *Le Mexique a l'aube du troisieme millenaire*, CREDAL-Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, París.

REVEL-MOUROZ, JEAN

1980 *Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo mexicano*, FCE, México.

REYNAUD, A.

1981 *Société, espace et justice: inégalités régionales et justice socio-spatiale*, PUF, París.

RIVIERE D'ARC, HELENE

1973 *Guadalajara y su región*, SEP (Sepsetentas, 106), México.

ROJAS, TERESA (ed.)

1991 *Pedro Armillas: vida y obra*, CIESAS-INAH, 2 vols., México.

SAEZ, J. P. (coord.)

1995 *Identités, cultures et territoires*, Desclée de Brouwer, París.

SCHAEDEL, RICHARD P.

1987 "Control del agua y control social", en: Susana Glantz (ed.), *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*, FCE, pp. 126-146, México.

VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, EMILIA

1994 *Cuando los arrieros perdieron sus caminos*, El Colegio de Michoacán, Zamora.

WARMAN, ARTURO

1976 *...Y venimos a contradecir, los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, SEP-CIESAS, México.

Primera parte
El espacio representado

Espacio centralizado/focalizado o espacio reticulado: ¿un problema de escala?

Claude Bataillon¹

A nivel teórico, la organización espacial puede concebirse como un juego de escalas entre unidades “iguales” de un cierto nivel (municipios, por ejemplo) que dependen de un centro polarizador (la capital provincial o estatal en el caso de México). Al nivel superior, todas las provincias (la capital provincial o estatal en el caso de México) son “iguales” y dependen de la capital nacional; al nivel inferior, cada cabecera municipal funge, a su vez, como un centro polarizador para aldeas o localidades menores.² Una organización de este tipo se puede conceptualizar con algunas nociones clave que califican al espacio, nociones como territorio, red, nudo y malla.

Para administrar un territorio es necesario dividirlo: ésta es la función de la reticulación (*maillage* en francés, de *maille*, nudo o malla de una red o de un tejido de punto). Cada nudo (o malla) obedece a ciertos principios fundamentales que definimos a continuación.

Centralismo: la malla tiene necesariamente un centro de mando, una cabecera.

Valor equiparado: cada punto depende al mismo grado de un centro x.

Jerarquía: cada malla pertenece a otra malla de nivel superior de la cual depende.

Ajuste: las mallas se ajustan dentro de una red exacta, sin permitir sustituciones ni huecos.

Totalidad: un espacio está cubierto por un conjunto limitado de mallas.

Finalidad: cada malla desempeña un papel: administración general o servicio especializado.

Lo sustituible: el poder puede cambiar al centro, sin provocar cambios en la malla.

Equivalencia: todas las mallas de un mismo nivel tienen teóricamente el mismo valor, un senador de Quintana Roo “equivale” a un senador de Nuevo León. En la ONU, Jamaica “equivale” a Rusia. Resulta sin embargo obvio que se establece rápidamente una jerarquía implícita entre mallas y puestos de mando: la influencia del obispo de Chilapa no es la misma que la del obispo de Zamora, pero esta jerarquía paralela no constituye un sistema (traducido y adaptado por Roger Brunet, de *Géographie Universelle Reclus 1*, 1ª parte “Le déchiffrement du monde”, pp. 167-168, París, Belin, 1990).

Enfocaremos este ensayo en dos niveles de malla, el estatal y el municipal, y después presentaremos dos tipos de medios de comunicación que estructuran el espacio: los sistemas “pesados” que favorecen la polarización y los “ligeros” que favorecen una cierta “igualdad” entre mallas del sistema.

Formación de los estados mexicanos y polos urbanos

Al igual que en los municipios que estudiaremos más adelante, podemos observar una enorme disparidad de tamaño entre los estados. Así como cada municipio trata de imponer su autoridad en el mayor número de poblaciones posible, es generalmente la autoridad de una ciudad (autoridad religiosa, comercial, judicial), organizada desde hace mucho tiempo, la que explica la configuración de un estado. El esquema más clásico es el de una ciudad administrativa colonial, obispado o arzobispado, que se transforma además en capital estatal durante la Independencia o más tarde, y establece su mando sobre un territorio que recibe el mismo nombre. Tales son los casos de México, Guanajuato, Puebla, Oaxaca, Chihuahua, Querétaro, Zacatecas, Aguascalientes, Colima, Durango, San Luis Potosí, Tlaxcala y Campeche. Otros estados son igualmente “hijos” de su cabecera, aun cuando no llevan el mismo nombre. Guadalajara, sede de una audiencia y de un consulado comercial que compete con México, da nacimiento a Nueva Galicia, que se transforma posteriormente en Jalisco.

Mérida da origen a Yucatán, Villahermosa a Tabasco, Monterrey a Nuevo León y Cuernavaca a Morelos. Por su parte, Culiacán, sede temprana de una casa de moneda, no encuentra en Sinaloa ninguna ciudad que compita con ella.

Ciertos estados tienen una relación más compleja con su cabecera: Tzintzuntzan y posteriormente Pátzcuaro, son sucesivamente sede episcopal de Michoacán, antes que Valladolid, cuyo nombre cambia al de Morelia en 1828. Arizpe y El Fuerte son por poco tiempo cabeceras de Sonora antes que Hermosillo; San Cristóbal, que se conserva como sede episcopal de Chiapas, en 1892 cede a Tuxtla Gutiérrez su función de cabecera estatal. Finalmente encontramos un reducido número de ciudades que, a pesar de ser más importantes, no son cabecera de su estado: Tampico en el estado de Tamaulipas (por ser puerto y a pesar de ser obispado desde tiempo atrás, frente a Ciudad Victoria, más céntrica y convertida en obispado en 1965). Este es igualmente el caso de Torreón, en el estado de Coahuila, que creció recientemente más que Saltillo, su cabecera. Muy pocas cabeceras políticas no son sede de obispado; éste es el caso de dos ciudades mineras, Pachuca en el estado de Hidalgo (cuyo obispado tiene sede en Tulancingo) y Guanajuato (cuyo obispado se encuentra en León).

Pocos estados nacen fuera del esquema clásico de una sociedad urbana dominante que asienta su poder territorial. Tal es el caso de Veracruz, estado organizado para controlar el contrabando marítimo y preservar el monopolio de la aduana del puerto de Veracruz, fuente de recaudación fiscal básica para el Gobierno Federal. El territorio veracruzano es, en sus inicios, un lugar dividido en dos, debido a que el estado de Puebla llegaba a la costa del Golfo. Por razones militares y sanitarias se elige como cabecera a Jalapa, sede de una feria comercial desde el siglo XVI, debido a su relación con el comercio marítimo y a su ambiente salubre de altura, en comparación con el puerto, poco salubre y amenazado por la piratería.

Los territorios federales que estuvieron durante mucho tiempo poco poblados, entran con cierto retraso a la jerarquía estatal y su cabecera tiene un papel rector débil: Mexicali no es más que un pueblo agrícola cuando se convierte en cabecera de Baja California Norte (1951), al igual que el caso de Chetumal en Quintana Roo, o de La Paz, en Baja California Sur, que en los años setenta se convierten en cabeceras gracias al éxito turístico.

Dos feudos de caciques rurales llegan a convertirse en estados a pesar de no haber ninguna ciudad que organice la vida relacional: cuando Guerrero, tierra de Juan Álvarez, se convierte en estado en 1949, su cabecera

no es ni Acapulco, puerto en decadencia, ni Taxco, ciudad minera también en decadencia, ni Iguala, pueblo agrícola excéntrico, sino Chilpancingo, villa de arrieros que se desarrolla únicamente debido a que es sede administrativa, en tanto que la plaza comercial ligada a Puebla sigue siendo Tlapa, y el obispado, Chilapa. Podemos igualmente citar al estado de Nayarit, fundado por Manuel Lozada, cacique rebelde de una zona indígena. Territorio federal en 1884, convertido en estado en 1917, Nayarit, con cabecera en Tepic, ejerce poco control en la zona situada en la parte trasera de la sierra (la Iglesia católica tiene en Nayar una prelatura).

Resulta interesante comparar la red de las sedes de arzobispados y obispados con la de los estados. Los arzobispados corresponden a las cabeceras de los estados “fundamentales”, de creación antigua, que tienen todavía influencia comercial sobre territorios que les pertenecieron antes de la creación de otros estados más recientes (Puebla, en Guerrero oriental y en La Huasteca, Mérida en la península de Yucatán). “Normalmente” las cabeceras estatales tienen obispado, y las excepciones (Guerrero, Hidalgo, Baja California Sur y Quintana Roo) corresponden a estados que no nacieron a partir de una ciudad de mando. Además descubrimos que la Iglesia católica tuvo cuidado de hacerse presente en más lugares que el poder político, tanto en el centro del país como en zonas indígenas, como en los casos de Chihuahua y Nayarit.

Este panorama de las relaciones que se establecen entre el mapa de los estados y la función de mando territorial de las ciudades, obedece por lo tanto a un esquema general. La triple función como sede eclesiástica, jurídica y comercial genera una capital estatal en la mayoría de los casos del México de población antiguamente densa. Las zonas poco pobladas, como costas o sierras de difícil acceso, fueron administradas de diferente manera y con menor firmeza.

El mapa administrativo de los estados y territorios federales mexicanos no ha cambiado desde fines del siglo XIX; el esbozo de un dibujo más detallado elaborado por Manuel Orozco y Berra, en la época de Maximiliano, no ha dejado huella. Otros intentos posteriores tampoco tuvieron éxito: la Sierra Gorda en San Luis Potosí hubiera podido ser otro Nayarit y la parte occidental de Michoacán ubicada en torno a Zamora, sede obispa que compite con Morelia, otro Guanajuato. Esta estabilidad no guarda ninguna relación con los cambios hechos hasta esta fecha al mapa de Brasil, por ejemplo.

La función administrativa de las capitales estatales atrajo otras actividades. Casi todas las universidades o centros de investigación se localizan en ellas: las relaciones, buenas o malas, entre gobernador y medios universi-

tarios dejan huella en cada capital estatal, y la localización de universidades tecnológicas nuevas en otras ciudades de provincia plantea un problema en las relaciones federación/estado. Cada estado se empeña, de igual manera, en atraer, casi siempre a su capital, empresas privadas, industriales o de servicios. Esta política sólo tiene éxito cuando se dispone de mercados que rebasan las fronteras de un estado, por grande que éste sea. Es el caso de ciudades (Querétaro, Toluca, Cuernavaca) ubicadas cerca de la capital federal en tiempos de sustitución de importaciones, o más recientemente de los ejes norteños del comercio internacional de apertura neoliberal (Aguascalientes). En cambio, poco sabemos acerca de la manera en que los empresarios eligen la localización de su inversión: ¿aprovechan acaso redes de comunicación así como sistemas de comercio al mayoreo ya establecidos a partir de una capital estatal? O por el contrario ¿escogen las grandes infraestructuras de nivel internacional, como puertos construidos a raíz de una política de desarrollo de puertos industriales (Lázaro Cárdenas, Salina Cruz), iniciada durante el auge petrolero?

Por último, recordemos que la teoría relacionada con polarización y plazas centrales que acabamos de ejemplificar con las ciudades-cabeceras estatales mexicanas, supone que haya, desde el punto de vista demográfico y económico, mallas de territorios que dependan de estos centros “superiores”. Cuando estos centros concentran la gran mayoría de población y actividades (como en Sonora, y Baja California), el “mando” sobre mallas de nivel inferior ya no se explica; estas mallas ya no son más que suburbios (a veces físicamente alejados) de los centros “superiores”, que compiten entre sí sólo en lo que a sus relaciones “hacia arriba” se refiere.

Nuestro análisis, a partir de las capitales estatales mexicanas, puede transponerse a América Central: por su tamaño e importancia demográfica, cada estado nacional centroamericano puede ser comparado con los estados de la federación mexicana, y en la gran mayoría de los casos existe convergencia entre las funciones político-administrativas, eclesiásticas y económicas de las cabeceras. Los casos que suscitan dudas en la localización de la cabecera política (Managua y León en Nicaragua, Tegucigalpa y Comayagua en Honduras) corresponden a dificultades en la organización administrativa.

La malla municipal

La red municipal mexicana está compuesta por 2 400 municipios y delegaciones aproximadamente, de extensiones extremadamente desiguales. Hay 11 municipios en Baja California (Sur y Norte) que en total tienen más de 140 000 km² y albergan menos de dos millones de habitantes (o sea un promedio de 12 000 km² y 180 000 habitantes por municipio), y 571 en Oaxaca con 100 000 km² y más de tres millones de habitantes (es decir, un promedio de 175 km² y 5 000 habitantes). La historia del municipio en cada estado, o en regiones de menor tamaño plantea de manera distinta el problema de la autonomía local, rural o urbana, de las comunidades que son también de diversos tamaños. Recordemos que el municipio, núcleo básico de la administración mexicana, dista mucho de tener una delimitación precisa (excepto las zonas conurbadas). Ningún mapa detallado del INEGI tiene límites municipales: no hay mojoneras que valgan, por lo menos legalmente. Por lo tanto, se anexa a cada censo una lista de poblaciones llamada “Integración territorial”, donde cada municipio es definido por las poblaciones que en él se encuentran.

En el mapa podemos observar municipios muy extensos en las zonas costeras, en el Petén, en el norte desértico —en especial en Baja California Norte y Baja California Sur—. Únicamente en Chihuahua y Sonora notamos concentraciones de municipios de menor tamaño. Por otra parte, la localización de los municipios más chicos corresponde evidentemente a zonas de población rural densa; sin embargo, notamos concentraciones de municipios en la sierra de Puebla, en Oaxaca, fuera de la zona de tierra caliente, en los Altos de Chiapas, en el núcleo central de Yucatán, así como en las cuencas agrícolas de Puebla, Morelos, Alto Lerma y en la cuenca de México: es probable que estas zonas correspondan a los territorios que las comunidades indígenas lograron preservar durante el siglo XIX.

Los contrastes que aparecen entre la sierra de Puebla y la Sierra Gorda, o entre Oaxaca y Guerrero oriental (zonas igualmente indígenas), pueden derivar de políticas distintas según los estados. Tales diferencias en la malla municipal nos hablan de las relaciones entre ciudad o villa mestiza y comunidades indígenas. La historia del poblamiento del territorio por comunidades mestizas a partir de fines del siglo XVIII, es también la historia de la creación de municipios, especialmente en occidente: el municipio surge a menudo del nacimiento de una ranchería, con o sin la aprobación del dueño de la tierra, en un territorio más o menos despoblado y de esca-

so valor. Posteriormente suceden el agrupamiento en pueblo, la edificación de un templo y la fundación de una parroquia; la construcción de la escuela, el mercado y finalmente la autonomía municipal. Es posible que la reforma agraria, que dotó de bosques, pastos y espacio por urbanizar a muchas comunidades, haya satisfecho, en el siglo XX, demandas que anteriormente hubieran requerido de una instancia municipal; por lo tanto son muy pocos los municipios que se crean durante este siglo.

Los municipios concentran actividades administrativas, con funcionarios y técnicos que son agentes de modernización y urbanización. Dicha administración presenta dos aspectos contradictorios: los consejales electos representan a los grupos sociales que dominan a nivel local; conocen lugares y gente, son herederos de un poder que detentan familias poderosas en ocasiones desde varias generaciones. Estos caciques tienen grados de legitimidad variable en la cabecera y están generalmente afiliados a algún partido político nacional, generalmente al PRI, por lo menos hasta hace poco. Por el contrario, los técnicos y funcionarios públicos que dependen del poder estatal o federal cuentan con una legitimidad nacional antes que local. Son capaces de llevar a cabo una planificación, obtener presupuesto, dentro de una perspectiva cada vez más urbana, para un desarrollo integral de la escolarización, la salud y el desarrollo agrícola.

Las cabeceras a nivel municipal son, a la vez, centros de mando polarizador para unidades menores que conocemos poco: capillas de barrio que dependen de la parroquia, partidos políticos, rancherías o pueblos que dependen de la cabecera municipal, tiendas respecto al tianguis o al mercado establecido, aunque en este último caso la jerarquía no esté bien definida, el tendero se abastece poco en el tianguis ya que prefiere hacerlo en comercios de mayoreo más importantes.

Redes de comunicaciones: los sistemas “pesados”

Hablaremos a continuación de los medios de comunicación que favorecen la creación de un territorio organizado. Se trata de sistemas costosos que no pueden construirse en partes y que por tanto exigen una decisión política: para una autopista, para un tren (sobre todo un tren moderno de alta velocidad), se debe elegir un itinerario, desechando otras opciones; de

igual manera, con base en el itinerario elegido debe construirse un número determinado de estaciones (o salidas en el caso de una autopista), dejando sin servicio a otras localidades.

Gracias al ferrocarril, la mayor parte del territorio mexicano, al igual que la Pampa argentina o el estado brasileño de Sao Paulo, ha cobrado homogeneidad. Sin embargo, debemos señalar dos peculiaridades en el caso de México: una de ellas es que, con excepción de la primera línea (Veracruz-México), la red no se conecta con las zonas costeras; y la segunda, que la construcción de líneas tuvo como finalidad, por una parte, fomentar la población de territorios desocupados, desde la frontera con Estados Unidos y, por otra, dar servicio a zonas ya pobladas, desde la capital de la República o, a escala menor, desde Mérida. De esta manera se forman cuatro sistemas: el del centro, prolongado hasta Chiapas y Guatemala que se conecta en un solo punto (Aguascalientes) con el del norte central y oriental; el del noroeste (que se interrumpe en Nayarit), y por último el yucateco, totalmente aislado por falta de conexión en Campeche-Tabasco. Las redes no cubren la península de Baja California, ni tampoco las Sierras Madres del Sur y Occidental.

Después de la Revolución, el ferrocarril pasa de moda. Se construyen pocas conexiones nuevas y la red corre la misma suerte que la de Estados Unidos: no se moderniza, no recibe mantenimiento y se descuida, lo que da por resultado un servicio lento e irregular. Cabe preguntarse si la única solución para mantener ciertos ejes de transporte de mercancías pesadas y determinados trayectos para pasajeros, entre ciudades ubicadas a distancias medias o en zonas turísticas por ejemplo, consiste en llevar a cabo una modernización con privatización. Sea como sea, la función del ferrocarril como red organizativa del territorio mexicano carece actualmente de importancia.

Muy pronto la implementación de una red de carreteras desplazó a la política ferroviaria mexicana. Así como la siderurgia sirvió de base para la industria ferroviaria, la red de carreteras depende en gran medida de las actividades derivadas de la explotación petrolera; aun cuando inicialmente el petróleo crudo estaba destinado principalmente a la exportación, el consumo interno aumenta, debido a que ya antes de la Revolución, México importaba coches provenientes de Estados Unidos. Por tanto se requiere de una red de gasolineras así como de la construcción de carreteras modernas y pavimentadas. La red de carreteras en México, a principios de los años noventa, es de aproximadamente 80 000 km, es decir, la mitad de la de Brasil (cuyo territorio es cuatro veces más grande), en la que circulan 3.3 millones de camiones y autobuses (tres veces más que en Brasil). México tiene la tercera parte de

su red carretera pavimentada (el resto son caminos revestidos y brechas), en tanto que en Brasil únicamente la décima parte de la red ha sido pavimentada. Pocos países, del nivel económico de México, tienen un dinamismo urbano tan vinculado con la carretera.

El ferrocarril no cubría muchas rutas, dejando espacios ocupados todavía por un sistema de arriería conectado con las estaciones del tren, mientras que la carretera permite un transporte continuo, sin interrupción de carga. La brecha o el camino revestido cuestan poco y se construyen rápido; prolongan la carretera pavimentada hasta los lugares de población más dispersa. El camino sin pavimentar es transitable en todo tipo de terreno en época de sequía y sólo en zonas llanas durante las lluvias. Actualmente casi no queda rincón del país al que no llegue por lo menos el camión de carga; no obstante, este tipo de transporte puede ser lento y por tanto costoso en zonas de sierra, de tal manera que la red carretera pertenece a la vez al sistema “pesado”, que aquí describimos, y al sistema “ligero” que veremos más adelante.

Las autopistas forman parte integral del sistema carretero (no hay interrupción de carga cuando se toma otro tipo de carretera); responden a las necesidades del transporte masivo. Durante los años 1960 y 1970 la red de autopistas se desarrolla principalmente alrededor de la capital federal, mientras que a partir de los años ochenta predominan nuevos ejes que dan servicio a Guadalajara y Monterrey, que conectan al país con Estados Unidos.

Redes de comunicaciones: los sistemas “ligeros”

Acabamos de mencionar que el sistema carretero es a la vez “pesado” (autopistas y carreteras principales) y “ligero” (caminos revestidos y brechas que cubren sin interrupción todo el territorio). De igual manera, la red de escuelas primarias cubre prácticamente todo el territorio nacional, ya que llega a cualquier población que cuente con un mínimo de alumnos. No resulta extraño que el maestro sea el funcionario público, ajeno al medio local. Por lo tanto, debido a la falta de servicios en la aldea donde se encuentra la escuela, el maestro se ve obligado a vivir en una población cercana, siendo bajo su rendimiento. De cualquier manera, el porcentaje

de niños sin escolarización (aproximadamente 15% en 1990) permite darse cuenta de que se está cerca de alcanzar la cobertura total del territorio.

Por otra parte, cabe señalar que la electrificación del territorio mexicano (o mejor dicho de sus poblaciones), está prácticamente por terminar (sólo el 10% de los hogares carecen de este servicio, principalmente en zonas de población muy dispersa, como en Hidalgo y Veracruz o de un mayor índice de pobreza como en Chiapas, Oaxaca y Guerrero). Son pocos los hogares con electricidad que no tienen televisión, y las emisoras de radio (muy dispersas) llegan a todos los habitantes del país debido a que desde los años sesenta existen receptores que no requieren de electricidad.

El desarrollo de la red telefónica es igualmente acelerado y da servicio a todo el territorio (en las zonas que no están conectadas a la red general se recurre a la transmisión por radio). La difusión del teléfono celular permite comunicarse incluso con individuos que no cuentan con servicio telefónico convencional. Los costos de conexión regulan el número de hogares que cuentan con servicio telefónico (poco más de 25%). Debido a la baja calidad del servicio postal, el uso del fax, conectado al sistema telefónico, ha tenido un desarrollo excepcionalmente rápido en México. Se ha desarrollado igualmente de manera acelerada el uso de la “moneda electrónica” mediante tarjetas de crédito, debido a la falta de flexibilidad del servicio de giro postal y a la falta de confianza en el sistema de cheques bancarios personales.

El costo de las infraestructuras de todos estos sistemas, derivados de las redes eléctrica y telefónica, es bajo; sin embargo, dichos sistemas se difunden en todo el territorio sin aportar ventajas importantes a las localidades “centrales”. Por lo tanto permiten una organización territorial de tipo reticulado con alto grado de “igualdad” entre las localidades.

Aun cuando la identificación de los sistemas polarizados y de los sistemas que forman mallas resulta evidente en el caso de la República mexicana, con datos fácilmente asequibles, queda mucho por investigar con relación a los actores sociales que intervienen en los dos niveles de la malla (a nivel superior: gobernador, obispo, rector universitario, funcionarios públicos estatales; a nivel inferior: sacerdotes, comisionados ejidales, alcaldes, directores de escuelas). La investigación relacionada con los actores de flujos organizativos resulta aún más difícil en la medida que no existen, en muchos casos, niveles organizativos claramente separados, sino una continuidad entre la parte “pesada” y la parte “ligera” de las redes, tanto para los usuarios como para los actores.

Notas

¹ Revisión del texto de Annie Carrillo, ORSTOM-México.

² El ensayo incluye reflexiones sobre el tema red/polarización y datos que se refieren principalmente a México. Los datos fueron extraídos de diversas publicaciones del autor, tales como “Las regiones geográficas en México” (9a. ed., 1988) y el volumen “Amérique latine” de *Géographie Universelle Reclus* (1992), Belin, París. Los elementos nuevos fueron tomados de un libro en proceso de elaboración sobre los espacios mexicanos contemporáneos.

Tal como se ve desde el mirador: una visión del espacio*

Alfred Siemens

Esta es una reflexión sobre una perspectiva, un cierto punto de vista de las tierras bajas tropicales; más específicamente, aunque no explícitamente, de las tierras bajas tropicales del centro de Veracruz. En el contexto del simposio es una “visión del espacio” particular. La reflexión implicará excursiones históricas, literarias e incluso filosóficas. Es una reflexión personal, aunque se liga con algunas líneas prominentes del pensamiento. Generalizará de manera atroz en algunos lugares, pero detrás hay una cantidad considerable de tiempo de campo donde se experimentaron situaciones análogas. Por último, se trata sólo de un esbozo, que puede o no plasmarse al final en un óleo.

Uno

Los estímulos convergen de tres direcciones: en primer lugar, de las propias tierras bajas tropicales. He estado observando la historia de su ocupación y de su uso desde tiempos prehistóricos hasta el presente. Esto ha implicado un examen llano de la diacronía del cambio, pero se ha puesto de manifiesto una y otra vez que es imposible aceptar los materiales tal como se encuentran. Las preguntas acerca de la representación aparecen repetidamente. Los materiales son de varias épocas y se extienden sobre una variedad de paradigmas. Las distintas voces parecen disparadas, pero pueden verse también en conflicto, y ahí es donde yace el interés.

* Traducción de Fernando I. Salmerón Castro revisada por el autor.

El espectáculo inicial, y esta no es una palabra demasiado fuerte, estuvo en el paisaje mismo, visto desde el aire. Había restos de agricultura prehispánica en humedales cubiertos por la parafernalia de la ganadería. ¿Qué había intervenido? Desde luego, un determinado curso de los acontecimientos, pero ¿también una serie de evaluaciones diferentes del mismo lugar? Las respuestas se buscaron a partir de los restos materiales, de los documentos y de los habitantes que recordaban lo sucedido. Se hizo evidente que los humedales, o por lo menos sus márgenes, habían sido tierra de gran aprecio en una época, para luego ser abandonados y se habían vuelto a apreciar y ocupar bajo condiciones de referencia muy diferentes después del contacto. Con la modernización surgió una dicotomía de perspectivas. Por un lado hubo una antigua evaluación crítica que llegó a las Américas desde la Europa circunmediterránea: los humedales deben desecarse para intensificar la producción agrícola. Por otro lado, hubo otra vieja perspectiva sobre los humedales, proveniente de las tierras bajas ribereñas en el extremo de la Península Ibérica: una apreciación de la succulenta pastura de la estación seca disponible en las tierras inundables. En nuestra propia época hemos mejorado la comprensión de los humedales tropicales *per se* y de su uso; nos hemos vuelto sensibles a la ecología y también hemos sido capaces de lograr una visión de largo plazo de las diferentes evaluaciones.

Las tierras bajas tropicales y sus habitantes han sido evaluados desde “adentro” y desde “afuera”; más lo último que lo primero. Esto ha coincidido a menudo con una construcción altitudinal. En la evaluación de los recursos y las perspectivas de las tierras bajas tropicales, y también de las capacidades de sus habitantes, han existido a menudo puntos de vista “arribeño” y “abajero”, con apropiadas depreciaciones que se lanzan desde la cima y de regreso. Las perspectivas arribeña y fuereña a menudo han coincidido; ejemplos de ambas y de su relación pueden encontrarse en las distintas épocas históricas, pero un ejemplo notable puede ser suficiente en este asunto: la perspectiva de Humboldt sobre las tierras bajas veracruzanas, que puede demostrarse, estaba influenciada por sus contactos en las oficinas virreinales de la Ciudad de México. Este autor expone específicamente la opinión de que las tierras bajas requieren la introducción de ideas y personas modernizantes para lograr desarrollar su potencial. Este punto de vista fue aceptado como dictado de oráculo. Hay en todo esto un claro ordenamiento del poder y, como se ha vuelto cada vez más evidente, una fatídica percepción equivocada de las tierras bajas tropicales y sus habitantes.

La perspectiva fuereño-arribeña puede apreciarse en varios tipos de cartografía que nunca es neutral. Los mapas coloniales tempranos que acompañan a las mercedes y a los litigios de tierra son expresiones de agresión. El mapa del México central de Humboldt, clara y precisamente dibujado, representa la esencia de la autoridad. Nadie se atrevió a dibujar otro mapa de esa región y a esa escala durante mucho tiempo. El mapa topográfico moderno —materia prima geográfica por excelencia— está basado en perspectivas desde arriba, en fotografía aérea, lo último en *visión arribeña*. La exactitud y la posibilidad de medición confieren gran autoridad.

No he tenido aún la oportunidad de explorar sistemáticamente la perspectiva *abajena*, como contrapunto a la *arribeña*; no obstante, hay muchos indicios interesantes. Una yuxtaposición de dos enunciados sobre el personaje popular veracruzano, el jarocho, muestran algunas posibilidades.

Sartorius, liberal y romántico Alemán, llegó a México en 1824 y pronto asentó su residencia permanente cerca de Huatusco, en Veracruz. Finalmente escribió su interesante libro sobre México a mitad del siglo. Llegó con una carta de recomendación de Humboldt y compartió con él su perspectiva de las tierras bajas. Escribe como arribeño y como fuereño:

El jarocho, como suele llamarse al nativo de la costa, se sentiría humillado si tuviera que cargar en su espalda un pesado cántaro de agua, aun cuando el río se encuentra sólo a unos pasos de su cabaña; lo que él hace es unir con una cuerda dos grandes cántaros; los cuelga sobre el lomo del pollino, se monta en éste y se dirige a la corriente. Al llegar al río, se mete al agua con el animal, para que los cántaros se llenen por sí mismos; así no se molesta en desmontar.

Cuando se necesita fuego en la casa, el hombre monta en el pollino y sale a buscar algún tronco de árbol seco derribado por el viento, para llevárselo arrastrado por el burro. Con una correa amarra un extremo del madero a la cola del animal. Por supuesto, el amo viaja montado en el jumento. Al llegar a la cabaña, introduce el tronco directamente hacia la hoguera, en vez de partirlo; así, cuando el extremo del madero se ha consumido, el hombre va introduciendo el resto a medida que vaya siendo necesario. El tronco tardará varios días en consumirse del todo. A esto yo lo llamaría el *savoir faire* tropical (Sartorius, 1990: 57).

Son evidentes la condescendencia y un toque de envidia. ¿Es de esta gente que ha de esperarse el desarrollo de las tierras bajas? Lo que

se requiere es la colonización europea y la introducción de nuevas razas de plantas y animales, algunas máquinas modernas y técnicas eficientes.

Años después, José Luis Melgarejo Vivanco, historiador y antropólogo veracruzano, se expresa elocuentemente a favor del jarocho:

La pereza, casi abulia del jarocho, simbolizada en el hombre durmiendo larga siesta en su hamaca, bajo los cocotales y a la fecunda margen de su río. Es una litografía injusta para con el pescador que se pasó la noche tiritando de frío, en el agua, piqueteado por el mosquitero y obligado a dormir de día para pescar en la madrugada. No es menos falsa esa ilustración del calendario comercial obsequiado a la clientela, en donde hay un agro adánico, repleto de frutos, pero en donde no figuran, el norte y el huracán que todo lo destruyen, la sequía donde queda chirriando el escupitajo sobre la piedra, o la inundación hasta el tapanco; la maleza estrangulando a las plantas de cultivo, el encono del insecto, la víbora sorda, el temperamento irritado por una geografía que si es pródiga en bienes materiales y en pintureros paisajes, amenaza, día y noche, a la propia vida del hombre, con las enfermedades endémicas, con la lejanía y abandono que lo han obligado a crearse su propio mundo, a defenderse por sí, aun cuando nazca predispuesto a la entrega sin linderos, para ser burlado, traicionado, y en su generosa indignación, en lugar de la puñalada y el centralazo, recurre a su gramática parda y canaliza su autodefensa por el atajo del sardónico agredir o en la estrepitosa carcajada del chiste, descargando su ira en el zapateo de la garita y escupiendo sangre mientras entona la manida canción (Melgarejo, 1979: 74-75).

Dos

Un segundo conjunto de estímulos provienen de algunos pasajes del trabajo del filósofo Michel Foucault. Alguien ha dicho de Humboldt que fue “pasto obligatorio” para observadores subsecuentes de las Américas, especialmente para los naturalistas. De manera similar, Foucault, y otros teóricos sociales se han vuelto “pasto obligatorio” para el científico social, especialmente sus reflexiones sobre el poder, el poder y la estructura social, el poder y la arquitectura, el poder y el paisaje o, por cierto, el poder y la representación del paisaje. Foucault ha sido descrito como:

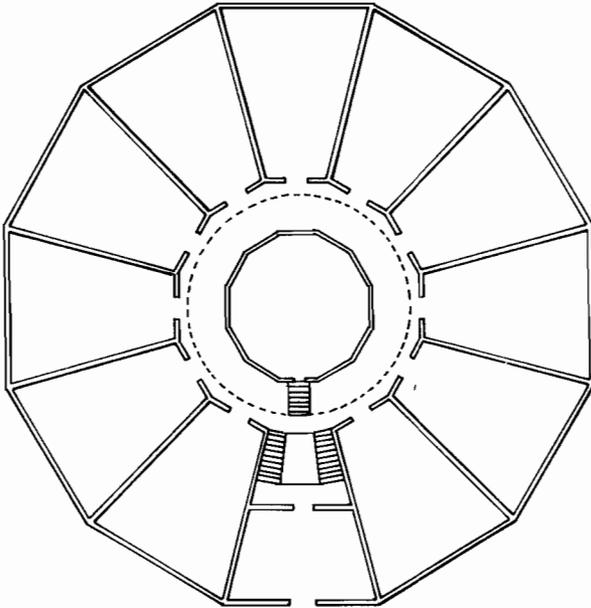
Un hombre excepcional... que valientemente se re-piensa y se re-inventa a sí mismo... [haciendo] intentos apasionados para buscar, entender, crear y conectar ideas complejas acerca de un mundo que imaginó lleno de seres humanos potencialmente creativos, que resisten constantemente el confinamiento y el silenciamiento (De Courtivron, 1993: 30).

Nos referimos aquí a su evocación del concepto del *panopticon*. Lo toma, a su vez, del filósofo, economista y jurista teórico inglés, Jeremy Bentham (1748-1831), quien se preocupó profundamente por resolver problemas sociales de manera científica (1843-1962). En 1787, Bentham propuso un diseño de edificios públicos como hospitales, asilos, escuelas, casas de trabajo y, particularmente, prisiones, empleando la idea del *panopticon* (v. figura 1). El significado mismo de la palabra se ha tomado como “todo lo alcanzable por la mirada” (AGN, 1990: 50). Un vigilante en una torre central, o mirador, podría observar el interior de cada celda de esa estructura, cada una de ellas con una ventana en el extremo opuesto, de manera que los sujetos estarían iluminados por detrás, nada menos. Bentham consideraba que esto proporcionaría “una nueva forma de obtener poder de la mente sobre la mente” (1843-1962: 39). Combinaría “la aparente omnipresencia del inspector... con la facilidad extrema de su presencia real” (1843-1962: 45). Como Foucault lo ha expresado, en una estructura de ese tipo, el poder sería “visible pero no verificable” (1979: 201). Esas estructuras tenían una intención positiva; constituían una forma de lograr disciplina, educación, curación, reforma o producción bajo vigilancia. Generalizaban u homogeneizaban el poder y perfeccionaban su ejercicio. Garantizaban el control no sólo de los sujetos, sino también de los custodios, maestros, supervisores o médicos.

Sucede que este concepto está muy bien ilustrado en un importante edificio público mexicano, primero notorio y luego famoso: el Palacio de Lecumberri, en la Ciudad de México. Esta construcción no es realmente un palacio, sino una prisión, convertida subsecuentemente para albergar el Archivo General de la Nación (AGN, 1990: figura 2). Bentham propuso el *panopticon* hacia el final del siglo XVIII; el “palacio” se construyó un siglo después. Entre tanto, habían ocurrido algunos avances en las disciplinas carcelarias. La idea era aún la de reformar durante el encarcelamiento, pero había estadios en este proceso, que se facilitaban por medio de la arquitectura. Con buen comportamiento se progresaba. Los dos módulos redondos más pequeños representaban la idea de Bentham de manera más cercana. Era el primer estadio: cada prisionero estaba solo, cada celda estaba abierta a

Figura 1

**Concepto del *panóptico* de Jeremy Bentham.
Desde el centro se observan todas las celdas**



la torre central de supervisión. Las celdas que se ubicaban en la gran estructura principal en forma de estrella, ya ofrecían alguna privacidad. La supervisión desde la torre central alcanzaba sólo hasta las galerías entre las celdas, parecería que para controlar a los guardias, más que a los prisioneros. Evidentemente existían aún varias etapas subsecuentes en la rehabilitación.

Pararse hoy en el centro de la fina rotonda abierta del Archivo General de la Nación y dirigir la mirada hacia los rayos de esa gran rueda, es sentir algo de la efectividad de la supervisión dentro de dicha estructura. El efecto se aproxima en un sinnúmero de edificios contemporáneos bien resguardados, pero se hace desde algún cuarto de control escondido, con un muro de monitores de televisión; se trata del *teleopticon*.

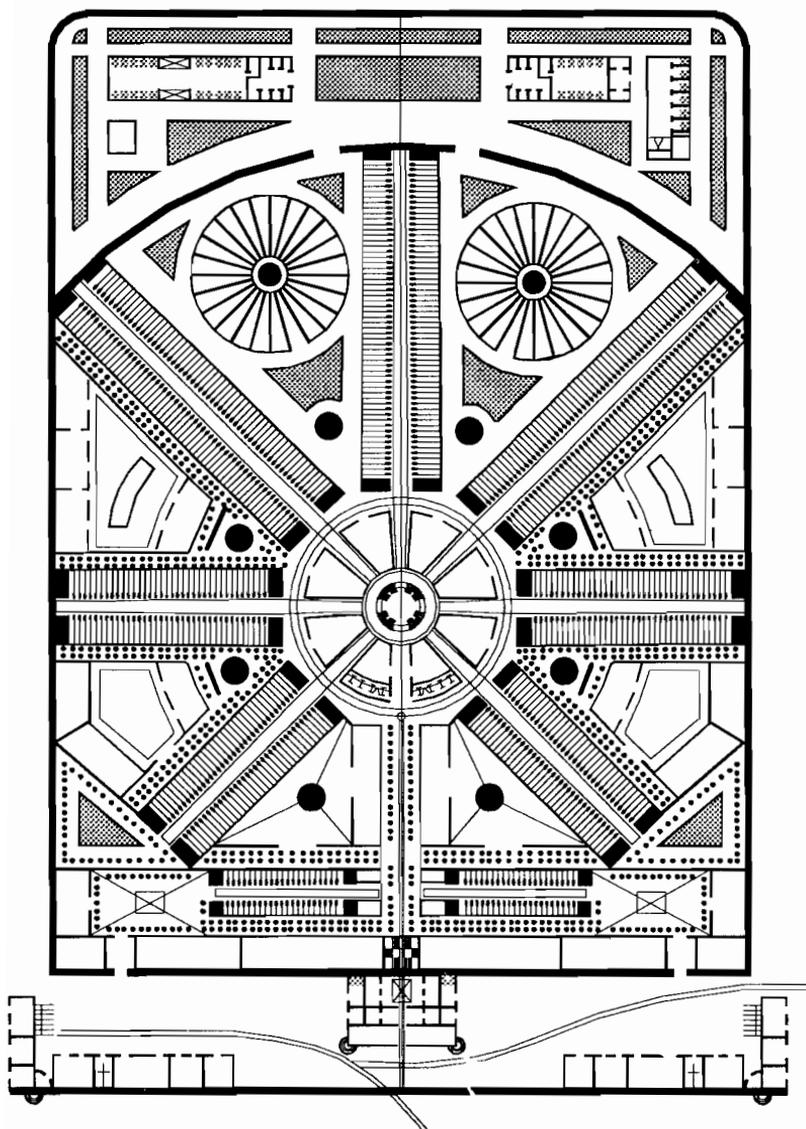
Tres

Los expedientes arquitectónicos para facilitar la vigilancia son comunes, por supuesto, en la arquitectura colonial latinoamericana. Las estructuras reciben con frecuencia el nombre de *mirador*. Sería interesante seguir las variaciones a este respecto del siglo XVI al siglo XIX en el control centralizado representado por los cascos de las haciendas durante ese tiempo, por ejemplo. Hay algunas variaciones interesantes que sugiere tan solo el centro de Veracruz. Cambrezy y Lascuráin ilustran algunos de los edificios centrales con torres y galerías de la época colonial tardía y el periodo subsecuente en la región, así como las estructuras de supervisión al interior de los espacios de trabajo (1990).

La facilitación arquitectónica del ejercicio del poder y el significado del *panopticon* cristalizaron en mi mente al recordar una visita a una hacienda chilena productora de vino en 1965. Fuimos invitados primero a la bodega para probar el fruto de la cosecha, luego nos hicieron dar un recorrido por la mansión y nos llevaron al mirador, una torre cuadrada con ventanas y balcones alrededor desde los cuales nos mostraron la extensión de la propiedad y los diferentes viñedos. El horizonte nevado de Los Andes podía verse hacia el Este y las montañas más bajas de la costa hacia el Oeste: un espléndido punto desde el que podía admirarse pero también vigilarse. Con base en evidencias diversas logramos finalmente concluir que

Figura 2

Aplicación del *panóptico* en el Palacio de Lecumberri,
antigua prisión de la Ciudad de México



se trataba definitivamente de una gran propiedad privada anterior a la reforma, con un régimen autoritario, de hecho, opresivo; un latifundio a la usanza colonial.

Todo esto le da a la palabra *mirador* un matiz excesivamente ominoso. Varios diccionarios y el sentido común le añaden otros significados (por ejemplo Real Academia Española, 1984). Puede ser una terraza sobre el techo o una galería elevada sobre una mansión colonial para la recreación de los ricos o los enclaustrados, un nivel de observación en una torre de iglesia, un balcón cerrado con vidrio o una mirilla calada desde la que uno puede observar la calle sin ser visto de cerca. Era esta también una forma de mirar a la calle como entretenimiento, un antecedente de la televisión como distracción. Puede también ser un punto de descanso sobre una autopista, un punto desde el que se “domina” el paisaje. Un sinnúmero de topónimos (“El Mirador”, “Buenavista”) reconocen orgullosamente esos puntos de superioridad. Aunque puede ser benigna, la observación desde arriba, ya sea desde un balcón, una torre, un globo aerostático, un avión o un satélite, siempre ha sido, de una u otra forma, una observación privilegiada.

Otras interrelaciones y una evaluación

Quedan por hacerse explícitos algunos lazos —con Foucault, quizás, “conectar ideas complejas”, hilar una madeja, tal como él y sus seguidores hacen tan bien—. El *panopticon* y el *mirador* son ambas expresiones y metáforas históricas reales. Pueden emplearse para articular o ejercitar algunas deducciones de un involucramiento considerable en el estudio de la ocupación y el uso de las tierras bajas tropicales.

Estas tierras bajas se han visto desde una perspectiva de dominación en la historia. Se vieron como teatros de conquista y explotación, se vaciaron demográficamente, y en alguna medida ambientalmente, para la imposición de las redes coloniales de tenencia de la tierra, asentamiento y transporte, así como de sus sistemas de producción. (Todo esto se ha vuelto conocimiento generalizado con la gran ola colombiana que alcanzó su máxima expresión en 1992. Afortunadamente no tendremos que soportar otra en los próximos 97 años). Las tierras bajas tropicales se volvieron fuente de materia prima y bienes de lujo, luego objetivos de colonización

y desarrollo económico, de modernización e intensificación agrícola, por medio del desarrollo de las cuencas de los ríos y mucho más —predominantemente en términos de conceptos e imperativos extraños.

La perspectiva desde fuera o desde arriba fue adoptada por los observadores, y a menudo por los observados, como normativa. Se asumió de manera acrítica al paso de muchos observadores, como puede apreciarse claramente en los relatos de los viajeros que llegaron a México en el siglo XIX (Siemens, 1990). Ortega y Medina los ha ridiculizado magníficamente como una “pintoresca pipirijaina trashumante y extranjera”, como una “abigarrada y gárrula caravana aventurera” (1955: 32). Sin embargo, sus observaciones fueron difundidas y aceptadas ampliamente en Europa y Norteamérica. Melgarejo constituye una sólida excepción a una imagen fácil ampliamente difundida, al tomar una perspectiva desde abajo, que habla de aquellos que son observados, que son objeto de la mirada.

De manera más seria, o quizá sólo de forma más prosaica, existen propuestas razonadas para el desarrollo de las tierras bajas tropicales que ganaron la aceptación general y se convirtieron en políticas. Recuerdo haber visto copias del libro de Pierre Gourou, *The Tropical World: Its Social and Economic Conditions and Its Future Status* (1966), en los libreros de los planificadores mexicanos del desarrollo. La idea central de este libro es que se requieren insumos externos para desarrollar el potencial de las tierras bajas. Esto aproxima el intento del *panopticon*: la adopción de la idea en un área-objetivo indica que ha logrado su efecto, la progresión de las etapas de Lecumberri sigue su curso.

Todo esto tiene un corolario muy académico. La mayor parte de nosotros probablemente nos encontramos en uno u otro de los miradores más benignos, observando el paisaje o el desfile a nuestros pies, con lejanía y desprendimiento. Se trata, no obstante, de una perspectiva privilegiada, quizás hedonista e incluso machista. Puede resultar demandante y costoso asumir una perspectiva alternativa.

Esta perspectiva desde fuera o desde arriba ha tenido consecuencias desafortunadas. Pienso inmediatamente en los desechos de los proyectos de desarrollo fallidos, que fracasaron en gran medida porque la clientela no fue consultada suficientemente, la perspectiva desde abajo no fue considerada. También existen los modelos conceptuales simplistas del ambiente de las tierras bajas, su historia cultural, sus sistemas “tradicionales de producción” —el último de ellos, por lo menos, resultante de una etnografía inadecuada.

Hay un ejemplo excelente del reverso del *panopticon* en el trabajo de la antropóloga Marilyn Gates (1979). La autora se volvió sumamente crítica de las políticas de desarrollo y sus resultados en el sureste mexicano y diseñó formas para dejar que los campesinos hablaran, para encontrar pistas en lo que decían. Lo que emergió fue a menudo sesgado e iconoclasta. Podemos anticipar más antologías y análisis de ese estilo.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

1990 *El palacio negro de Lecumberri*, AGN México.

BENTHAM, J.

1962 [1843] *Works*, Bowring, ed., IV, Russell and Russell, Nueva York.

CAMBREZY, L., y BERNAL LASCURÁIN

1992 *De la hacienda al ejido*, Larousse-ORSTOM, México.

DE COURTIVRON, ISABELLE

1993 "The Body Was His Battleground", en: *The New York Times Book Review* (Nueva York), 10 de enero, pp. 1, 29-30 (Reseña de James Miller, *The Passion of Michel Foucault*).

FOUCAULT, MICHEL

1976 *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage.

GATES, MARILYN

1976 "Peasants Speak, Alfredo Pech: A Modern Maya", en: *The Journal of Peasant Studies* (s.l.), vol. 3, núm. 4, julio, pp. 465-471.

GOUROU, PIERRE

1966 *The Tropical World: Its Social and Economic Conditions and Its Future Status*, Wiley, Nueva York.

HARLEY, J. BRIAN

1992 "Rereading the Maps of the Columbian Encounter", en: *Annals of the Association of American Geographers* (Washington, E. U.), vol. 8, núm. 3, septiembre, pp. 522-536.

MELGAREJO VIVANCO, JOSÉ LUIS

1979 *Los Jarochos*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

ORTEGA Y MEDINA, JUAN ANTONIO

1955 *México en la conciencia anglosajona*, Gráfica Panamericana, México.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1984 *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid.

SARTORIUS, CARL CHRISTIAN

1990 *México hacia 1850*, CONACULTA, México.

SIEMENS, ALFRED H.

1989 *Tierra configurada*, CONACULTA, México.

1990 *Between the Summit and the Sea: Central Veracruz in the Nineteenth Century*, The University of British Columbia Press, Vancouver.

Visión del espacio y representación cartográfica

Luc Cambrezy¹

Todo intento de entender un fenómeno implica que se plantee, de entrada, como un “problema” en sí; una vez aislado, es conveniente describirlo, analizarlo y medirlo con la mayor precisión posible. Esta observación es válida en todos los campos, tanto para los estudiosos de ciencias biológicas como para sus colegas de las ciencias humanas. En su esfuerzo por contribuir a una mejor comprensión del mundo que nos rodea, la geografía, como las demás disciplinas, participa en el *ordenamiento* de la realidad mediante la clasificación de los objetos (naturales o sociales) que pretende explicar. De esta manera, el geógrafo *divide* al mundo en objetos temáticos y espaciales: ciudades y pueblos, montañas y colinas, población rural y población urbana, países desarrollados y países del Tercer Mundo, terruños y municipios, suelos fértiles y suelos pobres. Todos conocemos estas tipologías.

La preocupación por llevar a cabo una clasificación se ve acompañada por un esfuerzo particular de los geógrafos para difundir el conocimiento alcanzado, ante todo sistematizar la comparabilidad de las observaciones. Debemos interpretar, en este sentido, los significativos avances de la técnica cartográfica, misma que, como bien sabemos, representa para la geografía un lenguaje y una herramienta de excelencia.

En consecuencia, la transcripción cartográfica de la realidad observada, como cualquier otra forma de representación, contribuye a dar una visión transformada del objeto mismo y, por lo tanto, a orientar, modificar o alterar su percepción inicial. El objetivo de este trabajo consiste en estudiar la estrecha y ambigua relación existente entre el objeto, su percepción y su representación cartográfica, enfocando la reflexión en algunos ejemplos concretos así como en ciertos temas polémicos dentro de la disciplina. Con base en estos ejemplos se analizará el problema del mapa, considerado como una formalización geométrica del objeto.

De la red al territorio

El gran interés que los geógrafos conceden, desde hace algunos años, al estudio de flujos y redes es comparable con el rechazo que prevalecía con relación a los diversos fenómenos que remiten a estas formas específicas de organización del espacio. La comunicación, el transporte y los movimientos migratorios, entre otros temas, son considerados actualmente dentro de esta perspectiva. El entusiasmo reciente por ciertos términos, conceptos y formas de control, de uso y de tenencia del territorio nos obliga a llevar a cabo un examen retrospectivo de la producción del conocimiento debido a que dichas formas de organización en redes no constituyen un fenómeno nuevo y representan, por el contrario, la forma elemental de toda vida social.

Sin embargo, más allá de la forma, cabría preguntarse si este giro —que explica el gran número de equipos de investigación que hoy en día enfocan sus análisis al estudio de las redes— no remite a una evolución fundamental de la problemática de la geografía. Se considerará la hipótesis de que dicha evolución, reciente pero notable, remite a la ambigüedad del concepto de región, como lo subraya un número reciente de la revista *Espaces Temps*. De una manera más general, se demostrará que el origen de los debates en torno al concepto de región está estrechamente relacionado con los métodos de representación cartográfica y, en particular, con la representación geométrica de los fenómenos geográficos que pretendemos explicar.

Otra manera de abordar el problema consiste en preguntarse si este nuevo interés por las organizaciones reticulares es simplemente resultado de un efecto de moda o si, por el contrario, estamos frente a un cambio de mentalidad que refleja una percepción más clara de la complejidad de un mundo de movimientos y flujos contradictorios.

En efecto, el creciente desarrollo de los medios de comunicación y de las interrelaciones en el planeta inducen, de manera excepcional, al ciudadano “medianamente” informado a tomar conciencia de la complejidad de los problemas de organización económica y social que las sociedades contemporáneas deben enfrentar. Los innumerables debates surgidos en Europa con relación a los acuerdos de Maastricht o del GATT, así como las discusiones referentes al Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, reflejan las inquietudes de búsqueda de nuevos comportamientos que tomen en cuenta el crecimiento de las interrelaciones y de las redes.

¿El aparente dominio de las organizaciones reticulares significaría acaso el fin, o incluso la muerte, de formas territoriales más o menos encajonadas definidas por superficies, extensiones, y por lo tanto por límites? ¿La región, como concepto clave de la geografía, no sería entonces tan sólo una categoría espacial obsoleta, cuya utilidad se limitaría a cumplir con los requerimientos organizacionales del poder político?

Esta es aparentemente la opinión de ciertos autores que proponen una especie de cronología en las formas espaciales de organización. Al apoyar su reflexión en una metáfora, que evoca los desplazamientos de la abeja y de la araña en el espacio, tres autores (Antheaume, Delaunay y Portais, 1987) llevan al lector a pensar que el desarrollo actual de las redes podría provocar la desaparición de las formas territorializadas de organización del espacio. En su opinión "el antiguo espacio modular, mosaico de comunidades apegadas a su autonomía territorial, se ve (actualmente) sustituido por un espacio reticular en el que predominan las redes altamente 'desestructurantes' en lo que a organización tradicional del espacio se refiere".

En realidad, aun cuando admitimos con facilidad que determinado lugar pueda ser atravesado por organizaciones espaciales que están fuera del alcance y control de sus habitantes (¿éste es justamente el problema!), no nos convence la idea de una especie de jerarquización temporal, según la cual las redes habrían sustituido a las organizaciones territoriales. Ya que, de hecho, toda sociedad humana "produce" organizaciones espaciales que remiten tanto a redes como a territorios ("zonas" de superficie determinada). Además, si partimos de una cierta cronología en las formas de organización del espacio, es probable que la red, como forma básica de intercambio interno de una sociedad, sea anterior al territorio, concebido exclusivamente como una forma de apropiación del espacio. En apoyo a lo anterior, mencionaremos el caso de las sociedades primitivas basadas en una economía de caza y recolección y el de las sociedades nómadas pastorales, para las que la noción de territorio limitado carecía de importancia, ya que para éstas los lugares y las rutas que los comunicaban eran primordiales.

En aquel trabajo, así como en un gran número de publicaciones relacionadas con el concepto de región, encontramos la idea de que el progreso económico, industrial y tecnológico ha dado como resultado una realidad geográfica cada día más compleja y menos comprensible en términos de zonas cerradas, con límites y fronteras. De esto se desprende la idea de que el principal reto para la geografía de fines de este siglo consiste en el estudio de las organizaciones reticulares.

Tomando en cuenta ciertos acontecimientos recientes (pienso en particular en el desarrollo de conflictos étnicos y en sus consecuencias territoriales), resulta evidente que los autores que sustentaban el proyecto de “geografía regional” son responsables de haber exagerado la cohesión que existía en estas regiones, en las que supuestamente imperaba una gran armonía entre ciudades y zonas rurales en función de su fuerte identidad cultural. Es indiscutible que esta geografía, siguiendo un razonamiento cumulativo y negando la posibilidad de espacios “borrosos” o “vacíos” (Cambrezy, 1987), generaba necesariamente la idea histórica de que los países constituían “objetos geográficos” reales e incuestionables, debido a que eran resultado de un conjunto de regiones, a su vez incuestionables.

Sin embargo, no podemos limitarnos a esta descripción demasiado esquemática y general de dicha geografía, ya que corremos el riesgo de omitir lo esencial. Todas las polémicas en torno al concepto de región obedecen, en el fondo, a una misma inquietud: la representación cartográfica. El problema de la representación cartográfica, como esquematización de la realidad, se encuentra aparentemente en el centro de la mayoría de los debates entre geógrafos, aun cuando lo oculten o lo ignoren. Por lo tanto, debido a que no se ha abordado a fondo el problema de la percepción de la realidad y de sus posibles representaciones, cabe prever que el reciente interés por las redes y las organizaciones reticulares pospondrá todavía más el debate en torno a los problemas de fondo.

Del punto a la línea: el ejemplo de una red de transporte

El análisis de las redes de transporte en México proporciona algunas observaciones que permiten esclarecer el gran problema que representa pasar de la descripción de un fenómeno a su representación. Como es sabido, en México el transporte ferroviario ha sido sustituido prácticamente en su totalidad por el transporte en autobús, debido a su mayor flexibilidad y a la importancia de la red carretera. De entre el gran número de compañías de transporte de pasajeros, es posible distinguir varias clases de servicio: desde los autobuses de lujo o de primera clase hasta los de tercera clase u “ordinarios”, que realizan paradas continuas.

En el caso de las compañías que ofrecen un servicio de lujo, las oficinas centrales y la terminal principal se encuentran en la Ciudad de México. La dimensión regional, e incluso nacional, de la red de transporte constituye la característica más importante de estas compañías. Debido a

lo anterior, es posible desplazarse de una ciudad de cierta importancia a otra sin mayor dificultad y dentro de un tiempo garantizado. Este tipo de servicio es utilizado por una población de clase media o alta que, por diversas razones, prefiere este medio de transporte en vez de utilizar su propio vehículo. Dichas ciudades cuentan con estaciones que permiten a los pasajeros viajar a la Ciudad de México o directamente a cualquier otra ciudad incluida en la red. Después de haber comprado su boleto, el viajero espera en una sala moderna el momento de abordar el autobús. Durante el trayecto puede disfrutar de música agradable o televisión, cómodamente instalado en asientos reclinables. El chofer del autobús se encuentra aislado en su cabina y las cortinas de las ventanillas se encuentran cerradas, lo que permite al pasajero olvidarse de su entorno y de la realidad exterior y disfrutar de la manera más conveniente (por lo general durmiendo) el viaje sin interrupciones y concentrarse en el principal objetivo, tanto del pasajero como de la compañía transportista: llegar al destino elegido lo más pronto posible y en las mejores condiciones de seguridad y comodidad. De esta manera cientos de autobuses surcan a diario las carreteras del país.

El viaje en un autobús de tercera clase es muy diferente y, salvo circunstancias particulares, los usuarios de ese servicio pertenecen a la clase baja, rural y urbana, que tiene fuertes nexos con el campo. Estos autobuses son frecuentemente llamados *ordinarios*. Las oficinas centrales de estas pequeñas compañías de transporte se ubican en ciudades grandes o medianas, pero las rutas cubren únicamente el área de influencia de la localidad. Por lo tanto, se trata de responder a las necesidades de la población local y de asegurar la comunicación y las relaciones entre la ciudad y el campo. A diferencia de los autobuses de primera clase, éstos efectúan paradas continuas durante el trayecto, con el fin de permitir tanto la bajada del pasaje que ha llegado a su destino como la subida del pasaje que desea abordar el autobús en cualquier punto del recorrido. Debido a esto, no es posible conocer de antemano la hora de llegada.

Todos los indicadores (puntos de partida, puntos de llegada, rutas y una cierta velocidad de desplazamiento) que permiten clasificar a estos dos servicios de transporte dentro de la categoría de redes están presentes. No obstante, aun cuando todo objeto geográfico modifica el espacio que lo rodea, resulta evidente que el funcionamiento radicalmente opuesto de estas dos categorías de transporte no tiene el mismo impacto en el *espacio atravesado*. Al igual que para los viajes en avión, para las líneas de autobuses de lujo, la ruta elegida carece de importancia debido a que, en este caso, sólo son relevantes el punto de partida y el punto de llegada. Por el contrario, las rutas de las líneas de autobuses de tercera clase son primordiales para los usuarios, debido a

que tienen la posibilidad de abordar el autobús en todo momento y en cualquier punto del recorrido y a que este servicio establece una relación física entre el campo y su entorno regional.

Esto equivale a decir que cuando, en ambos casos, se trata efectivamente de redes, en el primer caso la relación objeto-localización es de tipo "punto a punto", en tanto que en el segundo caso la relación es de tipo "punto-línea-punto". Las dos redes remiten a objetos geográficos diferentes debido a que sus formas de localización, sus "huellas espaciales" son diferentes. Resulta evidente que la representación cartográfica de estos dos sistemas de transporte debe reflejar esta distinción. La cartografía exacta de las líneas de transporte de lujo carece de legitimidad y debe limitarse a una representación puntual de las ciudades que conforman el esqueleto de la red ya que el trayecto carece de importancia. Pero pensemos en los mapas que distribuyen las grandes compañías de aviación, en los que vemos una especie de fuegos artificiales formados por flechas que se originan en la capital y que se esparcen alrededor del planeta. No obstante, cualquier pasajero que haya efectuado en repetidas ocasiones una misma ruta aérea sabe que el trayecto, debido a razones técnicas y meteorológicas, es *siempre* diferente. En este caso, las funciones del mapa son múltiples (esparcimiento, breve descripción del viaje) y no todas tienen como finalidad la de dar un mensaje claro, aun cuando resulta evidente que la utilización de flechas para representar la red aérea tiene también como objetivo introducir la idea de que no existe lugar en el mundo que no esté al alcance de la compañía aérea.

Por el contrario, la especificidad del sistema de transporte de autobuses de tercera clase requiere de una representación cartográfica precisa de cada ruta y brecha recorridas. Debido a que constituye el verdadero sistema nervioso de una región y de las relaciones que se establecen entre la ciudad y el campo, resulta imprescindible poder evaluar el *impacto* de dicha red de transporte en el territorio en el que se inscribe. Se adivina por lo tanto que esta red tiene un *impacto de mayor amplitud* más allá de la orilla del camino. Este espacio es también el espacio de toda una población inserta en un conjunto de circuitos emanados del desarrollo de una economía de mercado. Por lo tanto, la representación cartográfica se enfrenta a una dificultad práctica debido a que la red, constituida por puntos y líneas, ya no es sólo red, sino también espacio, mas un espacio inserto en la retícula de la red sin posibilidades de estar circunscrito a ella.

De la línea a la red

El conocimiento aún superficial de ciertos fenómenos nos lleva a suponer la existencia de organizaciones, flujos y relaciones, mismos que nos remiten a la noción de “red”. En campos tan variados como la droga, las migraciones, la circulación del dinero o de la información, la solidaridad de las diásporas (griega, judía, china, palestina) resulta fácil percibir —sin necesidad de comprobarlo— que todos estos temas se plantean de esta manera debido a que suponen un nivel elevado de organización, misma que permite un manejo adecuado de los flujos (de personas o de bienes). Hablar de flujos, y por consiguiente de movimiento en el espacio, equivale a hablar de objetos eminentemente geográficos. El problema reside en la representación cartográfica de dichos objetos. ¿Cómo llevarla a cabo?

Tomemos el ejemplo de una red hidrográfica en una región homogénea (selva o desierto). Al sobrevolar dicha región el ojo humano ve el detalle de cada río, de cada curva (líneas), pero *también* tiene la capacidad de ver el *conjunto*. Debido a que una de las características principales del cerebro humano consiste en que, al captar una cierta densidad de líneas, el ojo no es capaz de distinguir los elementos lineales del espacio que los separan. La red se convierte en un todo, un conjunto orientado pero abierto y sin límites. Por medio del ojo, el cerebro realiza una operación de agregación y de cambio de escala, sin necesidad de clasificar la información.

Este es el problema esencial que plantea la red, ya que nadie se atrevería a decir que un segmento de línea puede definir una superficie. En el mejor de los casos, una línea permite separar y distinguir dos espacios, uno a la derecha y otro a la izquierda o, si se prefiere, uno arriba y otro abajo. Por el contrario, una red, a pesar de estar formada por segmentos de línea, es de naturaleza totalmente diferente, ya que permite identificar y describir dos tipos de espacio: uno de ellos *incluido* en la red, el otro *en su derredor*.

Es sabido que la representación geométrica de la realidad permite únicamente tres categorías de formas: el punto, la línea y el polígono (sea cual sea su forma). Esto explica nuestra incapacidad de representar visualmente objetos y espacios que captamos de manera borrosa debido a que lo que define al polígono son sus límites. Nos encontramos de esta manera frente a la limitación más importante de la representación cartográfica.

De la red al territorio

Al cuestionarse sobre la pertinencia de la noción de región para el análisis antropológico, Raynaut señalaba que “Es poco probable que esta noción de territorio, o de extensión espacial comprendida dentro de fronteras lineales, resulte adecuada para todos los sistemas sociales”. Tomando como ejemplo las “Ciudades-Estado” hausa de Nigeria, podemos decir que la organización social y política se caracteriza inicialmente como “una profusión de redes de dependencia que unen a las ciudades dominantes (Kano, Katsina) con sus localidades vasallas. La representación espacial del edificio político, de la cúspide a la base de esta jerarquía, se expresaría de manera más adecuada mediante una estructura arborescente que por medio de una extensión territorial homogénea” (1984: 132-133).

Redes, árboles jerárquicos, conceptos que cualquier geógrafo o cartógrafo puede representar fácilmente mediante una gráfica o un mapa. Una posible representación cartográfica del sistema político hausa consistiría en unir las ciudades principales con las ciudades secundarias, jerarquizándolas. El trazado de las rutas que unen a dichas ciudades entre sí tendría como resultado una representación reticular del espacio hausa. El hecho de pasar de una representación puntual (las ciudades) a una representación lineal (la red de poderes) es válido debido a que, como lo señala atinadamente Raynaut: “Si, dentro de este marco, el control del espacio resulta necesario, se debe esencialmente a que persigue el propósito, dentro de una perspectiva estratégica, de asegurar la libre circulación de los bienes y de los hombres a lo largo de los itinerarios de comunicación”.

Dicho en otros términos, el debate no se sitúa a nivel de la representación, sino al nivel de la percepción que se tiene de dicha representación. Se reconoce con gran facilidad la existencia de sistemas sociales cuya visión del espacio difiere de aquélla que provocó que las sociedades contemporáneas se encerraran dentro de los límites de territorios con fronteras celosamente vigiladas y protegidas. No obstante, cabe preguntarse si un sistema político de esta naturaleza hubiera podido desarrollarse y prosperar sin un control estrecho de cada ciudad —dominante o vasalla— sobre las tierras circunvecinas que aseguraban su abastecimiento. Por lo tanto resulta más conveniente imaginar una forma de control territorial “delegado”, que en todo caso no requería de fronteras claramente establecidas, pero que tampoco se negaba a considerar las nociones de espacio y de territorio como categorías inseparables de toda organización social elaborada. Si bien es cierto que la red constituye la representación cartográfica más puntual del sistema político

hausa, también es cierto que dicho sistema político no hubiera podido sobrevivir por mucho tiempo sin rebasar los límites de ciudades y caminos.

La región: una cierta visión del mundo

La región, como concepto primordial dentro de la jerarquía de las organizaciones del espacio, tiene la doble característica de ser un objeto geográfico evidente, y a la vez extraordinariamente vago e incierto en cuanto a su escala, extensión y límites. Aun cuando no mencionaré las múltiples controversias que alimentaron la reflexión de las escuelas de geografía durante varias décadas, me referiré a dos números publicados por la revista *Espaces Temps* (1979-1993), en los cuales es posible seguir la evolución de la reflexión de los principales líderes de la geografía francesa.

En una primera aproximación, la región forma parte de esos espacios intermedios entre el nivel local de un terruño, municipio o ciudad y el nivel superior del país o nación. Sin embargo, el análisis de los hechos refleja una realidad diferente, ya que un gran número de regiones económicas e incluso culturales existen y funcionan únicamente debido a su ubicación fronteriza. Por lo tanto, es frecuente que el límite del territorio político constituya la región. Al respecto cabe mencionar, como un ejemplo idóneo, la región fronteriza entre México y Estados Unidos de Norteamérica.

En los países en que existe una antigua tradición urbana, cada región integra a una o varias ciudades importantes y a toda una red más o menos densa de pequeños centros de población. Además, hace ya algún tiempo que los geógrafos no se preocupan por la homogeneidad interna de la región; por el contrario, a menos que se trate de regiones calificadas, y desde cierto punto uniformes (regiones agrícolas, selváticas, montañosas), la característica principal de la Región (con mayúscula) consiste en asociar y conjuntar una gran diversidad de espacios —de microrregiones si se prefiere— que, por sus características de complementariedad a nivel agrícola e industrial, se interrelacionan y participan en la dinámica general de dicho espacio. Finalmente, cada región se ve atravesada por un gran número de flujos. Existen dos tipos de flujos: los centrifugos, orientados hacia otras regiones, y los centrípetos, al interior de la región misma.

Sin embargo, como para cualquier fenómeno que se pretende describir, el concepto que elaboramos de la región depende totalmente de la representación que se le da o que *se desea* darle. De esta manera, desde el momento en que se intenta dar una representación cartográfica de la región sobre una hoja de papel, es preciso hacer frente a las limitaciones de la geometría. Esto nos remite a una cierta “visión del espacio” que integra determinadas representaciones con todas sus implicaciones culturales e incluso ideológicas.

El mapa y el ordenamiento del espacio (¿o del mundo?)

Como se ha dicho en múltiples ocasiones, no existe cartografía sin manipulación razonada de la información. Todos sabemos que la única representación exacta de la realidad sería, en todo caso, una reproducción idéntica de sus formas y sus dimensiones. Por lo tanto, el único mapa correcto sería a escala 1:1, aun cuando éste se vería limitado por las dos dimensiones de la hoja de papel. El dibujo en dos dimensiones constituye la primera limitante de la representación cartográfica, debido a que provoca una pérdida de información y una esquematización de la realidad. Determinados objetos se representan, otros no, dependiendo de la pertinencia del objeto con respecto al objetivo que se persigue. Los mapas a escala 1:50 000 pueden proporcionar información sobre la existencia de una iglesia, una escuela o una estación de ferrocarril, y no informar al viajero si puede encontrar una farmacia o una agencia de viajes. Es sabido que la cartografía es el arte de elegir y seleccionar y este hecho es incuestionable.

No obstante, cabe preguntarse si esta manipulación de la información se mantiene siempre dentro de los límites permitidos de una selección razonada. Al respecto, deseo abordar un problema a menudo olvidado e incluso ignorado: el “acto cartográfico” en sí mismo, como la operación que consiste en representar la realidad mediante líneas, puntos y zonas.

En primer lugar, es preciso evocar de manera breve las dimensiones de lo real y las dimensiones del mapa. El mapa es de hecho una “transferencia plana” de lo real, que implica una reducción a las dos dimensiones de la hoja de papel. La representación plana del espacio es, con mucho, la esquematización menos deficiente, ya que permite, mediante el cambio de escala y la elección de una proyección cartográfica adecuada, representar con relativa precisión las distancias y las superficies así como limitar las partes ocultas. En consecuencia, a pesar de la precisión de las medidas y

de su transferencia al papel, el mapa sigue siendo la representación de una realidad mucho más compleja de dimensiones múltiples. Esta observación resulta evidente cuando se trata de la esquematización del paisaje visible que se nos presenta en tres dimensiones; no resulta fortuito que antiguamente se buscara representar los campos de batalla mediante el empleo de la “perspectiva caballera” y que esto se haga hoy mediante la construcción de modelos numéricos de terreno calculados y visualizados en computadora. ¿Qué se busca en ambos casos, sino lograr una aproximación más cercana de lo real?²

La operación que consiste en reducir lo real a dos dimensiones, pasa eventualmente desapercibida cuando se trata de una representación cartográfica de fenómenos que no son captados directamente por el ojo humano, a pesar de que se expresan en un espacio determinado: costo de las viviendas, migraciones, tasas de crecimiento demográfico, analfabetismo, región. En la medida en que se admite que cualquier tema puede recibir una interpretación en términos de repartición en el espacio después de haber sido cabalmente cartografiado, existe el riesgo, para el geógrafo, de dejarse llevar hacia una reificación (o “cosificación”) del espacio. Es preciso recordar que aun si un hecho social es siempre localizable, no puede ni debe interpretarse únicamente mediante la inscripción de dicho fenómeno en el espacio. Asimismo es necesario dejar claro que no existen fenómenos sociales (ni naturales, por cierto) que puedan ser reducidos sólo a las dimensiones de la hoja de papel. En otras palabras, y como se afirma o se sobreentiende con frecuencia: “si un mapa vale (en ocasiones) más que un discurso”, éste no puede sustituir *cualquier* discurso.

Finalmente, el problema de la esquematización no sólo consiste en la reducción de un fenómeno dado a dos dimensiones. También existe la cuestión del dibujo propiamente dicho, ya que toda representación cartográfica exige una esquematización geométrica. ¿Cuáles son las formas de que se dispone para la realización de un mapa? Únicamente tres: el punto, la línea y el polígono. Cabe entonces preguntarnos si tendremos que conformarnos con representar con un punto, una línea o una zona cualquier problema que se nos plantee, sin considerar su inscripción real en el espacio.

No faltará quien diga que no ve en qué consiste el problema; *debido a que* el mundo está hecho de determinada manera, puede por lo tanto expresarse *realmente* mediante puntos, líneas o zonas: un río visto desde un avión ¿no es acaso un angosto listón sinuoso? ¿Acaso no se distinguen los contornos de aquel macizo montañoso? Aquel punto verde ¿no es acaso un árbol? Sin embargo, ¿siempre nos preguntamos si el mundo está efectivamente hecho de determinada manera o si se trata únicamente de su apa-

riencia? El problema fundamental consiste precisamente en nuestra *visión del espacio*, en la representación que se le da y en el *mensaje* que dicha visión transmite. Este es precisamente el punto en el que los geógrafos disienten. Aun cuando todos comparten, con mayor o menor pasión, el mismo gusto por la representación cartográfica, el aparente rigor que impera en la elaboración de un mapa encubre una visión del espacio que no cuenta con la aprobación unánime y que los contrapone en muchas ocasiones.

En nuestra opinión, este es el interés principal del debate lanzado por Y. Lacoste (1993). Demuestra cómo Brunet, detrás de los coremas,³ a lo largo de sus reflexiones sobre “el espacio y sus leyes”, nos lleva a compartir su propia visión de las cosas. Como si el hecho de que exista un “orden en el mundo” fuera adquirido, incuestionable, que la representación en coremas no haría más que *confirmar*. En este “combate entre jefes”,⁴ no pretendo tomar una postura con relación al “mensaje” que Brunet quiere que compartamos, sino demostrar simplemente la manera en que el geógrafo puede caer en la trampa de la cartografía (y, por extensión, del dibujo), cuando ella misma se encuentra atrapada por la geometría.

En un número reciente de la revista *Espaces Temps* (1993), Brunet, al ser interrogado acerca de la congruencia del concepto de región, declaró:

no debemos dividir el espacio, por la sencilla razón de que el espacio se divide por sí solo. Quiero decir con esto que el resultado del trabajo de las sociedades humanas culmina con la creación, parcialmente voluntaria y parcialmente aleatoria, de un cierto número de conjuntos a escalas diferentes [...] existe un cierto número de subconjuntos encajonados que se forman a diferentes niveles en el espacio [...]; no debemos por lo tanto dividir dichos espacios sino más bien buscar la división existente. Estas estructuras existen, a pesar nuestro, y nosotros debemos buscarlas. Lo que resulta en realidad difícil es encontrar los límites, pero el problema de los límites no me ha preocupado nunca demasiado, prefiero los núcleos.

Estas palabras son esenciales. Ponen de relieve las contradicciones en las que nos debatimos todos, en mayor o en menor grado, pero que Brunet pretende ignorar al afirmar que existe un “orden espacial” con sus “leyes” y sus “reglas”; un orden implícito en las líneas anteriores. Para comenzar, señalaremos que resulta en cierto modo comprometedor afirmar que el espacio “se divide por sí solo”, que es necesario “buscar esta división” y después declarar no estar muy preocupado por el problema de los límites. ¿Quién proporcionará la receta de cómo buscar divisiones sin pre-

cisar en dónde dar el tijeretazo? Ya que desde el momento en que se elige representar superficies, la gama de posibilidades no es ilimitada y ya no consiste más que en un problema de apreciación y de convicción.

A pesar del carácter contradictorio de sus comentarios sobre los límites —aunque quizá se trate solamente de un recorte erróneo efectuado a las declaraciones de Brunet por los redactores de la revista— el conjunto de los conceptos vertidos a este respecto por Brunet no deja duda acerca de su visión muy ordenada del espacio. De hecho, al referirse constantemente a estos espacios encajonados en forma jerárquica, Brunet parece ante todo pensar en la división administrativa de los países. Es así como, sin decirlo concretamente, deja entender que el espacio está ordenado *debido a que* las sociedades humanas lo han dividido mediante fronteras, límites regionales o municipales. Aun cuando reconoce que “los límites de los sistemas espaciales son a menudo ‘imprecisos’, con franjas, incluso fronteras, que tienen por cierto un papel propio”, se retracta de inmediato al declarar que es preciso “esforzarse primero en definir los núcleos sistémicos”.

De hecho —todos sus trabajos lo confirman ampliamente—, la visión del espacio de Brunet está simultáneamente relacionada con su visión del mundo y con el contenido de las informaciones que elige para llevar a cabo el análisis. Al otorgar un lugar preponderante a “una visión economicista de la sociedad” (Lacoste), al afirmar que el “dominio del territorio [...] exige su división [misma que] encuentra su expresión cabal en el catastro”, la geografía de Brunet conduce, de manera casi mecánica, a una visión ordenada del mundo. Los censos y las diversas fuentes estadísticas utilizadas reflejan las divisiones administrativas que sirvieron de base para la recolección de datos; se está dentro o fuera, se pertenece únicamente a un municipio determinado, a una jurisdicción determinada, a una región determinada, a un país determinado; esto es bien sabido.

Se excluye por tanto lo impreciso, debido a su carácter marginal y *periférico*. El espacio ordenado que se nos presenta se asemeja a las no menos famosas “muñecas rusas”, en las que todo está encajonado de manera jerárquica; pero, y en esto coincido con Lacoste, el mundo no está hecho únicamente de esta manera: o más bien diría que esta visión del mundo concuerda con la visión de las administraciones de Estado y de sus dirigentes, “los de arriba”; que no es necesariamente la visión de los que ocupan las escalas más bajas de la población, cuya visión del espacio puede estar en total contradicción con estas divisiones espaciales a las que no conceden mayor interés. Una experiencia reciente nos permite citar un ejemplo. En México, con motivo del último censo de población efectuado

en 1990, el Instituto Nacional de Estadística se vio obligado a no incluir, en la encuesta aplicada a los habitantes, el nombre del municipio en que nacieron. Esta decisión se basó en el siguiente razonamiento: aun cuando las personas saben muy bien qué población o qué región los vio nacer, desconocen a menudo a qué división administrativa correspondía dicha localidad. Esto entorpece evidentemente el estudio de las migraciones de población, en primer lugar, pero cabe también preguntarse si la división del territorio concebida por *terceros*, ya sea en la Ciudad de México o Aguascalientes, tiene algo que ver con la realidad de los encuestados. ¿A qué mundo pertenece esta población cuyas referencias espaciales y sociales corresponden a otros territorios?

Muchos geógrafos han tenido la suerte de trabajar en regiones menos “ordenadas” que Europa. Muchos de ellos han descubierto con curiosidad y agrado que una visión tan jerarquizada del espacio no forma, por lo pronto al menos, parte del patrimonio de la humanidad; que la división del territorio no garantizaba forzosamente su cabal dominio; y que con frecuencia esta división tendía a satisfacer los propósitos de los acaudalados y poderosos —en la ciudad, cerca de los poderes—. Finalmente, la realidad social y económica que intentamos analizar e interpretar no es únicamente aquélla que logramos detectar gracias al procesamiento de estadísticas elaboradas en el marco de circunscripciones político-administrativas, sin imprecisiones, ni vacíos, ni superposiciones.

Este largo circunloquio sobre las tesis de Brunet ilustra el carácter implícito de toda esquematización cartográfica de lo real; el mapa está lleno de omisiones y de supuestos. Se tiende a olvidar este aspecto; pero, ya sea que se utilice el mapa, que respeta las “formas naturales”, o el corema, que reduce por el contrario dichas formas a formas geométricas simplificadas, el problema sigue siendo el mismo. Antes de retomarlo, diremos simplemente que los coremas fortalecen la hipótesis de un orden espacial debido a que utilizan, para la esquematización, sólo formas geométricas regulares y simétricas (círculo, cuadrado, rectángulo; pero ¿por qué no el triángulo? pregunta Lacoste) en detrimento de todo tipo de polígonos. Por razones que valdría la pena indagar mejor, la representación del orden parece implicar la simetría de las formas.

De hecho, el problema reside en las discontinuidades derivadas de toda representación geográfica. Es precisamente la razón por la que A. Bailly escribió que el único mapa bueno era, sin lugar a dudas y de acuerdo con L. Carroll, el mapa en blanco *perfecta y totalmente* vacío. Dicho de otra manera, el problema que no es posible soslayar es el que se refiere a los límites y fronteras. Ahora bien, el hecho de que un polígono sea regular, o no,

carece de importancia —su trazo implica en ambos casos una idea de “dentro” y de “fuera” e introduce una discontinuidad dentro de un espacio fundamentalmente continuo—. Y dicha continuidad, para efectos de análisis del ordenamiento de lo real, debe ser artificialmente interrumpida.

Por lo tanto, toda cartografía consiste de cierta manera en establecer el orden, pero el problema reside en saber de qué tipo de orden se trata y a quién favorece este último. En la medida en que todo trazado de límites tiende a ratificar y a consagrar una cierta división del espacio, el problema que se plantea es de naturaleza casi deontológica. Mediante la legitimación de las discontinuidades creadas, transformamos los límites en objetos incuestionables y actuamos como si dichos límites *existieran* realmente, incluso cuando los hayamos inventado o que hayamos utilizado aquellos que fueron trazados por terceros, sólo por conveniencia y debido a las exigencias de la representación cartográfica. ¡Pero cuidado! debemos estar conscientes de que el orden que se dibuja no es probablemente más que un orden de “combate”; y no es caer en un pacifismo en desuso el afirmar que toda cartografía, debido a que implica una noción de pertenencia o de exclusión, sirve *igualmente* a los propósitos de ciertos actores, para quienes una presentación jerárquica y ordenada del espacio resulta atractiva.

Esta observación me parece más que suficiente para convertir el problema de las fronteras en un problema fundamental, imposible de soslayar, debido a que representa la mejor manera de esclarecer lo que sucede en esos centros y en esos “núcleos” que sólo cuentan con la aprobación de Brunet. Debido a que los límites no existen por sí solos, y a que son siempre producto de una *construcción*, resulta legítimo y esencial analizarlos. Dado que las fronteras entre los países existen realmente, y que los límites de los bienes raíces estipulados por el catastro no son únicamente producto de la imaginación, es imposible perder de vista que estos límites sólo adquieren sentido en función de una sociedad, incluso sólo de un sector de la sociedad, que los creó y los colocó posteriormente de acuerdo con su propio punto de vista y con sus reglas —por consiguiente, de acuerdo con sus intereses—. Nos vemos por lo tanto obligados a formularnos la ineludible pregunta: ¿cuál es este punto de vista, de dónde viene, y quién lo expresa?

Resulta difícil estudiar los límites y las fronteras, independientemente de su naturaleza (ya sean políticos, naturales, estadísticos e incluso científicos), sin verse apesado por los mismos. Si consideramos sólo el campo de los límites cartográficos, éste representa uno de los intereses más importantes de los sistemas de información geográfica. El mapa cambia en-

tonces de naturaleza. Debido a que toda división del espacio resulta dudosa y manipuladora, el mapa debe despertar desconfianza para recuperar la única función que una geografía libre pero rigurosa ha podido concederle y que nunca debería haber perdido: herramienta de reflexión sobre las formas de organización y apropiación del espacio y no herramienta para imponer un nuevo orden mundial.

¿Cuál es, en este contexto, la función de la región?

La región se asemeja a un objeto geográfico complejo compuesto por objetos geográficos, a su vez “simples” (parcelas, fábricas, equipos, zonas agrícolas) o complejos (redes, ciudades). La complejidad misma del objeto hace difícil la descripción de su localización. La región, tal como pretendemos concebirla aquí, debería estar dentro de la categoría de los objetos zonificables; pero la dificultad que representa la identificación de fronteras precisas e incuestionables demuestra perfectamente las dudas persistentes acerca de nuestra propia esquematización, aun cuando éstas son pasadas por alto con frecuencia. En esto radica el problema de la mayoría de los objetos geográficos complejos que tendemos a equiparar con “zonas” a falta de una mejor alternativa. Toda zonificación introduce la idea de continuidad interna y discontinuidad externa. Brunet intenta eludir esta dificultad cuando declara, por una parte, que el “entorno es intrínseco” —dicho de otra manera, que la región se define igualmente por lo que se encuentra a su alrededor— y que, por otra parte, prefiere “interesarse en los centros y no en las periferias”; lo que evita tener que plantearse el problema.

La dificultad que representa la localización de un objeto geográfico, es decir de un fenómeno observado en un espacio determinado, estará en función de la complejidad del fenómeno mismo. Esto explica lo difícil que resulta comprender el concepto de región si nos empeñamos en considerar a esta última únicamente como una forma espacial zonificable de rango intermedio entre el “lugar” —el “sitio”— y una totalidad, la nación o el país, mismos que son igualmente controvertidos en cuanto objetos geográficos. Por tanto la región, como todo sistema complejo, debe ser considerada con base en la multiplicidad de sus formas de localización y no como una entidad espacial continua y contigua a otras entidades del mismo tipo.

Notas

¹ Traducción de Annie Carrillo, ORSTOM, México.

² Este es igualmente el objetivo de los ingenieros cuando estudian, en túneles, los fenómenos de turbulencia o, en cuenca, los efectos del oleaje y de las corrientes en las costas, las desembocaduras de ríos o las construcciones portuarias. En un campo totalmente diferente, equivale al objetivo imposible que persiguen los militares cuando, durante ejercicios “con balas verdaderas”, buscan colocarse en condiciones idénticas a las de un conflicto eventual.

³ Traducción personal del francés “chorème”, el cual es “una estilización del dibujo cartográfico, de por sí ya simplificado y codificado, con el objetivo de anclar en la memoria de los lectores algunas ideas principales” acerca de la organización espacial (De Maximy, 1995) (N. del E.).

⁴ Y. Lacoste y R. Brunet son ambos geógrafos de gran audiencia y trayectoria en la comunidad científica francesa, y más allá la comunidad internacional de los geógrafos.

Bibliografía

- ANTHEAUME, BENOIT, DANIEL DELAUNAY y MICHEL PORTAIS
1987 "L'abeille et l'araignée", en: *Bulletin de liaison* (París, Francia), núm. 7, Département "Conditions d'un développement indépendant", ORSTOM, pp. 3-6.
- CAMBREZY, LUC
1987 "Para un análisis de los márgenes y las transiciones regionales en México", en: *La palabra y el hombre* (Xalapa, Veracruz), núm. 63, julio-septiembre, pp. 59-70,
- DE MAXIMY, RENÉ
1995 "Chorèmes et chorématique", en: Cambrezy, L. y R. De Maximy, *La cartographie en débat*, Karthala-ORSTOM, pp. 119-128, París.
- ESPACES TEMPS*
1979 "Région, enquête sur un concept au dessus de tout soupçon", en: *Espaces Temps* (París, Francia), núm. 10-11, 125 pp.
- 1993 "Les apories du territoire. Espaces, couper/coller", en: *Espaces Temps* (París, Francia), núm. 51-52, 208 pp.
- LACOSTE, YVES
1993 "Chorématique et géopolitique", en: *Hérodote* (París, Francia), núms. 67-70, pp. 225-256.

El concepto de cuencas hidrográficas y la planificación del desarrollo regional

Roberto Melville

Introducción

En la nueva “Ley de Aguas Nacionales” mexicana, aprobada en 1992, se introdujo el concepto de los consejos de cuenca como una instancia o instrumento de coordinación y negociación entre las instancias federales, estatales, municipales y representantes de los ciudadanos de áreas territoriales articuladas por la presencia de una corriente fluvial (art. 13). Es un instrumento para la administración del agua y para la planificación de inversiones destinadas a incrementar y conservar la infraestructura hidráulica. También constituye un mecanismo de resolución de conflictos entre usuarios e intereses de las aguas de un río.

Este instrumento jurídico se ha puesto en marcha sólo en la cuenca del río Lerma, donde los representantes de cinco estados (México, Michoacán, Querétaro, Guanajuato y Jalisco) han emprendido acciones coordinadas en los campos de reforestación, control de contaminación de aguas, abasto de agua potable y riego. Últimamente se formó otro consejo de cuenca en el Bajo Río Bravo. La organización del aprovechamiento del agua en unidades regionales denominadas cuencas hidrológicas no es nueva; tiene una dilatada historia. Este enfoque de aprovechamiento integral del agua ha sido utilizado en otros países, así como en México entre 1946 y 1976.

•

El concepto de cuencas hidrográficas

Las cuencas son superficies cóncavas u oquedades, como las de los ojos. Las cuencas hidrográficas en geografía física son depresiones territoriales por las que por lo regular fluye un río, que drena las aguas del área desde las partes más altas hacia una salida al mar.

La cuenca fluvial es el resultado de una intersección entre dos elementos de la naturaleza, uno relativamente estable y diverso, como es la morfología de la corteza terrestre, y otro dinámico y cíclico, como es el movimiento de los elementos de la atmósfera. Entre estos dos planos ocurre parte del ciclo del agua; el cual es el movimiento rotativo del agua, caracterizado básicamente por procesos de evaporación, traslación eólica de la humedad, precipitación pluvial y drenaje superficial. El proceso de la filtración del agua al subsuelo y sus alumbramientos también debe considerarse dentro del ciclo del agua.

El concepto de cuencas hidrográficas fue desarrollado por los geógrafos para describir, identificar y clasificar porciones de la superficie terrestre en la que ocurre una parte del ciclo del agua.

Una parte de la humedad que acarrearán los vientos por la atmósfera tropieza con las cumbres y montañas más elevadas, cuyas bajas temperaturas provocan las precipitaciones de esa humedad en forma de nieve o lluvia. Diferidamente al derretirse la nieve, o en forma inmediata en el caso de la lluvia, el agua fluye por las laderas de los montes hacia abajo por barrancas y planicies formando arroyos o ríos menores que aportan sus aguas a ríos de mayor tamaño que finalmente desembocan en un lago o en el mar. En ese tránsito descendente una parte del agua se filtra al subsuelo a través de texturas porosas o de rupturas de la superficie, y otra parte, expuesta a la radiación solar durante su camino, se evapora nuevamente hacia la atmósfera. El concepto de cuenca u hoya permite identificar en la morfología de la tierra aquellas extensiones territoriales contiguas, grandes y pequeñas, con pendientes, por las cuales el agua drena desde las cúspides más altas, concentrándose en el cauce de arroyos y ríos, hacia un mar o un lago; identificamos a dichas cuencas con el nombre del río o cauce de mayor importancia que drena ese territorio. Hay algunas cuencas u hoyas excepcionales que no tienen salidas superficiales a los océanos, conocidas como cuencas cerradas o endorréicas, en las cuales las filtraciones subterráneas y la evaporación

suplen las funciones del drenaje de los ríos; un ejemplo de cuenca cerrada es el valle de México.

Las filtraciones y depósitos de agua al subsuelo muchas veces entrelazan a varias cuencas hidrográficas superficiales. Este es el caso de varias cuencas del sur de Texas, donde el agua se filtra en fracturas de las cuencas de los ríos Nueces y Sabinal y luego, por medio de conductos subterráneos, brota en manantiales situados en, y alimentando a los ríos San Antonio y Guadalupe. También existen algunos ríos que drenan extensas regiones, pero se confunden en las áreas bajas, que cíclicamente se inundan o bien dan a la desembocadura común de un delta inundado. Este es el caso de los ríos Grijalva y Usumacinta o el de los ríos Tigris y Éufrates. Algunas divisiones de las partes más altas entre dos cuencas tampoco son discretas y diferenciables; tal es el caso de la región limítrofe entre los grandes lagos y la cuenca del río Mississippi. También hay un factor dinámico. Los ríos tienden a ir aumentando sus respectivas áreas de drenaje e incorporar nuevos tributarios. Por tanto, no debemos formarnos una idea de las cuencas fluviales como unidades geográficas discretas y estables, cuyas áreas pueden delinearse clara y definitivamente en los mapas y los estatutos jurídicos.

Las ideas acerca de la circulación del agua en la naturaleza y en particular del drenaje en un territorio parecen simples y obvias; por ello, nos sorprenderá saber que son relativamente nuevas en nuestra cultura occidental. Son resultado de observaciones empíricas y reflexiones científicas, con referencia crítica al pensamiento bíblico de la época, semejantes a la conceptualización heliocéntrica del sistema solar propuesta por Copérnico en 1543. El concepto "ciclo del agua" tiene múltiples raíces en los filósofos griegos de la Antigüedad Clásica, pero en el pensamiento moderno es atribuida a pensadores del siglo XVII, tales como John Ray (1627-1705).¹

Origen del concepto de cuenca hidrográfica

En las entradas correspondientes de las enciclopedias anglosajonas (tales como "watershed", "river basin", "catchment area") no se señala el origen histórico de esta idea. En cambio, en las enciclopedias francesas con

referencia a “bassin (Hydrographic)” se indica que esta idea fue formulada a mediados del siglo XVIII por Philippe Buache.

Tuve conocimiento de los orígenes del concepto de cuenca hidrográfica por un camino más tortuoso que el de las enciclopedias. Permítaseme describir como llegué a esta referencia bibliográfica. En 1990 trabajé con la doctora Carmen Viqueira en la elaboración de un programa de investigaciones con carácter regional que la Universidad Iberoamericana auspiciaría. Con esta meta exploramos las raíces del concepto de región en diferentes disciplinas: “región natural” (Vidal de la Blanche) en geografía humana; “área cultural” (Clark Wissler) en antropología; los aspectos descriptivo, abstracto y programático de la región en economía (J. R. Boudeville).

Vidal de la Blanche se propuso seleccionar aquellas divisiones fundamentales del territorio francés en las que el geógrafo debería concentrar su atención. Antes de seleccionar el concepto-folk francés de “pays”, como las regiones geográficas naturales más adecuadas para describir las actividades humanas interrelacionadas que ocurren en un territorio, desechó otras divisiones artificiales, tales como las divisiones históricas o administrativas. Luego se ocupó de las divisiones del territorio francés en cuencas fluviales que aún subsistían en la enseñanza, “pues no se renuncia en un día a costumbres inveteradas que libros y mapas llamados geográficos ha acreditado a conciencia”.² De ellas dijo que son sencillas sólo en apariencia, pues al destruir las relaciones naturales que existen entre las comarcas que forman un “pays”, uno estaba condenado a no entender nada. El concepto de cuencas fluviales era, en tiempos de Vidal de la Blanche, un concepto viejo y desechado por la crítica científica de los geógrafos de su época.

Como suelen ocurrir algunos descubrimientos fue casualmente como encontré la referencia a Buache. En un estudio de William Skinner sobre la organización de las ciudades y mercados en China, éste señala que estas instituciones están jerárquicamente ordenadas y enmarcadas en los contornos de las cuencas fluviales. En una nota a pie de página señalaba los fundamentos conceptuales de esta organización y citaba a Buache.³

Traté de obtener una copia del *Essai de Géographie Physique* (1752) de Buache, pero mis intermediarios que fueron a París —François Lartigue y Carmen Icazuriaga— no consiguieron autorización para sacar una fotocopia en la Biblioteca Nacional. Gracias a la generosa intervención de Jean-Yves Marchal conseguí copia de una reedición de este trabajo publicada en 1888.⁴

Philippe Buache (1700-1776) estudió diseño y obtuvo el premio de arquitectura de la Academia en 1721. En 1729 se casó con la hija de Guillermo Delisle, quien le abrió paso para trabajar en el Archivo de planos y cartas. Ese mismo año fue nombrado primer geógrafo del rey; en 1752 publicó el *Essai*, y en 1755 se encargó de la educación en geografía —“la guía de los reyes”— de los hijos de Luis xv.⁵

El ensayo es un género de geografía teórica donde intenta hacer un estudio del orbe o globo terráqueo a partir de la estructura de los continentes. Buache propone la existencia de una estructura o armazón (*charpente*) de grandes cadenas montañosas que ciñen al globo de Oriente a Poniente y, entre los polos, de Norte a Sur. Otras montañas de tamaño mediano denominadas “de respaldo” se desprenden de las primeras hacia el mar y separan los cauces de ríos. Esta estructura no podía ser corroborada con las observaciones disponibles a mediados del siglo XVIII sobre la continuidad de grandes picos y cumbres. Buache la deduce a partir del conocimiento empírico de la distribución: primero, de los ríos caudalosos (*fleuves*) “que tienen su origen en las grandes cadenas de montaña, recorren un gran territorio y reciben un gran número de afluentes, y conservan su nombre desde su origen hasta el mar donde desembocan”; segundo, de los ríos medianos que se originan en las montañas de respaldo y pierden su nombre al aportar sus aguas a los grandes ríos. “Se pueden representar con la forma de ramas de un gran árbol cuya raíz está sembrada en el mar; y también con una sola mirada se puede ver todo el terreno que abarca para dar salida a las aguas en un río caudaloso, desde las cadenas montañosas altas y medianas”; tercero, hay algunos ríos pequeños o ríos de la costa, que forman un grupo particular, cuyas fuentes no se encuentran ni en las grandes montañas ni en las cadenas de respaldo, “y que con todo llevan sus aguas hacia el mar”. Así es como se inaugura la teoría de las cuencas fluviales.

También postula una estructura semejante para los fondos de los mares, formados por cadenas montañosas submarinas, cuyos indicios visibles eran las islas, peñones y atalayas, entre las cuales existen cuencas submarinas.

El éxito de este libro fue enorme, pero los geógrafos del siglo XIX consideraron que su efecto sobre la geografía como ciencia fue funesto, ya que los diseñadores de mapas utilizaron dicha teoría para sustituir el registro de datos empíricos, y para la crítica científica por la elegancia de las artes gráficas. Tengo entendido que el éxito de la teoría de las cuencas fluviales no tuvo como única consecuencia esa “funesta” utilización de un enfoque artístico para la elaboración de mapas. Esta concepción también

fue aplicada después de la Revolución Francesa para definir las nuevas demarcaciones administrativas más pequeñas, cuyo centro estaba situado a tal distancia que un aldeano campesino pudiese transitarla en un día; y fue puesto en práctica sobre todo en los territorios feudales más extensos y distantes de la capital de Francia.⁶ Pero mis conocimientos de historia y geografía de las unidades administrativas provienen de conversaciones casuales con amigos y no puedo extenderme más en este tema. Sin embargo, me gustaría recibir sugerencias bibliográficas y orientaciones sobre la materia. También quiero conjeturar que estos conceptos se aplicaron a los esquemas administrativos en las colonias francesas. Asimismo es probable que el concepto de cuencas fluviales haya sido utilizado anteriormente como un esquema descriptivo integral para referirse a las características de ríos particulares en diferentes partes del planeta. Buache utiliza este concepto para formular una hipótesis teórica. Y hemos enunciado las críticas que esta aplicación provocó entre los geógrafos franceses.

Usos modernos del concepto de cuencas fluviales

A principios del siglo XX, el concepto descriptivo de las cuencas fluviales adquirió una nueva popularidad y ha sido adoptado como propio, tanto por los especialistas en hidráulica, como por los políticos, sin recordar siquiera al geógrafo quien lo hiciera tan popular en el siglo XVIII. Quizás esta nueva popularidad del concepto de cuencas hidrográficas está relacionada con las oportunidades tecnológicas que se abrieron a principios del siglo XX para un aprovechamiento integral y múltiple de los recursos hidráulicos de una región. William Willcocks —gran rehabilitador de los antiguos sistemas hidráulicos de Mesopotamia y Egipto— profetizó en 1903 que con la ayuda del concreto, la energía del vapor y la electricidad, las grandes dragas y la dinamita, en un par de décadas se podrían construir obras hidráulicas más extensas que aquellas que varias dinastías de la antigüedad habían logrado producir mediante el reclutamiento de trabajo forzado y de cautivos de guerra.⁷

En el pasado, sin los recursos tecnológicos de la era industrial, los pueblos aprovechaban sólo una parte del potencial de los ríos, y generalmente se emprendían complejas obras con propósitos limitados. Así en las civili-

zaciones fluviales, que emergieron en zonas áridas, se construyeron obras para proteger a las tierras de las inundaciones y canalizar las aguas de las crecientes para irrigar campos. En las regiones húmedas, el agua no era necesaria para la agricultura, pero los ríos caudalosos fueron aprovechados como vías de comunicación para extender el comercio y ampliar la influencia política de ciudades y estados. Las caídas de agua también fueron canalizadas como fuentes de energía para mover molinos de trigo y trapiches de azúcar.

Probablemente el desarrollo de la generación y transmisión de energía eléctrica al final del siglo XIX hizo pensar que el agua podía ser utilizada para varios propósitos.⁸ El valor de la energía cubriría los costos de los trabajos de ingeniería necesarios para aprovechar integralmente los recursos hidráulicos de una región. En 1908 el presidente Theodoro Roosevelt indicó, al recibir el informe de la Comisión de Canales Interiores:⁹ “cada sistema fluvial desde su nacimiento en el bosque hasta su desembocadura en la costa es una unidad y debe ser tratado como tal”. Esta idea se puso por primera vez en práctica en la cuenca del río Miami, bajo la supervisión de A. E. Morgan. Algo semejante ocurrió en Francia, donde la ley (del 16 de Octubre de 1919) recomendó que se tratara a las cuencas fluviales como unidades de planificación.¹⁰ Esta opinión era compartida por los ingenieros alemanes e italianos para hacer eficaz la planificación de los recursos hidráulicos.

Después de la gran inundación del río Mississippi en 1927, el congreso norteamericano ordenó al Cuerpo de Ingenieros —institución encargada de obras hidráulicas en Estados Unidos— que realizara estudios integrales acerca de la navegación, control de inundaciones, irrigación y energía para las cuencas fluviales en su totalidad. A partir de esta instrucción se produjeron informes por cuencas conocidos como los “reportes 308”.¹¹ Entre ellos destacaba el informe y programa elaborado para la cuenca del río Tennessee.

El modelo TVA de planeación regional integral

El Cuerpo de Ingenieros decidió concentrarse en la cuenca del Tennessee porque se prestaba a un manejo integral. Había datos hidrológicos suficientes sobre el área. Además el Congreso enfrentaba un difícil dilema político sobre qué hacer con la presa Wilson, construida durante la prime-

ra guerra para fabricar fertilizantes nitrogenados, destinados a las plantaciones algodonerías. El Cuerpo de Ingenieros elaboró el primer plan; el cual estuvo disponible cuando se autorizó la creación de Tennessee Valley Authority (TVA).¹² El decreto del congreso otorgó facultades amplias a la nueva agencia gubernamental regional para emprender un plan de desarrollo regional integral, pero concediéndole prerrogativas de la flexibilidad como en una empresa privada. Una característica novedosa de este plan fue que se vinculaba el conjunto de obras hidráulicas a la promoción del bienestar social y económico de los habitantes de la región.¹³ Para encabezar la junta directiva de la nueva institución se seleccionó al ingeniero A. E. Morgan, quien había encabezado el proyecto de manejo integral de la cuenca del río Miami.

El proyecto del valle del Tennessee consistía en un conjunto de grandes represas construidas en las altas montañas para proteger de las inundaciones a las tierras bajas y para generar energía eléctrica. En el curso principal del río se construyó un canal navegable de unos mil kilómetros aproximadamente entre Knoxville y la desembocadura del río en Kentucky; el canal estaba dispuesto con represas con esclusas para salvar el gradiente y con generadores de energía. El conjunto de obras fue diseñado para operar un sistema integral y fue construido a lo largo de una década. Simultáneamente a las obras emprendidas en el río, se iniciaron múltiples programas orientados a la reforestación de tierras de pendiente, al mejoramiento de rendimientos de cosechas a través de la distribución de fertilizantes y consejos prácticos a los agricultores, difundidos por el servicio de extensión agrícola. También se promovió la formación de cooperativas para impulsar la electrificación rural y la venta de insumos y maquinaria agrícola.

El área de influencia del TVA —que corresponde al territorio de la cuenca hidrográfica del río Tennessee— comprendía fracciones de siete estados y más de 200 municipios o condados. El poder federal delegaba a la agencia TVA sus facultades para emprender las obras de control del río, pero ésta debía negociar con las instancias estatales y locales acerca del contenido de los programas. La prensa, el Departamento de Estado y los dirigentes del proyecto se encargaron de difundir ampliamente los méritos del proyecto: la efectividad de sus resultados y el enfoque participativo de la planificación. David Lilienthal, miembro de la junta directiva de la agencia, escribió un libro titulado *TVA: Democracy on the March* (1943) que fue traducido a varios idiomas. Un programa similar fue puesto en marcha en la cuenca del Ródano en Francia por las mismas fechas, pero la guerra mundial se interpuso y retrasó la ejecución del conjunto de obras en aquella región.¹⁴

Difusión mundial del modelo TVA

Desde su creación en 1933 comenzaron a surgir, en diversos puntos del planeta, proyectos diseñados a semejanza del norteamericano: cuenca del río San Francisco (Brasil), cuenca del río Yatzhe (China), cuenca del río Papaloapan (México), entre otros. El aspecto de la cultura norteamericana que más interesaba en la India era el proyecto TVA. Después de la segunda guerra, el proyecto TVA representaba el equivalente del Plan Marshall norteamericano para las regiones subdesarrolladas. No todos los países que pretendieron imitar este esquema de desarrollo de recursos hidráulicos, disponían del capital para realizar el conjunto de las obras de control y aprovechamiento de los ríos en las cuencas fluviales respectivas. Pocos países contaban con las condiciones necesarias o con la voluntad política para instaurar los mecanismos de participación y planificación democrática que habían subrayado sus propagandistas norteamericanos. Pero sobre todo, los análisis sociológicos no pusieron de manifiesto que el éxito del programa de mejoramiento agrícola norteamericano implicaba la transferencia de los labradores excedentes a polos de ocupación industrial. Sin estas posibilidades de reubicación en el sector urbano-industrial y de absorción de la fuerza laboral arraigada hasta entonces en la economía de plantación y el minifundio rural, el éxito del TVA se hubiese visto ensombrecido por la persistencia de la pobreza rural. Por estas razones los resultados de las réplicas del proyecto TVA en diversas partes del mundo tuvieron resultados desiguales.

El programa de cuencas hidrológicas en México

Durante su campaña electoral a la presidencia de México, Miguel Alemán pudo comprobar que las promesas de construir una presa para riego y los ofrecimientos de agua potable despertaban un gran entusiasmo e interés entre los ciudadanos reunidos en sus mítines políticos. El ingeniero Adolfo Orive Alba, entonces director de la Comisión Nacional de Irrigación, le proporcionó información clave sobre las necesidades hidráulicas de las diferentes localidades visitadas.¹⁵

En 1944, una de las peores inundaciones anegó casi medio millón de hectáreas de las tierras bajas de la cuenca del río Papaloapan. El estudio ordenado por la Comisión Nacional de Irrigación sugería que se abordara el problema de la región de una manera integral, construyéndose cinco presas en los principales ríos tributarios y bordos a lo largo del cauce principal del río. Las condiciones sanitarias, la construcción de vías de comunicación y el fomento de la economía regional fueron consideradas como partes del plan de obras a realizarse en dicha región.

Estas dos circunstancias influyeron decisivamente en el reordenamiento de la administración de los recursos hidráulicos del país. Hasta entonces, las responsabilidades del manejo del agua estaban dispersas en diferentes departamentos del gobierno: la irrigación en la Comisión Nacional de Irrigación, el control de inundaciones en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, el agua potable en la Secretaría de Salubridad y la producción de energía eléctrica en la Comisión Federal de Electricidad. Cada entidad establecía una celosa vigilancia sobre las corrientes de agua en las que tenía obras, equipo y proyecto, aprovechándose las aguas para un solo propósito. En diciembre de 1946 el equipo de asesores de Orive Alba logró convencer al nuevo presidente, Miguel Alemán, para que corrigiera esta dispersión administrativa y creara una secretaría de Recursos Hidráulicos. Esta fue una acción pionera en muchos aspectos. Se trata de la primera vez que en un gobierno del hemisferio occidental la administración del agua ocupa un lugar preeminente a nivel de gabinete. Esta decisión no se adoptó sin objeciones; la Comisión Federal de Electricidad conservó, por razones que nunca se han aclarado, el control sobre la producción de energía. Sabemos también que la concentración de poder regional en la sede de la Comisión del Papaloapan provocó intensos celos y rivalidad con el gobernador del estado de Veracruz, Adolfo Ruiz Cortínez.¹⁶

Paralelamente al proceso de centralización administrativa se crearon comisiones ejecutivas en diversas cuencas fluviales: el Papaloapan (1947), el Tepalcatepec (mayo de 1947), el Fuerte (junio de 1951) y el Grijalva (junio de 1951). La comisión del Lerma-Chapala-Santiago (noviembre de 1950) tenía un enfoque distinto, orientado al estudio de los problemas técnicos de la distribución del agua en una de las zonas más pobladas de la meseta central. Sin embargo, en 1966 se formuló un atractivo proyecto de desarrollo regional que contó con apoyo del BID, y fue divulgado en toda América Latina.¹⁷ De este mismo tipo fue creada la Comisión Hidrológica de la Cuenca del Valle de México para aconsejar a las autoridades sobre la manera de abordar los problemas de abasto de agua potable y drenaje del

valle de México, en la que estaba asentada la Ciudad de México.¹⁸ Cada una de estas entidades regionales abarcaban e integraban áreas territoriales correspondientes a varios estados y centenares de municipios.

El balance de las obras y logros de las comisiones hidrológicas está dispersa en una extensa bibliografía que debe ser revisada cuidadosamente para poder extraer las lecciones que se derivan de tales experiencias.¹⁹ Al inicio del sexenio de López Portillo volvió a dispersarse la gestión del agua y se desaparecieron las comisiones hidrológicas. La Secretaría de Recursos Hidráulicos se fusionó con la secretaría de Agricultura y Ganadería formándose la SARH. Para la administración de los recursos hidráulicos en la provincia se adoptó un esquema de gerencias estatales. Los distritos de riego dieron la pauta para la formación de distritos de temporal y después en unidades de desarrollo rural. Al inicio del gobierno de Salinas de Gortari, la élite de ingenieros hidráulicos que había elaborado el Plan Nacional Hidráulico en 1975, recuperó su influencia y persuadió al nuevo gobernante sobre las virtudes de una gestión unificada del aprovechamiento del agua: reformó la ley de aguas, comenzó a transferir la gestión de los distritos de riego a los usuarios y propuso la formación de consejos de cuenca. Con estos breves apuntes quiero sugerir que existe un patrón sociocultural en la historia moderna de México, en el cual pueden identificarse marcadas tendencias a la centralización de la administración de los recursos hidráulicos acompañadas por los esquemas de manejo a nivel de cuencas. La descentralización de la gestión del agua en la cúpula del poder político —dispersando las actividades hidráulicas en las secretarías de estado— van acompañadas de una restauración de la influencia de las entidades estatales.

Conclusión

Las divisiones geográficas en términos de las cuencas hidráulicas descansan en la lógica y unidad del sistema fluvial. Generalmente tales unidades, necesarias para planear las obras de aprovechamiento de los recursos hidráulicos, no coinciden con las entidades políticas. En Francia, después de la revolución, se crearon nuevas demarcaciones administrativas que se aproximaban a los límites de las cuencas; pero el modelo TVA de crear

agencias regionales para la planeación de los recursos hidráulicos del río Tennessee y sus tributarios, requería de la transferencia del poder federal y de un complejo proceso de coordinación y negociación entre las autoridades constituidas de las entidades políticas.

En México, la eficiencia en la gestión de los recursos hidráulicos a nivel de cuencas hidrográficas, la capacidad de movilizar recursos económicos y de decidir sobre aspectos clave de la economía regional, generaron en el pasado centros de poder político rivales a la estructura de poder del gobierno central con sus vínculos formales e informales con las autoridades estatales. El esquema de cuencas hidrográficas trasciende e intersecta las fronteras políticoadministrativas. Por esta razón, los consejos de cuenca puestos nuevamente en marcha en este sexenio han sido creados con la aprobación y participación de los gobernadores y las estructuras institucionales de los estados involucrados. No se les ha otorgado funciones ejecutivas, sino de coordinación y negociación. La estrecha relación que aquí se sugiere entre las formas de administración del agua y las estructuras de poder en México, al igual que en otras regiones, es una estimulante perspectiva para reconsiderar algunas ideas formuladas en torno a los conceptos de “sociedades asiáticas” y “la sociedad hidráulica” de Marx y Wittfogel. No se trata de revivir todo el esquema evolucionista y la crítica al poder total de la Unión Soviética, sino de explorar las dimensiones políticas de los esquemas de administración del agua.

Notas

¹ Véase Yi-Fu Tuan, *The Hydrologic Cycle and the Wisdom of God. A Theme of Geoteology*, University of Toronto Press, 1968, Toronto.

² “Des divisions fondamentales du sol français”, *Bulletin Litteraire* II (1888-1889).

³ Skinner, *The City in Imperial China*, 1978, p. 718, n11; también Minshull, *Regional Geography*, Chicago, 1967, pp. 21-22.

⁴ Drapeyron, *Les Deux Buache et l'education géographique de trois rois de France*, Institute Geographique de Paris, 1888, París.

⁵ Prevost y D'Amat, *Dictionaire de Biographie Francaise*, 1956 (CNRS).

⁶ Comunicación personal de Claude Bataillon.

⁷ Willcocks, *The Restoration of the Ancient Irrigation Works on the Tigris*, 1903, p. 17.

⁸ Teclaff, *The River Basin in History and Law*, 1967, p. 114.

⁹ Inland Waterways Commission, *Preliminary Report*, 1908, p. IV.

¹⁰ El ingeniero mexicano Pablo Bistrain atribuía el origen de los planes integrales de cuencas fluviales al político francés Edoard Herriot, senador (1912-1919) y diputado (1919-1940) por la región del Ródano (comunicación personal, abril de 1994).

¹¹ White, “A Perspective of River Basin Development”, en: *Law and Contemporary Problems*, 220, 1957, pp. 157-187; House of Representatives Document, núm. 308, 69th Cong., 1st Sess. (1927).

¹² White, *id.*, p. 170. House of Representatives Document, núm. 328, 71st Cong., 2nd Sess. (1930).

¹³ Melville, *ТWA y el desarrollo de cuencas fluviales* (UIA, tesis de doctorado, 1990).

¹⁴ Cfr. Bethemont, *Le thème de l'eau dans la vellee du Rhône*, ed. del autor, 1972.

¹⁵ Entrevistas al ingeniero Adolfo Orive Alba, julio de 1981 y junio de 1993.

¹⁶ Greenberg, *Bureaucracy and Development: A Mexican Case Study*, Lexington, 1970, p. 20.

¹⁷ Barkin y King, *Desarrollo económico regional (enfoque de cuencas hidrológicas de México)*, Siglo XXI, pp. 95-120, México; “Mexican Plan to Aid 8 Million in Rural Areas Goes into Action”, en: *The New York Times*, mayo 6, 1966.

¹⁸ SRH, Comisión Hidrológica de la Cuenca del Valle de México, *La Comisión Hidrológica de la Cuenca del Valle de México (1951-1970)*, 39 pp., México, 1970.

¹⁹ Una selecta lista de referencias bibliográficas se presenta a continuación:

Papaloapan: Poleman, *The Papaloapan Project*, 1964.

Tepalcatepec: Barkin y King, *Desarrollo económico regional*, 1970.

El Fuerte: Gill, *La conquista del valle del Fuerte*, 1957.

Grijalva: Arrieta, *La integración social de la Chontalpa*, 1994.

Lerma-Chapala-Santiago: No existe aún un trabajo integral.

Las regiones ambiguas de Veracruz: un ejercicio

*Jean-Yves Marchal
Rafael Palma Grayeb*

Región: “lo mismo sirve para un roto que para un descosido”, dice el viejo refrán popular que hace referencia a las cosas que se acomodan de múltiples modos en circunstancias distintas. Región: “Entonces palabra vacía, que contiene aquello que pongamos en ella... probablemente la palabra más oscura y más controvertida de la geografía”, escribe Roger Brunet sobre ella. Región: “femenino. Porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias particulares de clima, producción, etc. Zool. Cualquiera de las partes en que se considera dividido exteriormente el cuerpo de los animales”, nos dice un diccionario de la lengua española.

Tenemos entre nuestras manos un término de viejo cuño que, actual por su recurrente uso en muchos ámbitos, se niega a perder sus connotaciones originales. Término vivo que nos resulta vago, oscuro, entonces temido por especialistas que prefieren darle la vuelta o saltarlo, incluso ignorarlo. Pero también un concepto espacial abarcador, luminoso como cuadro impresionista donde las fronteras precisas no existen, vocablo ahora vernáculo que cumple con la nominación de lugares dentro de la amplia gama de escalas de percepciones sociales. ¿Cómo manejar lo que lejos de ser letra muerta brota en nuestra cotidianidad en diversos sentidos? ¿Acaso su valor no crecería si la precisamos con más rigor? ¿O por el contrario, si la encapsulamos en definiciones, acaso tendría una muerte innecesaria?

Todo esto cobra sentido cuando nos situamos en una “región” particular. Veracruz, por ejemplo, es una entidad de la República Mexicana enmarcada por una larga serranía y el Golfo de México. Aquí los párvulos aprenden que dicha entidad tiene varias regiones: la Huasteca, el Totonaca-

pan, las Grandes Montañas, el Sotavento, los Tuxtlas. En ocasiones, territorios contenidos en los ya citados merecen ser llamados igualmente regiones: Chicontepec, Zongolica, Uxpanapa, la Mixtequilla. Según diversos autores, esta alargada entidad puede tener, sin conflicto aparente, tres, cinco, diez o veinte regiones establecidas por enfoques distintos: étnico, biogeográfico, económico, histórico, productivo, o todos a la vez, como pretenden ser concebidas las cinco primeras aquí mencionadas, aunque curiosamente la vigencia de algunas de ellas sea hoy cuestionable.

Esa variabilidad de modos de entender un mismo espacio obedece, en buena medida, a dos hechos: por un lado no existen consensos para definir sus límites, a veces ni siquiera precisar “el adentro” o “el afuera”; por otro, la formal gestión territorial ocurre sin tomarles en cuenta. Ante una voluntad de entendimiento —de comprensión regional—, se antepone una administración que subdivide su quehacer sin considerar su correlato espacial, por tanto el delimitar regiones termina generalmente en mero ejercicio académico. Hay aquí una cuestión delicada que es mejor explicitar.

El estado del Estado

Veracruz, al igual que el resto de los estados mexicanos, está subdividido en municipios: las unidades de gobierno más pequeñas en que se descompone el país según la Constitución de la República de 1917, así como en las respectivas Constituciones de cada estado federado. Estas unidades forman un primer mosaico sobre el territorio veracruzano, compuesto por 210 municipios, el cual convive con los otros dos niveles de gobierno (estatal y federal), que a su vez construyen sendos mosaicos sobre el mismo espacio, pero en este caso obedeciendo a necesidades específicas de las distintas dependencias de gobierno, según el nivel al que pertenezcan. El resultado es una mezcla difícil de descifrar. La geografía veracruzana del poder público acepta, además de los mencionados municipios, jurisdicciones sanitarias, inspecciones escolares, subdelegaciones estatales, comisiones en cuencas hidráulicas, intendencias eléctricas, distritos electorales, de riego, de desarrollo rural, petroleros, zonas marginales. Si a ello agregamos los otros espacios, privados o no, tales como obispados, zonas de las asociaciones ganaderas, áreas de influencia de ingenios cañeros o aso-

ciaciones no gubernamentales, bancarias u otras, resulta realmente difícil hallar una porción de Veracruz que no esté partida y repartida en distintos subespacios de administración de poder.

La fuerza de las cosas hace que todo el engranaje funcione sin demasiada fricción. Por fortuna, para sus habitantes sólo una docena de ciudades son centros de la mayoría de esas instancias que, finalmente, son visitadas con cierta cotidianidad por motivos de índole personal: reparar el vehículo, saludar familiares y aprovechar para renovar el permiso de conducir, por ejemplo. Ningún centro queda demasiado lejos, aunque vivir en lugares atrapados, en traslapes de las retículas administrativas, puede implicar moverse en distintas direcciones. Un ganadero del Papaloapan puede depender de los permisos de sanidad animal expedidos en el puerto de Veracruz, de las asambleas de la asociación en Cosamalopan, del crédito bancario obtenido en Tuxtepec (poco más allá de las fronteras del estado), de la compra del ganado en Acayucan y vivir en el municipio de Chacaltianguis. Normal y complicado. Válido cuando se nace y entiende desde siempre el sutil tejido de alianzas y fuerzas locales o foráneas, cuando se juega con libertad de elección entre los diversos territorios de control. Difícil cuando las negociaciones se difuminan en trámites ante diversas agencias de distintos niveles de gobierno; pero más cuando el terruño pierde su consistencia histórica y las identidades su significado, su valor. Es como no saber ser en su propia tierra.

La historia de las divisiones territoriales interiores no se ha escrito completa todavía, y aun hoy parece lejos de poderse concluir. Los viejos afanes de los poderes centrales por consolidar y garantizar la consistencia soberana del país, ahora se traducen en divisiones sectoriales del espacio que, por tanto, resultan *aespaciales*; a tal punto que no existe cartografía exacta o definitiva de los límites municipales en Veracruz. ¿Acaso esto es el estigma asignado al poder local más pequeño, sujeto o dormido, también negado? ¿Acaso enfrente de todo esto sólo reste la región, definida apenas como el espíritu de los lugares? La reversión de todo comienza, lentamente avanza. Ya se modificó la Constitución para fortalecer el fundamento legal del municipio mexicano, ya se discuten sus funciones precisas, sus derechos fiscales y presupuestarios. Y los conjuntos de terruños revitalizados pueden componer de nuevo las regiones como espacios más humanos, más propios.

En detrimento de una organización de la apariencia, la necesidad de la jerarquización

La confusión sobre el significado y validez de la noción de región como tal no es únicamente veracruzana. La Organización de las Naciones Unidas llama regiones a continentes o conjuntos de gran extensión, más políticos que geográficos: América Latina completa es una región. Y dentro de ésta última el Caribe puede ser calificada como una cuenca; el Golfo de México en su totalidad, de la Florida a Yucatán, como una región. En su turno, el estado de Veracruz también es presentado como una región o una cuenca, según el autor. Estamos ante una confusión total de los términos.

Región implica etimológicamente la raíz regio, como rey, atañe al verbo regir. En lo más vago, como hemos visto, región designa cualquier parte; su escala no está definida. En lo más preciso, la región es natural: una cuenca hidrológica, una unidad física. En lo menos impreciso está la región funcional, a veces llamada polarizada, a veces homogénea. “Región no es cualquier porción del espacio. Es un espacio organizado por un sistema que se inscribe dentro de un conjunto espacial más vasto”, nos dice Dollfuss (1973: 101). Este mismo autor nos explica lo que se entiende por espacio:

El espacio geográfico es un espacio localizable, concreto... Si cada punto del espacio puede ser localizado, interesa entonces su situación puesta en relación en el conjunto dentro del cual se inscribe, y las relaciones que mantiene con los diferentes medios de los que forma parte... El espacio geográfico... se forma y evoluciona a partir de conjuntos de relaciones, pero estas relaciones se establecen dentro de un cuadro concreto: la superficie de la Tierra (Dollfuss, 1973: 5).

De esta manera, tampoco la noción de espacio resulta vaga, ciertamente amplia pero no imprecisa; y es amplitud que debemos dimensionar en términos de talla o extensión geográfica del fenómeno a estudiar.

En este sentido, nuestro enfoque se dirige a la jerarquización y comparación de los espacios, hacia ver de qué manera los espacios encajan en algunas sucesiones en el conjunto de tal ejercicio; nombrar a los espacios según una terminología apropiada. Cada tipo de espacio encontrado puede relacionarse con otro, encadenarse el más grande al más pequeño y vice-

versa. En otras palabras, se trata de pensar el espacio como una sucesión de conjuntos puestos unos dentro de otros. La técnica reside en tratar de deshacer un todo en subconjuntos, como en un juego de rompecabezas.

Una propuesta de jerarquización

A continuación presentamos un intento para hacer clara la estructura de los espacios “encajados”. Consiste en nueve niveles de ensamblajes estructurales geográficos, una manera de cortar el espacio terrestre en conjuntos homogéneos, del más grande al más chico, según su escala, fisonomía y estructura, encerrando éstas un cierto tipo de sistemas, es decir, la función que los espacios presentan. Otras subdivisiones podrían ser acogidas, como el área, entre región y país, o a la inversa: agrupaciones que se hagan entre niveles privilegiados. Para cada nivel debemos seleccionar un método de investigación específico que depende de la disciplina científica que se acerque a dicho nivel. La geografía es una de ellas y, obviamente, no tiene ningún monopolio. Lo que importa es que ella proponga una clarificación de las escalas espaciales.

Denominación	Ejemplos, correspondencias	Orden de tamaño	Escalas de estudio
Zona	Zona intertropical	10 millones de km ²	1/10 000 000
Dominio	Nivel subcontinental Amazonia. Trópico húmedo mexicano. “Mediterráneo americano”.	500 000 km ² o más	1/5 000 000
Provincia	Área que contiene un grupo de regiones: el Golfo, el Istmo.	Menos de 500 000 km ²	1/1 000 000

continúa

Región	Comarca. Llanuras de Sotavento. El Bajío, Los Tuxtlas, La Laguna.	5 000 a 50 000 km ²	1/500 000 1/250 000
País	Cuenca hidrológica. Microrregión. La Huasteca.	Hasta varias centenas de km ²	1/50 000 1/20 000
Terruño	Paisaje agrario. Espacios urbanos.	Menos de 100 km ²	1/10 000
Barrio	Sector urbano. Un pueblo y su espacio inmediato.	Menos de 50 km ²	1/5 000
Geofaces	Conjunto de parcelas o varias manzanas.	1 hectárea-1 km ²	1/1 000
Manzana Parcela Geotopo	El más pequeño conjunto que se puede determinar en el paisaje.	Menos de 1 hectárea	1/500 1/100

Región sí, ¿pero qué más?

Por lo general, cuando los científicos se apropian de la palabra región para dar un contexto espacial a su análisis, agregan un adjetivo para precisar su interés especial. Normalmente dicho adjetivo debería utilizarse para ayudar a caracterizar el espacio en cuestión, es decir, señalar aquellos elementos que definen la estructura del sistema. Pero es común que se use el calificativo al revés: se define el enfoque del estudio, no la región. En este último caso el concepto se empobrece a favor de cierto énfasis; también aparecen los supuestos sinónimos (zona, área, unidad) al faltar los niveles más pertinentes. En fin, se rompe el sentido del cambio de escala.

Pero ¿qué podemos decir sobre esos adjetivos que agregamos a la palabra región? Básicamente aparecen tres. La *región natural*, donde la organización del espacio, entonces del sistema, descansa esencialmente sobre

elementos físicos, bióticos o abióticos. En seguida, la *región histórica*, que nace de un largo pasado vivido por una sociedad que ocupa una porción del espacio. Es un territorio que no tiene posibilidades de convertirse en Estado, en nación, y que fue absorbida por una unidad política de mayor dimensión. Una región histórica puede tener límites mantenidos a lo largo de la historia, a lo largo de los tiempos, aun si los viejos motivos de su existencia han desaparecido. A veces su contenido pudo haber perdido toda utilidad para la gestión contemporánea del territorio.

Finalmente aparece la *región* llamada *funcional, moderna*. Es el espacio que ocupa una estructura actual, particular por el reparto de sus localidades, de las densidades de población, del diseño de los caminos; una estructura original del equipamiento, infraestructuras y producciones que da a esa porción del espacio su individualidad con relación a los espacios vecinos. En ellas, de más en más, la organización depende de las relaciones que se establecen a partir de las ciudades o de un entramado de localidades: las redes de caminos y ciudades. Esas mismas redes que crean solidaridad a partir de centros urbanos en un proceso de polarización. En ellas hay unidades motrices (bancos, industrias, administración, puntos de inversión de capital) que ejercen su influencia sobre el entorno mediato e inmediato. Podemos hablar de una *región funcional*, como aquella que se basa en los centros urbanos para definir sus relaciones con el espacio.

Muchos otros calificativos podrían acompañar al término *región*. Los cruces de variables, factores, características de cualquier naturaleza son obvias, para quien estudia el espacio, a partir del momento que esas variables desempeñan un papel en la repartición espacial. Hay características que no influyen directamente en el mosaico de situaciones, fenómenos o procesos que no entran en el reconocimiento, definición o delimitación de espacios particulares. Por ejemplo, y por definición, los rasgos físicos son permanentes, mientras los hechos históricos son temporales, algunos efímeros. Entonces interviene también una jerarquización, una opción: ¿qué es determinante, importante, o bien secundario, sin interés? Ciertamente la *región* bien entendida no necesita adjetivos: hablamos de un todo estructurado por el medio ambiente y la historia, de un sistema que funciona dejando huella en amplios paisajes.

De sistemas, homogeneidad y densidad

Podemos tener una región natural, económica, histórica; una gran región, una pequeña, una subregión. Todo es posible. Pero no deben olvidarse tres cosas que, unidas entre sí, le dan coherencia al conjunto: la función sistémica, el sentido de homogeneidad y la fuerza de las densidades.

Respecto a sistemas es claro que los numerosos y variados procesos que se desarrollan en la superficie de la Tierra no están aislados unos de otros, sino que se interrelacionan y algunos se convierten en decisivos, es decir, más poderosos que otros. Todos ellos ejercen influencias mutuas, por tanto son interdependientes (v. Bassols Batalla, 1977: 19). Entender y distinguir los procesos endógenos y exógenos que le dan sentido al conjunto regional, sus retroalimentaciones, su razón de ser y estar, es lo que marca nuestras cotas, tanto en el tiempo como en el espacio.

Por su parte, la idea de homogeneidad es consecuencia de la repetición de un cierto número de formas, de un juego de combinaciones, que se reproducen semejantes —lo que no significa idénticas— sobre una cierta porción del espacio terrestre (v. Dollfus, 1973: 8). Puede ocurrir, es obvio, tanto en las grandes zonas climáticas como la más pequeña porción del espacio. Un área homogénea es aquella que corresponde a la extensión de un paisaje. Es una misma formación vegetal, un tipo de topografía que se repite, un tipo de ordenamiento rural o industrial. En términos más generales, son las formas de ocupación del espacio que corresponden a una densidad de población, por ejemplo un grupo humano que se distingue de sus vecinos por técnicas agrícolas particulares.

Como se nota, la homogeneidad corresponde a una estructura particular de organización espacial. Y esta estructura es la parte visible de un sistema, imagen de una cohesión interna. Entonces la homogeneidad no es solamente un diseño de formas aparentes, sino que ella nace de un sistema de relaciones que determina las combinaciones que se repiten, análogas, sobre una cierta fracción del espacio terrestre, como escribe Dollfus (1973: 19).

Además, leer la densidad de población en un mapa constituye el primer paso hacia el conocimiento de sus lugares y su sociedad, debido a que la carga de población refleja la manera en que dichas sociedades usan, marcan con su sello el espacio, su espacio transformado en territorio. El cálculo es sencillo: se trata de obtener el cociente del número de habitantes por

unidad de superficie, generalmente por kilómetro cuadrado. Considerar y obtener las variables necesarias ya no es tan simple: ¿sobre qué base espacial calcular las densidades?, ¿qué porciones del espacio son más pertinentes para elaborar esa información?, ¿es posible o no ubicar con precisión los asentamientos y restituir, gracias a la cartografía, la realidad de la ocupación del territorio?, en fin, ¿qué contar y qué medir?

“El número de habitantes por km² es un eje esencial de la geografía humana”, nos dice Pierre Gourou (1979: 139), y continúa: “Al igual que el estudio de los paisajes humanos, que le está estrechamente ligado, el de la densidad de población lleva consigo todos los engranajes de la explicación geográfica: ¿Por qué tantos hombres en determinada superficie? ¿Cuáles son las técnicas de producción y de encuadramiento (político, económico) que justifican esta densidad?”. La densidad media de vastas extensiones permite hacer amplias comparaciones y deslindar regiones. Pero, para captar las realidades locales, se requiere tener en cuenta las densidades humanas de superficies pequeñas, porque los fenómenos que se producen en espacios densos son diferentes de los que aparecen en espacios de estructura ligera, fluida (Brunet, 1990: 88). Finalmente, el estudio de la densidad de población acrecienta su interés si toma en consideración el peso económico de las poblaciones interconectado con los paisajes humanos construidos: “Todo el engranaje de la explicación geográfica puede ponerse en marcha para explicar a la par la densidad de población y su peso económico” (Gourou, 1979: 140). Estructura y sistema, procesos y homogeneidades leídos por las densidades y su evolución, son todos elementos clave para abordar cualquier nivel espacial jerarquizado en el cuadro anterior. Entonces la región no debe evadirlos.

Pero hagamos un alto. No se trata aquí de abrumar al lector con una apretada síntesis del pensamiento geográfico contemporáneo, más sabiendo que las síntesis pueden contener mucho y finalmente no decirnos nada. El punto focal de estos párrafos no es otro que la inducción a explorar el espectro de posibilidades que subyacen al concepto de región, y comparar, a partir de Veracruz, los usos y abusos, concientes e inconcientes, reales o imaginarios que se mueven con dicho término. Se trata finalmente de proponer otras vías para acceder al conocimiento de dicha entidad mexicana.

La región entre dominios mal ampliados y subespacios: el caso de Veracruz

Tal parece que el orden del tamaño define las masas: extensiones, pesos demográficos, poder económico. Partamos del Golfo de México, espacio que parece la porción más amplia desde la perspectiva veracruzana, tal vez la porción de espacio más abstracta, para llegar al fraccionamiento del estado de Veracruz, y después a la parte norte de dicha entidad.

El Golfo y el Mediterráneo americano

El Golfo es un elemento dentro de otros espacios más vastos, según la escala en que nos ubiquemos. Es algo que agregar, primero, en el conjunto del *Sinus mexicanus*, reconocido y llamado como tal después del siglo XVII según viejas cartografías. Y este Seno, junto al Mar Caribe, encaja en otro espacio más amplio: el “Mediterráneo americano” (v. figura 1).

En este último nivel de observación se entiende que el Seno y el Mar Caribe son dos entes. Dicho en otras palabras, tenemos por un lado a las entidades del sur de Estados Unidos y del Golfo mexicano; por otro a las Antillas, más los estados del Caribe y los países de la América Central. Es un grupo geopolítico de una treintena de Estados independientes o territorios autónomos (incluyendo los estados mexicanos y estadounidenses) que le bordean o viven en su centro, un lugar real de encuentros.

Humboldt fue el primero en hablar de una “Mediterránea americana”. Después Elisée Reclus consagró el primer capítulo del tomo 17 de su Nueva Geografía Universal (1891) a una presentación del Mediterráneo americano o “América mediterránea” y de su evolución geopolítica. Este espacio incluyó, en ese fin del siglo XIX: Indias occidentales, México, istmos americanos y Antillas, sin entrar más en sus diferencias internas, producto de la historia.

Pero sobre todo, es desde finales de los años cincuenta, con la revolución cubana, y desde 1983, con el proyecto de Ronald Reagan llamado “Caribbean Basin Initiative” (préstamos financieros a los Estados del conjunto y facilidades para exportar), que el complejo “Mediterráneo ameri-

cano” existe como tal, puesto con relación a una coyuntura geoestratégica de primer orden para los Estados Unidos: la amenaza de la revolución cubana, la independencia de las posesiones británicas y la crisis política de América Central.

En oposición a esta visión de estrategia pura, se presentan dos concepciones locales: aquella que agrupa los Estados insulares anglófonos e insiste, a la vez, sobre la naturaleza afroantillana y la necesidad de una “integración regional”; otra, de inspiración más amplia, que da fuerte acento a la oposición entre los Estados del Tercer Mundo y los Estados desarrollados (Lacoste, 1982 y Panabiere, 1991).

El conjunto es un archipiélago de islas y tierra firme, con un mosaico de poblaciones, varios espacios de pobreza, variedad de paisajes y múltiples situaciones políticas y económicas al interior de sus fronteras. ¿Es esto un conjunto donde surge un “orden regional”?; y ¿cómo entender región, cuando los norteamericanos llaman a su propio territorio, de Florida a Texas, “regiones del sur”? Un “viejo sur” que por cierto conoció desarrollos importantes en los años 1960-1980: el crecimiento más elevado de Estados Unidos y la migración más fuerte a partir de los Estados del Caribe y América Latina. Así hasta que Miami se convirtió, desplazando a Panamá (antes durante los siglos XVI-XVIII lo fueron Cartagena y La Habana) como capital financiera del Mediterráneo americano. Dicho término actualmente se utiliza poco, pero encierra un enorme “espacio-movimiento”: una gran red de intercambios orientada al “Norte” y con una dinámica que se puede comparar con lo que pasa en el Mediterráneo del Viejo Mundo.

Así el Golfo de México, que no es estrictamente mexicano, tampoco escapa a los flujos de migrantes y mercancías, a ese espacio-movimiento que nos devela Panabiere (1991). Descrito por Monasterio (1995) a raíz de la Conferencia de Gobernadores del Golfo celebrada apenas el pasado mes de mayo, “El Golfo no es sólo una rívera, es un todo coherente, una cuenca cerrada con personalidad propia... un circuito radial de casi 5 000 km que empieza, del lado continental, en el Cabo del Este, en los “Everglades” de la Florida y culmina en el Cabo Catoche, en el extremo noroeste del procurrente yucateco. Cierra el círculo, al oriente, el lagarto verde de Cuba”. Descripción que enmarca el más reciente intento por favorecer “la integración de la cuenca en un ámbito de creciente conciencia subregional”.

La fachada oriental de México

Es cierto que México juega un papel dentro de este conjunto y del anterior, con su fachada marítima y sus puertos. Fachada costera que a su vez forma un complejo de entidades, que van desde el Río Grande, o frontera norte, hasta Yucatán. Aquí se suceden originalidades físicas y humanas que coinciden, más o menos, con la división entre los estados federales de la República Mexicana. La falta de homogeneidad hace que poco tenga que ver Tamaulipas con Tabasco, o Veracruz con Yucatán. Así como hablamos antes de un archipiélago terrestre respecto a los Estados de América Central, podemos proponer lo mismo con referencia a los estados costeros orientales de la federación mexicana. Son sucesiones de variedad de paisajes, mosaicos de población, densidades demográficas, estructuras económicas y sociales, así como de distintos niveles de desarrollo. La fachada oriental de México no es una unidad regional. Por lo menos, es un “dominio” compuesto de varias características.

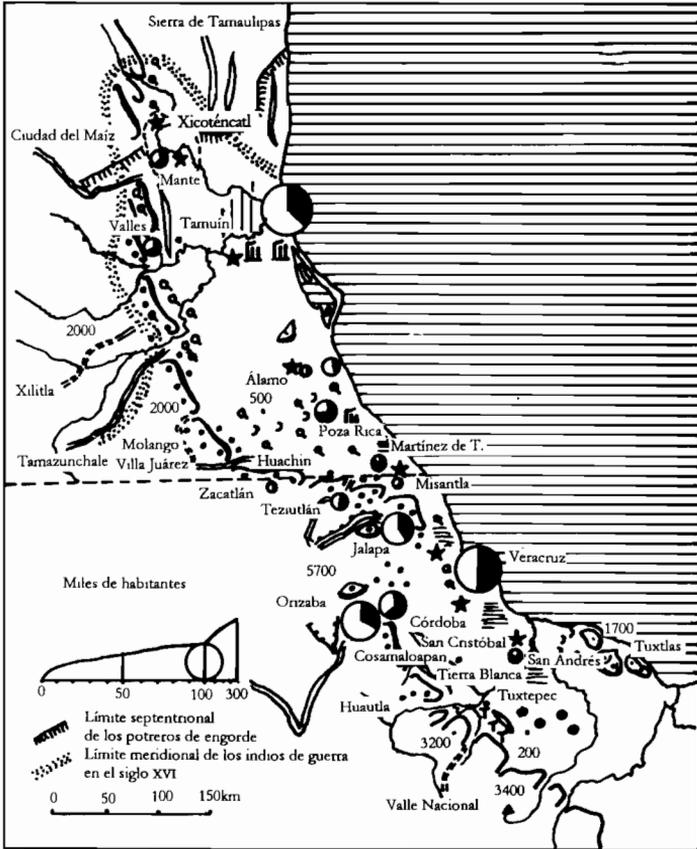
El rompecabezas de las huastecas

Ahora bien, si pasamos los límites del estado de Veracruz, ¿qué vemos, sino otra división entre varias entidades? Volvemos a la discusión planteada al inicio de este texto sólo para recordar la falta de límites y consensos existentes. Tomemos dos ejemplos sobre el norte de Veracruz, el conocido como la Huasteca.

En el primero, Claude Bataillon (1969) se sitúa a gran escala, es decir que considera México en su conjunto federal. Él considera globalmente “la vertiente huasteca y veracruzana, íntimamente soldada al México central, del que recibe poblamiento, iniciativas o encuentra al mismo tiempo un amplio mercado”. Según nuestro autor, comparativamente a la frontera norte de la federación mexicana, que para él tiene cierta unidad, los trópicos húmedos son “un mundo dividido, disperso en pequeñas unidades a pesar de la originalidad común del medio natural... (que es precisamente) el ambiente tropical húmedo [...] Esta región seduce por sus contrastes: tradición indígena

Figura 2

Vertiente huasteca y veracruzana



- Círculos proporcionales con la población de las ciudades en 1960
- Parte negra: crecimiento 1940-1960 (el crecimiento nacional llega a 90%)
- === Carretera revestida o de terracería
- ==== Carretera pavimentada
- +— Ferrocarril
- ⊕ Presa
- ⊕ Explotación petrolera
- ⊕ Pliegues (simétricos)
- ⊕ Farallón
- ⊕ Volcán
- ⊕ Zona de riego
- ⊕ Atroz
- ⊕ Algodón

- ∨∨∨ Verduras
- T Tabaco
- △ Piña
- △ Henequén
- ∴ Trigo
- || Forrajes (alfalfa)
- ★ Ingenio de azúcar
- Agrios
- Café
- ⌋ Plátanos

Fuente: Claude Bataillon, 1976: 132.

y pozos petroleros, ciudades coloniales y carreteras de penetración... donde se oponen fuertemente sectores bien poblados y otros casi vacíos”. Sobre todo, se oponen sectores con distintas producciones agropecuarias, que difieren al grado de un municipio a sus vecinos en un medio muy variado. Pese a todo, la figura de la vertiente Huasteca y veracruzana que nos propone incluye el sur tamaulipeco hasta Ciudad Victoria, lo que significa que Bataillon no toma en cuenta los límites estatales para la Huasteca que agrega en su diagrama (v. figura 2), centrándose en el proceso que une porciones de Veracruz con otras de Tamaulipas, Hidalgo y San Luis Potosí, y todas jugando en un espacio económico dentro del cual la ciudad de Tampico (Tamaulipas) es considerada como el polo determinante. La fuerza que resalta del esquema es que el norte de Veracruz, a pesar de su falta de homogeneidad, no es más que un apéndice de Tampico, un espacio bajo control de dicha ciudad.

En el segundo ejemplo, Bassols-Batalla (1977) y sus colegas buscan los pequeños detalles, cruzan variables de todo tipo y valor, se empanan de la Huasteca o Huastecas, haciendo divisiones espaciales de muchas categorías. A tal punto, que es difícil reconocer entre los múltiples cortes espaciales aquellas que finalmente prevalecen. Para el grupo de investigación fue un ejercicio sin otro objetivo que subdividir y calificar los subespacios huastecos. Para ellos, la Huasteca está delimitada —como ya lo habían concebido los antropólogos— al sur por el río Cazonos (entre Papantla y Tuxpan) y al norte por el río Soto La Marina (más septentrional que Ciudad Victoria), lo que significa ampliamente que el norte de Veracruz no se puede entender, por donde lo veamos, sin sus relaciones con Tamaulipas y las extremidades orientales de otros estados como San Luis Potosí, Hidalgo y, a veces, Querétaro. Esto constituye un primer punto que tiene bastante fuerza: el norte Veracruz, como tal, no se puede analizar dentro de sus propios límites estatales, si intentamos abarcarlo en su totalidad. Todo el deslinde de espacios homogéneos ahí realizado desemboca en una sobreposición que, al extremo, otorga una complejidad casi infinita entre la sierra y la costa, entre el norte y el sur, tanto del piemonte como de la planicie costera, de tal forma que entramos en un fino entramado donde cada pieza tiene su originalidad.

Estos dos ejemplos nos llevan por sucesivos cambios de escala. Dicho de otra manera, entramos poco a poco en un juego que tiene que ver con un mosaico detallado de originalidades espaciales al nivel local. En el norte de Veracruz es difícil poner en relación las variadas escalas estructurales socioeconómicas. Existen por lo menos tres regiones superpuestas en un “país” histórico: la Huasteca, cuyos límites rebasan la entidad veracruzana. Y esas tres regiones se descomponen en varias unidades: áreas, subáreas, geofacies/geosistemas, así tratando de seguir la clasificación que antes presentamos.

¿De qué otra manera pudiera presentarse el norte de Veracruz? Una respuesta tiene que ver con los objetivos que cada grupo social o grupo de presión persigue, grupos que tienen el poder de decisión durante algún tiempo en ciertos lugares como, por ejemplo, las asociaciones de productores (v. figura 3). He aquí otra posibilidad.

Concluyendo: cada quien ve su región según sus preguntas y punto de observación

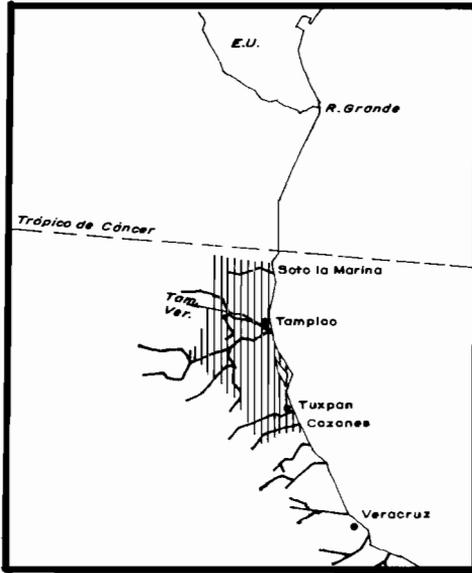
El estado de Veracruz puede aparecer como un conjunto homogéneo desde el punto de vista político, si consideramos que sus habitantes obedecen a las mismas leyes, las cuales repercuten históricamente en el paisaje estatal. Por ejemplo, en lugares de Puebla vecinos a Veracruz, se nota de inmediato en el paisaje que existen leyes diferentes respecto al manejo forestal.

Una asociación coherente de lugares es una unidad espacial. No importa la extensión del espacio geográfico ni lo que fundamente su unidad, sino sólo el momento que ofrece una diferencia global, la representación de otro espacio, de la otredad respecto a los lugares vecinos. Entonces es que estamos realmente ante un espacio geográfico. Y en ese momento lo importante es presentar un conjunto de lugares percibido como tal, sin otra determinación. Un conjunto que se encaja en unidades de rangos superiores y que se descompone en unidades más elementales.

Finalmente, todo parece girar en torno a las preguntas y enfoques que pretendamos dar a nuestros análisis, al nivel de detalle que tengan nuestras informaciones y también al origen espacial que les sustente (informaciones puntuales, lineales, reticuladas); a la magnitud del espacio geográfico que requerimos para centrar el fenómeno, proceso, sistema o estructura que nos ocupa. Cobijamos con parte de esto y caminar en el análisis nos llevará, necesariamente, a entender la coherencia entre un todo y sus partes, entre ese todo y lo demás que le rodea, a señalar las especificidades en función de un juego de escalas cuya pertinencia sólo los lectores de un espacio, unos datos, un momento, tienen que acotar. La región, si lo es, probablemente nacerá o llegará a encontrar su adjetivo compañero. Pero no siempre es así, algunos de los ejemplos antes señalados lo ilustran; y parece que espacios como La Huasteca tendrán, de nuevo, que esperar.

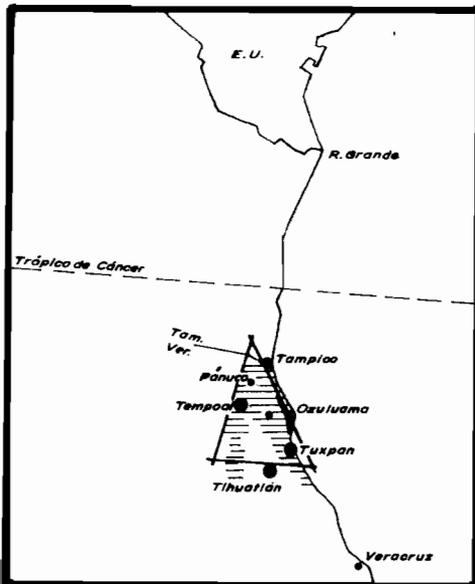
Figura 3

Algunas visiones esquemáticas del norte de Veracruz



EL NORTE HISTÓRICO:
el país de los ríos

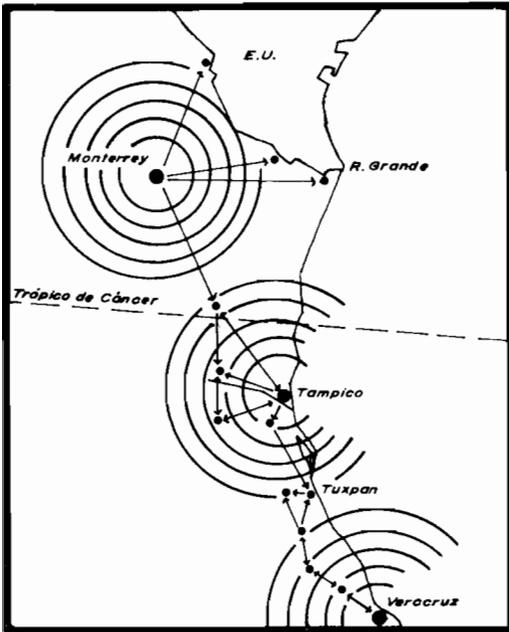
 La Huasteca



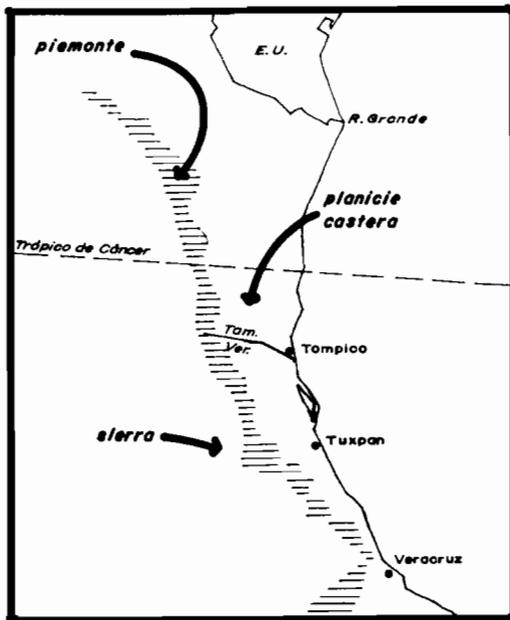
EL NORTE VERACRUZANO
DE LOS GANADEROS

● *centra bancario,*
rastró

 "espacio ganadero"



LAS INFLUENCIAS URBANAS



DIVISIONES NATURALES

Bibliografía

ARIAS HERNÁNDEZ, R.

1973 "Una aproximación al enfoque o criterio integral de región económica", en: *Dualismo* (Xalapa, Veracruz), núm. 4, vol. II, pp. 195-215.

BARRERA BASSOLS, N.

1992 "El impacto ecológico y socioeconómico de la ganadería bovina en Veracruz", en: E. Boege y H. Rodríguez (coord.), *Desarrollo y medio ambiente en Veracruz*, CIESAS-Instituto de Ecología-Fundación F. Ebert, pp. 79-114, Xalapa.

BASSOLS BATALLA, A.

1990 "Dimensiones regionales de México contemporáneo", en: C. Martínez Assad (coord.), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, UNAM-CIH-Porrúa, pp. 93-138, México.

BASSOLS BATALLA, A. (et al.)

1977 *Las huastecas en el desarrollo regional de México*, Trillas, México.

BATAILLON, C.

1969 *Las regiones geográficas en México*, Siglo XXI, México.

BRUNET, R.

1990 "Le déchiffrement du Monde", en: *Mondes nouveaux. Géographie Universelle*, t. 1, Hachette-Reclus, pp. 10-271, México.

CARRILLO D., I.

1993 *Industria petrolera y desarrollo capitalista en el norte de Veracruz* Universidad Veracruzana (Colección Biblioteca), Xalapa.

DOLLFUS, O.

1971 *L'analyse géographique*, PUF, Coll., París.

1973 *L'espace géographique*, PUF, Coll., París.

FORMAN T. T., R. y GODRON M.

1986 *Landscape Ecology*, John Wiley and Sons, Nueva York.

GOUROU, P.

1973 *Pour une géographie humaine*, Flammarion, París. Versión española de 1979, *Introducción a la geografía humana*, Alianza Universidad, México.

- JESÚS ORDÓÑEZ, M. DE y F. GARCÍA-OLIVA
1992 “Zonificación ecoproductiva de Veracruz”, en: E. Boege y H. Rodríguez (coord.), *Desarrollo y medio ambiente en Veracruz*, CIESAS-Instituto de Ecología-Fundación F. Ebert, pp. 31-49, Xalapa.
- JUÁREZ SÁNCHEZ, J.
1975 “Bases para una política regional: la región norte de Veracruz”, en: *Dualismo* (Xalapa, Veracruz), núm. 7, vol. IV, pp. 81-112.
- LACOSTE, Y.
1982 “Les deux méditerranées”, en: *Hérodote* (París, Francia), núm. 27, 3-15.
- MARCHAL, J. Y. y R. PALMA G. (coords.)
1985 *Análisis gráfico de un espacio regional: Veracruz*, INIREB-ORSTOM, Xalapa.
- ORTIZ-MONASTERIO, L.
1995 “Vivir en el Golfo: Acuerdo de los Estados del Golfo de México”, en: *La Jornada* (México D. F.), mayo 13.
- PALMA, R., O. HOFFMANN y J. Y. MARCHAL
1992 “Veracruz-Norte, elementos para un inventario cartográfico”, documento interno al programa “Transformaciones de la vida rural y nuevas configuraciones del poder local en el Golfo de México”, El Colegio de México-CNRS-ORSTOM, Xalapa.
- PANABIÈRE, L.
1991 “La cuenca de los Huracanes”, “El Mediterráneo de las Américas”, en: *Alfil* (México D. F.), núm. 10, IFAL, pp. 4-7, México.
- SOLÍS FUENTES, J. A.
1982 *Las divisiones regionales del Estado de Veracruz*, Universidad Veracruzana, IIESES, Xalapa.

Segunda parte
Territorio e identidad

La apropiación del espacio entre nahuas y popolucas de la Sierra de Santa Marta, Veracruz

Emilia Velázquez H.

El espacio con sus ríos, tierras, volcanes, barrancos, flora y fauna, existe independientemente de que esté o no ocupado por grupos humanos. Cuando una porción del espacio es habitado por uno o más grupos sociales, ocurre una “apropiación social” del espacio. Esto, que los geógrafos denominan el “espacio vivido” o el “espacio socialmente construido”, es la expresión de la interacción entre la naturaleza y la cultura. En efecto, es mediante la cultura que hombres y mujeres se apropian material y simbólicamente de porciones de espacio. Al ocurrir esto se fijan límites, fronteras que diferencian un espacio de otro, contribuyendo a la creación de identidades. Es lo que los geógrafos llaman el territorio, es decir, aquellos espacios identificados individual y colectivamente como propios frente a los espacios de “los otros” (Hoffmann, 1992).

Como todo hecho social, el territorio de un grupo humano no es estático, sino que está sujeto a cambios; los cuales se originan a partir de conflictos y contradicciones que todo grupo social vive en su interior y en sus relaciones con otros grupos. De esta manera, las transformaciones que ocurren en el tiempo y en el “espacio vivido”, expresan la correlación de fuerzas de diferentes actores sociales. Es así que puede decirse que la configuración territorial es un hecho político, fruto del ejercicio e impugnación del poder. También desde esta perspectiva, al interior de un espacio dado, de un territorio, existen, al lado de formas de apropiación hegemónicas, espacios vividos desde la subalternidad.

En este trabajo hablaré de cómo se ha transformado el territorio nahua-popoluca a lo largo del presente siglo, cuáles han sido las causas de tales cambios y quiénes han sido los principales actores. El análisis gira en torno a dos aspectos: el acceso formal al espacio, aquel que proviene de le-

yes y decretos formulados por los grupos gobernantes (conquistadores españoles, políticos liberales del siglo XIX, políticos postrevolucionarios del siglo XX) y que se expresa en modalidades de tenencia de la tierra. El otro aspecto es el acceso informal al espacio, y tiene que ver con el manejo que de éste se hace. El manejo del espacio se crea y recrea a partir de las necesidades locales, del conocimiento que del medio tienen sus usufructuarios directos y se basa en normas propias que proceden de valores culturales.

Hablaré de la apropiación que de su espacio han hecho nahuas y popolucas de la Sierra de Santa Marta, la cual se ubica al sur del estado de Veracruz. A la Sierra la conforman dos macizos montañosos que irrumpen en la llanura costera, donde la vegetación primaria ha sido de selvas y bosques tropicales. Actualmente está habitada por indígenas nahuas en los municipios de Pajapan y Mecayapan, por popolucas en el municipio de Soteapan, y por mestizos que llegaron a colonizar algunas partes de la Sierra a mediados de siglo. Según la tradición oral de Mecayapan, los nahuas de este lugar y los de Pajapan llegaron a establecerse a la Sierra en épocas diferentes; y, aunque hablan un mismo idioma, se registran diferencias dialectales entre ellos (García de León, 1976). Los nahuas de Mecayapan tienen vecindad directa tanto con los popolucas de Soteapan como con los nahuas de Pajapan, pero sus relaciones más estrechas han sido con los popolucas. Las formas de apropiación del espacio que quiero mostrar son precisamente las que realizan nahuas de Mecayapan y popolucas de Soteapan, quienes durante algún tiempo construyeron lo que podríamos llamar un territorio interétnico. En el primer apartado me refiero también a los nahuas de Pajapan sólo para mostrar en qué momento la historia territorial de ellos adquiere una vía aparte. No hablo de los mestizos porque no han influido en los procesos que me interesa enseñar.

Los tiempos remotos

La región sur del actual estado de Veracruz, donde se ubica la Sierra de Santa Marta, ha sido un espacio habitado desde tiempos remotos. De acuerdo a los hallazgos arqueológicos, en la cuenca baja del río Coatzaco-

coalcos hay registros de presencia humana desde el año 1500 a. C. (Ortiz, 1993). Hacia el año 1200 de la misma era está desarrollándose ya en esta zona una cultura sofisticada, la de los antiguos olmecas (García de León, 1976 y Soustelle, 1984).¹

Hay evidencias de que alrededor de 300 años después (900 a. C.) son destruidos varios de sus más importantes monumentos, al mismo tiempo que se abandona el lugar, lo que hace suponer la existencia de una rebelión contra el grupo dominante. El sitio es ocupado y abandonado varias veces en los siguientes siglos por grupos que hablan lenguas mixe-zoques (García de León, 1976 y Soustelle, 1984). Báez-Jorge (1973), basándose en estudios de glotocronología, ubica la llegada de los zoque-popolucas hacia el año 500 de la era cristiana. Más tarde, a partir del 800 d. C. arriban diferentes migraciones de nahuas del altiplano (Teotihuacan y Tula) (García de León, 1976).

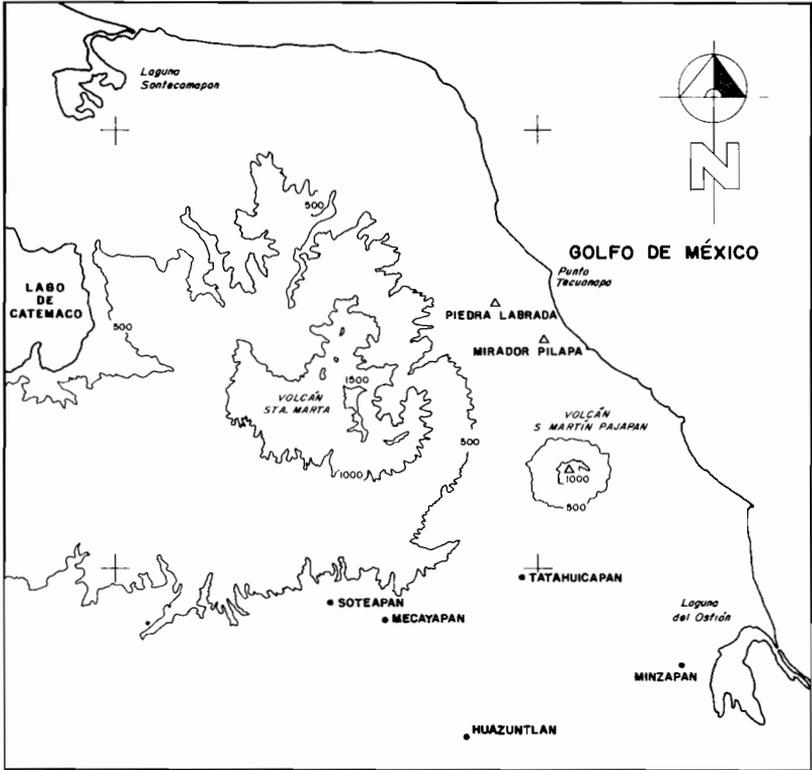
Cuando ocurre la conquista española, lo que ahora es el sur de Veracruz está dividido en cinco señoríos: Cotaxtla, Tlacotalpan, Acuezapaltec, Tuztla y Coatzacoalco. El señorío de Coatzacoalco, cuyos dominios se extienden por la porción más al sur del actual estado veracruzano (donde se ubica la Sierra de Santa Marta) y partes de Tabasco, Chiapas y Oaxaca, es el único de dichos señoríos que no está sometido al imperio mexica (Ramírez Lavoignet, 1971 y Cruz, 1990a). Cada señorío tenía sus propios límites territoriales que lo diferenciaba de los señoríos vecinos. Cruz (1990) habla de otros posibles límites al interior del señorío de Coatzacoalco: el de las aldeas gobernadas cada una de ellas por un señor principal, aunque el señorío en su totalidad estaba bajo la autoridad del señor de Coatzacoalco.

Esta organización del espacio, tal como sucede en el resto de la Nueva España, cambia a lo largo del siglo XVI, al imponer los españoles otras formas de apropiación y acceso a la tierra (García, 1987 y Menegus, 1991). Así, la ahora llamada Provincia de Coatzacoalcos es dividida en diez corregimientos y varias encomiendas. Los pueblos que para entonces existen en la Sierra de Santa Marta son Mecayapan, Soteapan, Tatahuicapan, Huazuntlan y Minzapan (Cruz, 1990a).

Como consecuencia de tal reordenamiento del espacio, a principios del siglo XVII las tierras aledañas a San Francisco Minzapan ya son propiedad de una hacienda (San Miguel Temoloapan) dedicada a la ganadería. A partir de entonces hay constantes conflictos entre españoles y minzapeños por la apropiación de la tierra. Según los documentos de archivo consultados por Buckles y Chevalier (1992), parece que la mencionada hacienda extiende sus límites a costa del territorio de los nahuas de

Figura 1

Sierra de Santa Marta



SIMBOLOGÍA

FIG. 1

- Poblados en el siglo XVI
- △ Sitios arqueológicos Olmecos.

ESC. 1 : 250,000



Minzapan, bajo el alegato de que ellos no ocupan todas las tierras. A mediados del siglo XVIII los indígenas de Minzapan tienen que comprar sus antiguas tierras a los propietarios de la hacienda Temoloapan; las cuales, junto con otras que ya poseían legalmente de acuerdo a los títulos primordiales sellados por el rey Carlos III, forman el territorio de la comunidad de Pajapan (Buckles y Chevalier, 1992). Es este el origen de una forma de tenencia de la tierra que, rodeada de un sinfín de conflictos y violencia, perdura hasta la actualidad: la comunidad agraria de Pajapan.² Hasta aquí dejamos la historia de Pajapan, asiento de uno de los dos grupos nahuas de la Sierra y cuyo devenir en torno al control de su territorio difiere de la de los nahuas de Mecayapan.

Respecto al pueblo popoluca de Soteapan¹ (Xoteapa), éste aparece en el Libro de las Tasaciones de los Pueblos de la Nueva España del siglo XVI (AGN, 1952), tributando junto con Quinamulapa al mismo encomendero.³ Sin embargo, en este libro no se registran Mecayapan, Tatahuicapan ni Huazuntlan, ni como tributarios de algún encomendero ni de la Corona española, lo que puede indicar que estos pueblos tributaran a nombre de Soteapan.

Los registros históricos referentes a Soteapan, recabados por Ramírez Lavoignet (1971), hablan de mercedes de tierras concedidas entre 1579 y 1614 a varios españoles, con una extensión de 37 166 hectáreas, con lo que se forma la Hacienda de Cuatotolapan, que más tarde se llama Corral Nuevo (Ramírez Lavoignet, 1971).⁴ Para recuperar parte de sus tierras, los populucas de Soteapan compran diferentes mercedes a particulares en 1584, 1593, 1614 y 1691. Así, igual que los nahuas de Pajapan, los populucas de Soteapan adquieren títulos de propiedad con los que en la segunda mitad del siglo XIX impugnan los intentos de despojo de sus tierras. No sucede lo mismo con los nahuas de Mecayapan, quienes no disponen de ningún documento que acredite la propiedad legal de las tierras que ocupan.

Entonces tenemos, por un lado, dos grupos (nahuas de Minzapan y populucas de Soteapan) que viven una situación semejante a la de otros pueblos de indios de la Nueva España, los cuales por pleitos legales y compra de tierras se vuelven propietarios legales de sus antiguas tierras, con lo que en la mayoría de las veces no se acaban sus disputas con las haciendas vecinas. Es el origen de las llamadas tierras comunales de indios. Algo diferente ocurre con los nahuas de Mecayapan,⁵ que no parecen pelear a nombre propio por el espacio que habitan. En el siguiente apartado veremos cuáles fueron las posibles causas de esta actitud.

La defensa de un territorio interétnico

De acuerdo a la tradición oral de Mecayapan, los habitantes de este pueblo arribaron a la zona procedentes de Huimanguillo, en el actual estado de Tabasco. Es decir, procedían de Los Ahualulcos, uno de los señoríos prehispánicos que se extendía sobre parte de lo que ahora es el sur de Veracruz (Moloacán, Ixhuatlán), y hacia el noroeste del actual estado de Tabasco (Huimanguillo, Cárdenas) (García de León, 1976). Respecto a lo que por años han contado los viejos del pueblo, cuando estos nahuas llegan a la Sierra, encuentran que el lugar que escogen para asentarse es “propiedad” de los popolucas de Soteapan, quienes les dan permiso de establecerse a cambio de que les paguen un tributo.⁶ Los nahuas de Mecayapan aceptan esta condición y pagan su contribución, hasta que el gobierno crea los municipios de Mecayapan y Soteapan.⁷

Sin embargo, parece ser que, aunque por disposición externa Mecayapan y Soteapan quedan separados administrativamente, para nahuas y popolucas su territorio sigue siendo uno. De tal forma que desde 1886, año en que la Secretaría de Fomento ordena deslindar y repartir las tierras del Istmo de Tehuantepec, en el que se incluye la Sierra de Santa Marta, los nahuas de Mecayapan y los popolucas de Soteapan inician una complicada y difícil lucha conjunta por conservar sus tierras,⁸ hasta que en 1902 las pierden a manos de la familia Romero Rubio,⁹ la cual en 1905 vende los terrenos a la Compañía Mexicana de Petróleos El Águila, propiedad del empresario inglés Pearson (Ramírez Lavoignet, 1971 y Azaola, 1982).

Pero lo que importa para el tema que aquí se trata es que Soteapan y Mecayapan defienden juntos las tierras que ocupan, por lo que en 1894 nombran a un representante de ambos pueblos para que realice los trámites legales correspondientes para la división de sus terrenos comunales, los cuales han previsto repartir entre los vecinos de los dos pueblos. En el acta que se levanta se aclara que los terrenos comunales pertenecen, por títulos primordiales, al pueblo de San Pedro Soteapan, pero que se desea compartirlos con el pueblo de Mecayapan. Juntos también, aunque con una participación tal vez más destacada de Soteapan, nahuas y popolucas se levantan en armas en 1906, liderados por Hilario C. Salas, respondiendo al llamado del Partido Liberal Mexicano.

Para Ramírez Lavoignet (1971) es claro que la rebelión indígena tiene como causas el enojo que provoca la corrupción e injusticias que padecen durante los siete años (1895-1902) en que tratan de acatar las nuevas leyes de reparto de tierras comunales. El ingeniero que contratan para llevar a cabo la división de dichas tierras los tima, igual que hacen las autoridades de los cantones de Acayucan y Minatitlán, las cuales alargan interminablemente la solución de los problemas de linderos que surgen con la hacienda Chacalapa. Además, los indígenas son constantemente llevados a la colonia militar de Tonalá, acusados de no pagar adecuadamente por los trabajos de deslinde y división de terrenos. Finalmente, al perder sus tierras, el único camino posible para defender su identidad de indios y campesinos, dada por la posesión de un espacio en el que viven (en el término amplio de reproducirse, amar, soñar), trabajan y adoran a sus dioses, es el de las armas. Se intenta la guerra y con ello se encara la muerte, como último recurso para la defensa de un territorio, ese espacio a la vez colectivo e íntimo (Hoffmann, 1992), sin el cual ¿qué sentido puede tener la vida?

Permanencia de reglas propias: el uso mancomunado de las tierras

Como he mencionado antes, el acceso formal a una determinada porción del espacio es, junto con el manejo que del mismo se hace, lo que define la existencia de un territorio. Es por ello que nahuas y popolucas tratan de mantener la propiedad legal de sus tierras, aceptando las reglas del juego que el gobierno establece. Pero la pérdida legal de estas tierras no significa, en el caso que aquí nos ocupa, la destrucción de su territorio. Lo inaccesible de la zona,¹⁰ habitada por indígenas capaces de levantarse en armas; la existencia de tierras de buena calidad y más fácil acceso en las planicies, que es donde se extendieron las haciendas,¹¹ así como la baja densidad de población en todo el sur del estado,¹² son las condiciones que posibilitan que nahuas y popolucas sigan usando su espacio de manera semejante a como lo hacían antes.¹³ Según lo que la gente de Soteapan y Mecayapan recuerda, una vez que disminuye la represión que se desata a raíz del levantamiento de 1906, ninguno de los nuevos propietarios acu-

den a tomar posesión física de las ancestrales tierras de indios. Ocurre todo lo contrario en otras partes de Veracruz, donde la compañía inglesa El Águila despoja, tanto legal como físicamente, a sus antiguos propietarios.¹⁴

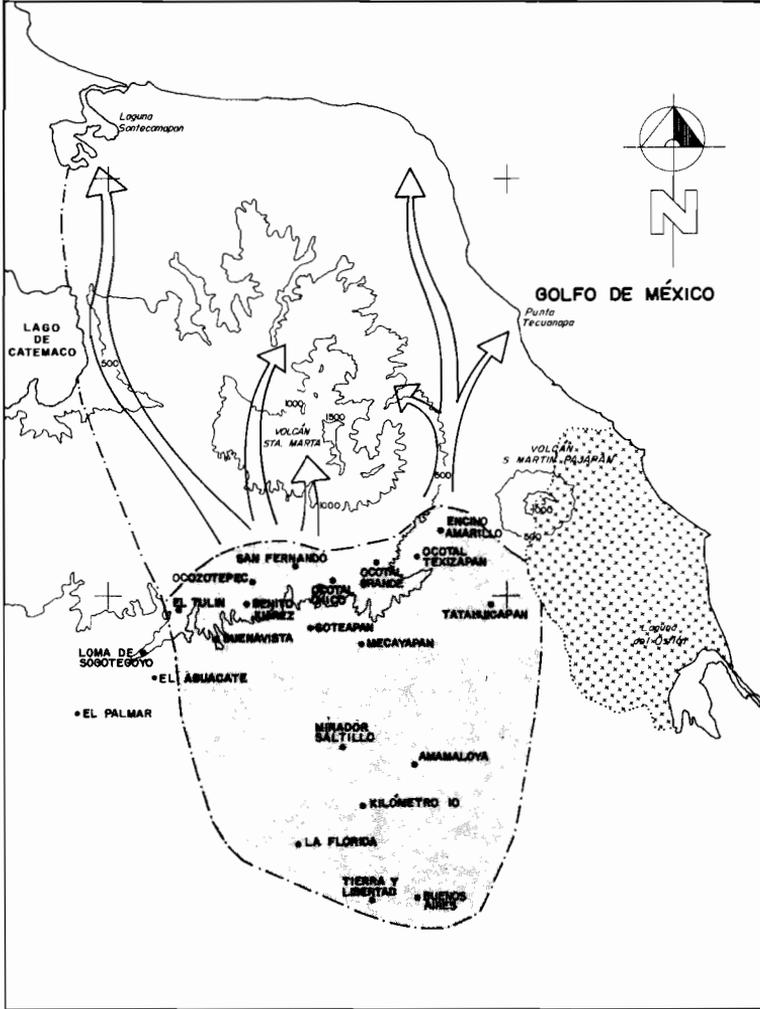
Esta modalidad de uso del espacio significa que distintos pueblos, sean nahuas o popolucas, pueden rozar un pedazo de monte para sembrar milpa en cualquier lado de un mismo territorio. Es decir, no hay límites reconocidos socialmente como propios de un solo pueblo. Así, los campesinos van de un lugar a otro, buscando un buen sitio para hacer milpa o frijolar, sin importar la lejanía del terreno de cultivo, pues, según dice don Nicho, originario de San Fernando, “al popoluca le gusta caminar”.

Esta movilidad de campesinos popolucas y nahuas por un mismo territorio (v. figura 2) les permite hacer uso de distintas unidades ambientales, costumbre que se mantiene hasta principios de los sesenta en que ocurre el reparto ejidal. Esta norma se utiliza cuando se empieza a expandir el cultivo de café, por lo que los popolucas de San Pedro Sotepan van a sembrar sus cafetales hacia San Fernando y Ocotol Chico.¹⁵

Los campesinos, principalmente los popolucas, caminan no solamente para sembrar, sino también para conseguir alimentos que de vez en cuando les gusta probar. Así que algunos de ellos recorren aproximadamente 10 kilómetros, desde San Fernando, en la ladera sur del volcán Santa Marta, hasta la costa (Tecuanapa, Mexcalapa y Zapopan) a buscar cangrejos. Otra posibilidad es la de caminar hacia el occidente, hasta encontrar el río Coxcoapan (aproximadamente 10 horas de camino) para buscar lo que para los popolucas es un exquisito manjar: el cangrejo azul. O van hasta el río Huazinapa, en los límites de los municipios de Catemaco y Mecayapan, a pescar “bobos” que salan y ahuman para conservarlos durante varios días.¹⁶ Así que para los campesinos popolucas su territorio, es decir su espacio conocido, valorado y apropiado, no termina en las áreas de cultivo, sino mucho más lejos: abarca la selva y aun las costas.

Figura 2

Uso mancomunado de tierras: territorio interétnico



<p>SIMBOLOGÍA</p> <ul style="list-style-type: none">  Rutas de caza, recolección y pesca.  Área de recolección, caza y pesca del territorio Popolucan-Nahuatl (Mecayapan).  Área agrícola del territorio Popolucan-Nahuatl (Mecayapan).  Territorio de los Nahuatl de Pojapan. 	<p>ESC. 1: 250,000</p>  <p>KILÓMETROS</p>
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Una vez más, el reordenamiento impuesto del espacio

Hemos señalado en los apartados anteriores cómo desde la Colonia las tierras de nahuas y popolucas están en constante litigio. Las tierras se pierden, se recuperan por compra, se vuelven a perder (en los casos de Soteapan y Mecayapan) según leyes externas. Durante este tiempo, el ejercicio del poder y la impugnación al mismo, gira de manera importante en torno al control de la tierra. Las normas de los grupos dominantes se imponen, pero desde la subalternidad se mantienen reglas propias que regulan el uso del espacio. Es decir, para los grupos campesinos los territorios se construyen a partir de la apropiación legal de la tierra, lo que implica la necesidad de presionar y negociar bajo las reglas del juego señaladas por el poder hegemónico. Pero el territorio también se crea a partir de las negociaciones cotidianas que involucran reglas y normas propias. El territorio es una construcción política y cultural.

En los años treinta empieza a llegar a la Sierra de Santa Marta el rumor de que si no se solicita la creación de ejidos, personas de otros lugares podrían apoderarse de unas tierras que legalmente no son de Soteapan y Mecayapan, pero que los campesinos de estos lugares siguen usando. Al mismo tiempo, las autoridades agrarias avisan a los presidentes municipales de ambos lugares que deben informar a los distintos poblados de la necesidad de iniciar los trámites para la dotación ejidal. La primera reacción del alcalde de Soteapan es la de negarse a ello, argumentando que es improcedente, debido a que la gente está acostumbrada “a sembrar donde sea”.¹⁷

Finalmente los trámites se inician, lo que ocasiona conflictos entre los poblados, ya que mientras unos están de acuerdo en que se delimiten tierras para cada comunidad, otros se niegan a ello. La solución que se plantea localmente es la de legalizar la vieja costumbre; así en 1951 el presidente municipal de Soteapan y los integrantes de los Comités Ejecutivos Agrarios (CEA) de Ocozotepec y de la colonia Benito Juárez del mismo municipio, se dirigen a las autoridades agrarias pidiéndoles que se suspendan los trabajos de deslinde de tierras en Tatahuicapan (municipio de Mecayapan). Argumentan que estas tierras, igual que las de Mecayapan, le pertenecen a Soteapan por títulos virreinales, por lo que se solicita que se mantenga el uso mancomunado de tierras entre esos cinco poblados popolucas y nahuas.¹⁸ Algo semejante ocurre en 1958 en Ocotál Grande y

Ocotal Chico, donde se niegan a que se levante el censo ejidal, explicándole al técnico del Departamento Agrario que no lo creen necesario, debido a que ellos desean trabajar en forma mancomunada con otras congregaciones de Sotetapan, por lo que sólo aceptarían que se señalaran los límites de dichas tierras mancomunadas.

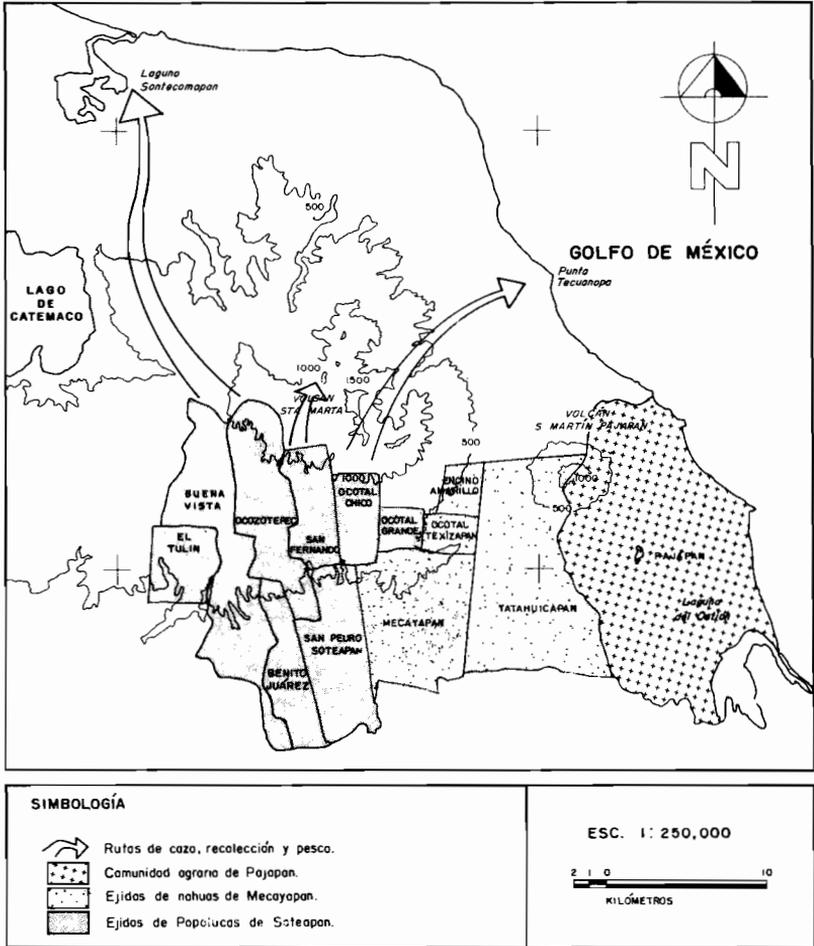
No obstante que no se plantea en esos términos, es la oportunidad para construir una autonomía territorial. Algo impensable para la visión hegemónica, como se expresa con toda claridad en el informe del técnico Guiochín, quien anota “que tratándose de un grupo de aborígenes que no hablan el castellano, es difícil entenderse con ellos y que además tienen una idea errónea del procedimiento que debe seguirse para dotarlos de la tierra que pretenden [...] sencillamente [piden] se les señale una superficie que ellos mismos indiquen para posesionarse de ellas en un uso comunal con todas las congregaciones cercanas”.¹⁹

Transcurren alrededor de 30 años de trámites, que una y otra vez se detienen, debido a varias causas: la complejidad del problema, aunada a la negligencia de las autoridades agrarias,²⁰ la resistencia de algunos poblados a que se realicen los estudios correspondientes y conflictos surgidos al interior de algunos poblados (como Tatahuicapan), donde en los años cincuenta comienza el acaparamiento de las llamadas tierras comunales por parte de incipientes ganaderos indígenas. También tienen lugar contradicciones entre pueblos que aceptan el reparto (Mecayapan, Tatahuicapan, Ocotal Texizapan) y otros que se niegan a ello (Ocotal Chico, Ocotal Grande, Encino Amarillo). Finalmente, a mediados de los sesenta ocurren las dotaciones definitivas de ejidos y con ello el espacio se redistribuye: ya no es posible ir de un lado a otro buscando un buen lugar para sembrar. Los campesinos tienen entonces que idear una serie de ajustes y negociaciones para enfrentar la nueva organización del espacio (v. figura 3), ante la posibilidad de perder milpas y cafetales que han quedado dentro de los límites de un ejido diferente a donde se reside. Por lo general, se acuerda permitir que el que haya sembrado recoja su cosecha de maíz o frijol y, en el caso de los cafetales, se otorgan plazos de entre uno y tres años, según la edad de las plantas, para que se abandonen las fincas.

Así, los años sesenta son realmente el parteaguas en la historia de Sotetapan y Mecayapan, cuyo punto central es la legalización de una nueva modalidad de acceso a la tierra. Una vez que ocurren las dotaciones definitivas en las partes bajas de la Sierra y, aunque no se parcelan los ejidos, muchos de los que no obtuvieron un derecho agrario prefieren internarse en la selva, ahora considerada tierra nacional, para crear nuevos poblados. Se inicia con ello el proceso de una segunda etapa de reparto ejidal, que

Figura 3

Nuevos límites territoriales después de la reforma agraria



contribuye a la colonización de la selva en la que también participan mestizos provenientes de otros lugares, pero de la cual no hablaremos aquí. Para entonces, la ganadería ha cobrado auge en Pajapan, Tatahuicapan y Mecayapan, es decir, no sólo se redistribuye el espacio sino que se desarrolla un nuevo uso del suelo, que en los siguientes años repercutirá gravemente sobre los recursos forestales. Pero, además, la actividad ganadera está vinculada a grupos políticos de fuerte presencia en el sur del estado, así que el control del poder municipal adquiere relevancia para los ganaderos indígenas y mestizos que establecen una relación de tipo clientelar con la Unión Regional Ganadera del Sur de Veracruz (URGSV). De esta manera, también llega a su fin una “forma de gobierno indígena”, en la que lo religioso y lo civil se relacionan. Ahora, para asumir la presidencia municipal ya no es necesario guardar abstinencia sexual, ni organizar el carnaval de Sotepapan, ni tener el apoyo de un Consejo de Ancianos; basta con las alianzas políticas que se establecen con las Asociaciones Ganaderas, el diputado local o la Liga de Comunidades Agrarias.

Lo propio se mantiene, pero...

Muchos cambios importantes ocurren, mas no significa la devastación total de las viejas costumbres. Ahora hay nuevos límites que respetar entre los nuevos ejidos, pero aprovechando que los ingenieros del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC) no realizan el deslinde de las parcelas, resulta natural mantener en el espacio ejidal el uso mancomunado de la tierra. Surge entonces lo que localmente se conoce como ejido comunal, en el que si bien hay un grupo bien identificado de ejidatarios que legalmente son los únicos con acceso formal a la tierra, según la vieja costumbre cualquiera que viva en el ejido, sea hijo de ejidatario o avecindado, tiene derecho a usar un pedazo de terreno para sembrar.

Este uso comunal significa el acceso individual a un terreno, siempre y cuando se forme parte de la comunidad. La regla básica para evitar conflictos o para resolverlos, es respetar el trabajo que un individuo y su familia han invertido en una parte del área de cultivo. Es decir, no se puede ocupar un acahual, pues el ser un terreno en descanso significa que otra persona ha trabajado antes para desmontar y rozar. Esto es, si el formar

parte del grupo posibilita el acceso a la tierra, este derecho sólo se asume y socialmente se reconoce a partir de la apropiación que de esa parte del territorio se hace mediante el trabajo. De esta manera, se mantiene la misma lógica de uso del espacio que antes, pero en un espacio más reducido, el del ejido. Ahora, el territorio inmediato, el espacio vivido cotidianamente, se restringe a los límites ejidales.

Con la incorporación de nuevas relaciones sociales, a partir de vínculos económicos y políticos, la norma ancestral de uso del espacio se distorsiona. Una actividad económica —la ganadería extensiva— que requiere grandes extensiones de terreno, conduce al acaparamiento de tierras por unos cuantos. El que tiene dinero o el que puede asociarse con un ganadero de fuera, cerca con alambre 50, 100 y hasta 300 hectáreas para meter bovinos. Esto ocurre principalmente entre los nahuas de Mecayapan y Tatahuicapan, igual que en Pajapan. En los tres lugares se dan fuertes conflictos intracomunales entre campesinos y ganaderos (ambos indígenas) por el control de la tierra, dando lugar a que los campesinos pugnen por el parcelamiento ejidal, mientras que los ganaderos se convierten en los defensores de la “tradición indígena”. De esta manera, un uso del espacio que garantizaba la equidad entre sus diferentes usufructuarios conduce exactamente a lo contrario cuando se inserta en condiciones económicas y políticas diferentes. El uso comunal de las tierras pierde el lado romántico que muchas veces, sin mayor conocimiento, se le adjudica.

Finalmente, en diferentes momentos, Tatahuicapan, Mecayapan y Pajapan, parcelan sus tierras comunales, con lo que si bien los ganaderos tienen que regresar las tierras acaparadas, también sucede que los hijos de ejidatarios y vecindados pierden el derecho a hacer uso de las tierras del ejido. Además, cuando se parcela no se deja ninguna superficie para usos comunes, con lo que el territorio inmediato se individualiza.

Sin embargo, en los pueblos de Soteapan²¹ se mantienen hasta la actualidad los ejidos comunales. Aquí, por no haber ganadería, ya que la producción comercial principal es el cultivo de café, el acaparamiento de tierras ha sido mucho más restringido que en los lugares antes mencionados. A fines de los ochenta se comenzó a insistir en la necesidad de parcelar los terrenos ejidales, pero las negociaciones al interior de los pueblos ha sido tan conflictiva que en la mayoría de ellos se han suspendido los trámites. La presión de las autoridades agrarias por ejecutar los nuevos lineamientos de la ley agraria, llevada a cabo por técnicos que desconocen la compleja historia social de estos pueblos, puede conducir a severos enfrentamientos internos.

Algunas reflexiones finales

La apropiación del espacio y la construcción de un territorio ha sido el resultado de una constante negociación cotidiana entre sus usufructuarios directos y entre ellos y el Estado. En el primer caso la negociación está permeada por “implicitos culturales” reconocidos por todos los del mismo grupo. En el segundo caso la negociación es una cuestión política, en la que se encuentran frente a frente propuestas e intereses diferentes, lo que ha llevado a serios enfrentamientos en distintos momentos. El sistema político en el que estas diferencias ocurren no prevé realmente la negociación, aunque en apariencia a veces ésta se dé.

Notas

¹ Los sitios olmecas más importantes que se crearon entre 1500 a. C. y 300 d. C. fueron La Venta (Tabasco), San Lorenzo Tenochtitlan, a un lado del río Chiquito, que es afluente del Coatzacoalcos, y Tres Zapotes en Los Tuxtlas. Además, existían otros sitios menores, entre los que se encuentran la cumbre del volcán San Martín Pajapan, Mirador Pilapa y Piedra Labrada, todos ellos en la Sierra de Santa Marta (García de León, 1976: 10).

² El análisis detallado de la tenencia de la tierra en Pajapan, eje de su historia política, puede consultarse en Buckles (1989), Buckles y Chevalier (1992), Chevalier y Buckles (en prensa) y Cruz (1990a).

³ Según la tasación realizada en 1554 por el Alcalde Mayor de la provincia de Guasacualco, los indios de Xoteapan debían tributar cada 60 días a Joan Martín: 4 tablas de manteles, 4 mil cacaoas, 5 gallinas de la tierra, un cántaro de miel. Cada año debían entregar 80 hanegas de maíz y 2 hanegas y media de frijol.

⁴ La hacienda Cuatotolapan se extiende sobre tierras de indios, de tal forma que para 1782 su propietario señala que sus linderos abarcan gran parte de los actuales municipios de Acayucan, Hueyapan de Ocampo, San Juan Evangelista y Soteapan (Báez-Jorge, 1973).

⁵ En términos lingüísticos, García de León (1976) agrupa el náhuatl del Golfo en dos dialectos diferentes. Por un lado el de Los Tuxtlas, Pajapan, Jaltipan y Soconusco; por el otro el de Mecayapan, Tatahuicapan, Oteapan y Zaragoza.

⁶ Entrevista Emilia Velázquez (EV) y Luisa Paré/Hilario Ramírez. Mecayapan, Veracruz, 5/05/91. García de León (1976: 12-13) señala que "es casi seguro que el arribo nahua formó parte de la expansión de pequeños grupos militaristas y mercaderes que tomaron el control político y económico de un área originalmente zoque-popolucua, la cual paulatinamente fue nahuatizándose". Lo que no es claro es por qué los nahuas de Pajapan adquieren una autonomía respecto a los popolucas, que no parecen tener los nahuas de Mecayapan.

⁷ En 1825, conforme a la primera Constitución Política del estado de Veracruz, Mecayapan, Minzapan, Soteapan, Chinameca, Oteapan, Jáltipan y Cosoleacaque se convierten en municipios (Cruz, 1990).

⁸ La historia detallada de la lucha legal por las tierras de Soteapan y Mecayapan se encuentran en el trabajo de Ramírez Lavoignet (1971).

⁹ El licenciado Romero Rubio (suegro del entonces presidente de la república, Porfirio Díaz) acaparó en el sur del estado 120 035 hectáreas (Ramírez Lavoignet, 1971).

¹⁰ La Sierra de Santa Marta es un lugar aislado hasta el siglo xx. Los primeros caminos de terracería que comunican a las cabeceras municipales con Acayucan y Minatitlán se empiezan a construir en la década de los sesenta del presente siglo.

¹¹ Según señala González Sierra (1991), al final de la Colonia, entre Acayucan y Los Tuxtlas se encontraban siete haciendas, cuatro de las cuales pertenecían a una sola familia (Franyuti), que en total acaparaba 149 520 hectáreas, dedicadas a la cría de ganado bovino y caballar.

¹² González Sierra (1991) resalta la poca densidad de población existente en el territorio ocupado por las haciendas: 2 447 habitantes distribuidos en 270 350 hectáreas entre Acayucan y Los Tuxtlas.

¹³ Algo semejante ocurre durante la Colonia cuando, igual que siglos después, las tierras codiciables, en una zona poco poblada, son las de las llanuras. Para el caso de Soteapan, en los siglos xvii y xviii, Ramírez Lavoignet (1971: 12) señala: “Los dueños de [la hacienda] Cuatotolapan o Corral Nuevo, nunca se preocuparon por conocer sus linderos, y sobre esta extensión tan grande de terreno, continuaron viviendo [...] los diferentes grupos indígenas-agricultores, usufructuando la tierra sin pagar reconocimiento”.

¹⁴ Azaola (1982) reporta que en El Juile (Acayucan), los campesinos despojados tenían que pagar a la Compañía El Águila por cultivar sus tierras y construir sus chozas, y lo mismo tenían que hacer los totonacas de Coyutla, cuyas tierras comunales pasaron a ser propiedad de la hacienda Chicualoque adquirida por Pearson (v. Velázquez, 1992).

¹⁵ Entrevistas EV/Criscino Hernández. Soteapan, Veracruz, 9/05/93. EV/Dionisio Cruz, Santa Marta (Soteapan), 13/10/93.

¹⁶ Entrevista EV/Dionisio Cruz. Santa Marta, Soteapan (19/04/93).

¹⁷ Entrevista EV/Criscino Hernández. Soteapan, Veracruz, 9/05/93.

¹⁸ ACAM, exp. 2611, Xalapa, Veracruz. Para estas fechas, las tierras con las que se crearían los ejidos de Soteapan y Mecayapan (69 115 hectáreas) por el gobierno federal a la Compañía Pearson e incorporadas al patrimonio de PEMEX.

¹⁹ ACAM, exps. 1422 y 3195, Xalapa, Veracruz.

²⁰ Por ejemplo, en Ocotál Texizapan, municipio de Mecayapan, la solicitud del ejido es de 1934 y es hasta 1958 que se gira la orden para que se lleven a cabo los trabajos técnicos correspondientes. Un perito agrario se traslada entonces a Mecayapan, de donde informa que no puede realizar los trabajos encomendados “debido a que los poblados Ocotál Chico, Mecayapan y Ocotál Texizapan tienen sus tierras de cultivo tan diseminadas y revueltas entre sí que no podría hacerse el estudio individual sin la anuencia de los otros, cosa que no es posible por ahora conseguir” (ACAM, exp. 2 319, Xalapa, Veracruz).

²¹ Me refiero a los pueblos “viejos”, aquellos que protagonizaron el uso mancomunado de sus tierras, pues después del reparto ejidal de los años sesenta los nuevos pueblos que se formaron por nahuas y popolucas, que se internaron en la selva desde el principio, formaron ejidos parcelados.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

1952 *El libro de las tasaciones de pueblos de la Nueva España, siglo XVI*, AGN México.

AZAOLA G., ELENA

1982 *Rebelión y derrota del magonismo agrario*, SEP (Sepochentas)-FCE, México.

BÁEZ-JORGE, FÉLIX

1973 *Los zoque-popolucas*, INI, México.

BOUYSSÉ-CASSAGNE, THÉRESE

1980 *Le bruit de la laguna, histoire de la création d'un port industriel chez les Nahuas de Veracruz*, Centre de Recherche et Documentation sur l'Amérique Latin, París.

BUCKLES, DANIEL y JACQUES CHEVALIER

1992 "Ejido versus bienes comunales: historia política de Pajapan", en: Olivia Domínguez (coord.), *Agraristas y agrarismo*, Gobierno del Estado de Veracruz-LCA-SC, pp. 231-247, Xalapa.

CRUZ MARTÍNEZ, FLORENTINO

1990 *Pajapan: el litigio por sus tierras*, Colegio de Bachilleres del Estado de Veracruz, Cosoleacaque, Veracruz.

1990a *Cosoleacaque: génesis de un pueblo nahua*, Unidad Regional de Culturas Populares del Sur de Veracruz (Serie Documentos, 6), Acayucan, Veracruz.

GARCÍA DE LEÓN, ANTONIO

1976 *Pajapan, un dialecto mexicano del Golfo*, INAH (Colección Científica, 43), México.

GARCÍA MARTÍNEZ, BERNANDO

1987 *Los pueblos de la Sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, El Colegio de México, México.

GONZÁLEZ SIERRA, JOSÉ

1991 *Los Tuxtlas. Veracruz: imágenes de su historia*, Archivo General del Estado de Veracruz, Xalapa.

HOFFMANN, ODILE

1992 *Tierras y territorio en Xico*, Gobierno del Estado de Veracruz (Colección v Centenario), Xalapa.

MENEGUS B., MARGARITA

1991 *Del señorío indígena a la república de indios. El caso de Toluca, 1500-1600*, CNCA, México.

ORTIZ C., PONCIANO

1993 "Semblanza arqueológica de Veracruz", en: *Arqueología Mexicana* (México D. F.), núm. 5, pp. 16-23.

SOUSTELLE, JACQUES

1984 *Los olmecas*, FCE, México

VELÁZQUEZ H., EMILIA

1992 *Intercambio comercial y organización del espacio en el Totonacapan*, El Colegio de Michoacán (Centro de Estudios Rurales), tesis de maestría, Zamora.

Territorio e identidad chinanteca en Uxpanapa, Veracruz

José Velasco Toro

Introducción

En 1974 se decidió construir la presa Cerro de Oro, segunda gran obra en el complejo hidroeléctrico de la Cuenca del Papaloapan, para almacenar las aguas del río Santo Domingo; en 1989 fue inaugurada con el nombre de Miguel de la Madrid. Durante el periodo de construcción se relocalizó involuntariamente a poco más de 20 mil chinantecos que vivían en 43 ejidos pertenecientes a los municipios de Ojitlán, Usila y Chiltepec, Oaxaca.

Los chinantecos fueron reacomodados en 110 ejidos, quedando la mayoría fuera de su histórico territorio. En la periferia de la presa Miguel de la Madrid, dentro de la entidad oaxaqueña, se constituyeron 35 ejidos en los municipios de Ojitlán, Usila, Jalapa de Díaz, Tuxtepec, Santa María Jacaltepec y Soyaltepec. Otros fueron ubicados en 14 municipios de Veracruz. En los territorios de Jesús Carranza, Minatitlán, Coatzacoalcos y Las Choapas (y parte de los municipios de Matías Romero y Santa María Chimalapa, Oaxaca) se constituyó el Distrito de Drenaje Uxpanapa con 13 pueblos de reacomodo y 39 ejidos; el resto —36 ejidos—, pasó a formar parte de los municipios de Tlalixcoyan, Ignacio de la Llave, Tres Valles, Cosamaloapan, Alvarado, Villa Azueta, Isla, Santiago Tuxtla, J. Rodríguez Clara y San Juan Evangelista.¹

El impacto de la relocalización generó procesos disruptivos inmediatos entre la población: unos como consecuencia directa de la situación de tensión y crisis derivada del conflicto que representó el reacomodo; otros inducidos por la propia Comisión del Papaloapan (CP), entidad responsable del proyecto Cerro de Oro. Sin embargo, el choque sociocultural no abatió la capacidad de etnogénesis de los chinantecos; pronto encontraron res-

puestas adaptativas que les ha permitido reconstruir no sólo las redes sociales interrumpidas, sino también, y he aquí lo fundamental, nuevos centros simbólicos: darle contenido histórico a los nuevos espacios, reelaborar las relaciones de inclusión-exclusión étnica y refuncionalizar su cosmogonía que al internalizarla la elevaron a realidad objetivada de la identidad chinanteca.

En el presente trabajo exponemos parte del proceso de etnogénesis que observamos entre los chinantecos que fueron reubicados en el valle de Uxpanapa; la forma como han superado los desequilibrios provocados por la ruptura de su continuo histórico, logrando la reestructuración y reelaboración simbólica del nuevo territorio étnico. Diversas estancias, entre 1988 y 1991, con mayor permanencia en el poblado 11 o congregación Helio García Alfaro, nos permitieron apreciar cómo se ha dado la estrategia adaptativa que paulatinamente fue convirtiendo un espacio sin historia en un territorio organizado con identidad propia. En el primer apartado hacemos una síntesis del proceso disruptivo y en el segundo explicamos la dinámica de reorganización y construcción de la identidad territorial a partir de la reconstrucción de su cosmología.

El reacomodo chinanteco

La relocalización de la población chinanteca se inició en 1974. Tres fueron los lugares seleccionados: a) la periferia del vaso de la presa; b) la zona de Los Naranjos (en ese momento parte del municipio de Cosama loapan, hoy integrante del municipio de Tres Valles, Veracruz); c) el Uxpanapa. Desde luego no se excluyó la posibilidad de negociar otras zonas de reacomodo, situación que se presentó hacia mediados de los años setenta.²

Los acuerdos para el reacomodo celebrados entre chinantecos y la CP, se resumen en lo siguientes puntos: a) movilización de los afectados por etapas; b) indemnización de tierras y bienes; c) permitir a chinantecos y particulares usufructuar sus tierras hasta el momento de inundarse el vaso; d) suministro de recursos para construcción de casas en la zona de reacomodo de Uxpanapa.

Cuando la CP inició las primeras obras de ingeniería, también realizó prospecciones sociales para conocer los rasgos de la cultura chinanteca; sin embargo, esos estudios no fueron utilizados para minimizar la dislocación sociocultural y económica que conlleva todo proceso de relocalización compulsiva, centrándose la atención en el problema agrario, preocupación que fue la constante hasta 1989. Esta acción fue denunciada por Alicia Barabás y Miguel Bartolomé, quienes advirtieron posibles efectos etnocidas como consecuencia de la relocalización involuntaria.³

El impacto generó procesos disruptivos inmediatos. En buena medida, algunos fueron provocados por la CP cuyo objetivo, entre otros, era integrar los a la dinámica del mercado como campesinos con mentalidad moderna. A este proceso ayudó el acuerdo de traslado paulatino al Uxpanapa, pues facilitó la aplicación de una estrategia que combinó: a) la desorganización de las unidades socioculturales de base (grupos de parentesco, barrios); b) el desvanecimiento del tradicional orden político, cívico y religioso; y c) la fragmentación de ejidos y pueblos.

En consecuencia, los efectos derivados durante el traslado fueron: a) la pérdida de un territorio por separación de su espacio histórico y b) conflictos culturales por el enfrentamiento entre tradición y modernidad, lo que ocasionó el abandono de manifestaciones culturales, como el uso del traje tradicional en la mujer y un aparente “desinterés” por hablar chinanteco.

Pero ¿cómo se propició la desestructuración de las unidades de base? En 1973 se levantó un Censo Agrario para registrar el número de personas con derechos ejidales, incluyendo hijos de ejidatarios y avecindados. Para tal fin, los chinantecos fueron convocados por intermediación de la CNC y la CCI a una asamblea general presidida por el Comité de Reacomodo de la CP. En la asamblea se sometió a votación la propuesta de quiénes irían a Uxpanapa y quiénes a Los Naranjos, y en caso de que el ejido fuera a ser afectado parcialmente, cuáles serían las familias que se quedarían dentro del perímetro del vaso.

Desde luego, antes de celebrar estas reuniones, ya se había dado una negociación para la mediación entre la CP y las centrales campesinas. En aquellos lugares donde tenía mayor clientela la CCI, se indujo a 28 ejidos a aceptar Uxpanapa; mientras que nueve pertenecientes a la CNC escogieron Los Naranjos.⁴ En Uxpanapa se proyectaron 39 ejidos para relocalizar a grupos de familias procedentes de 27 exejidos.⁵ Actualmente sólo quedan 36 ejidos con población chinanteca (v. cuadro). Muchos retornaron a la chinantla por las condiciones poco favorables de vida, sobre todo aquellos que les tocó en el extremo sureste del valle y en cuyos pueblos —del 12 al 15—, no se habían construido las obras de infraestructura urbana ni cami-

Figuras 1 y 2

Uxpanapa, zona de reacomodo

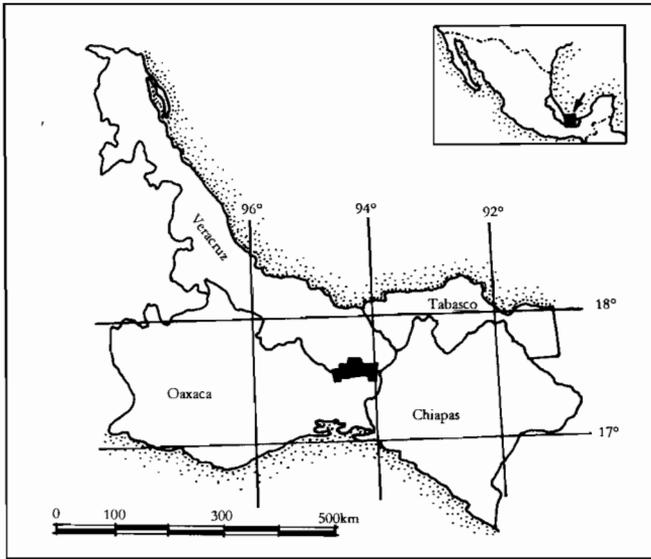


Figura 1

- Uxpanapa, distrito de drenaje
- Área reacomodo
- Caminos
- ~~~~~ Ríos
- ▲ Poblados nuevos (numerados)
- Campamentos

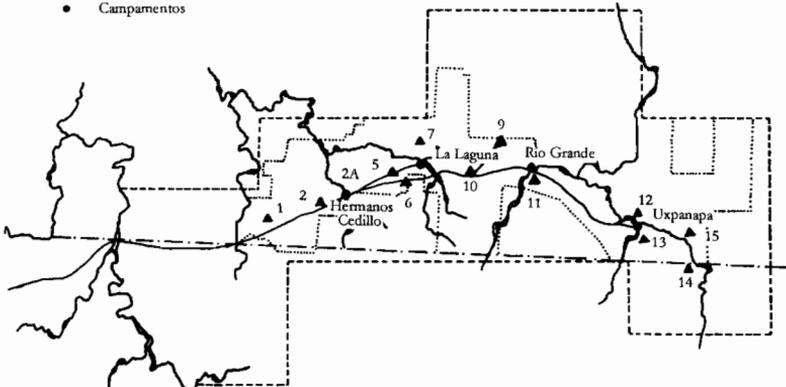


Figura 2

nos y, mucho menos, los puentes requeridos para mantenerlos comunicados durante todo el año. A lo anterior se sumó el retraso en la construcción de la presa que les permitió continuar usufructuando sus bienes, para finalmente ser reubicados en otras zonas. Los ejidos desocupados se entregaron a solicitantes de tierra de otras etnias o mestizos. Lo que otros hicieron fue avecindarse y adquirir una parcela en los ejidos que corresponden a los pueblos del 2 al 11, lugares en los que existían mejores condiciones de vida y en buen número de casos tenían familiares, compadres o amigos. Desde luego, de estos pueblos también hubo familias que retornaron a la Chinantla, pero fue en menor cantidad; desplazamiento que en parte permitió el acomodo interno de los chinantecos.

El hecho es que 11 ejidos originales quedaron fraccionados. Comunidades que habían sido una unidad en Ojitlán, Chiltepec o Usila, fueron fracturados para ser reasentados hasta en cuatro distintos ejidos receptores; incluso, como se dio en los poblados 2A y 11, confluyeron chinantecos de distintos municipios. En el primero arribaron de Ojitlán y Chiltepec; en el segundo llegaron chinantecos de Paso Limón y Potrero Nuevo, Ojitlán, El Nanche y Usila. Los centros de población no corresponden a un solo ejido, sino a tres o más, lo que complicó la organización de las familias relocalizadas.⁶

De los 2 287 campesinos con derecho agrario en Uxpanapa, el 69.3% se quedó en el valle, mientras que el restante 30.7% fue ubicado en otros centros de reacomodo o bien permaneció en el lugar de origen. Como se puede observar en el cuadro, son siete los ejidos cuyo número de “derechohabientes” es superior a 50 y en dos supera a los 100, el resto tenía un promedio de 30 ejidatarios. Una de las razones por las cuales se formaron ejidos reducidos, estriba en el tipo de organización que se impuso a los reubicados: el ejido colectivo. Aunque hay ejidos numerosos, como Helio García Alfaro que se integró con chinantecos provenientes de tres ex ejidos.

La acción desestructuradora también se ha querido justificar como parte de la política de integración de los chinantecos a la vida nacional y derivada de la estrategia de modernización del campo mexicano que se emprendió, o se creyó emprender, a principios de los años setenta. El modelo adoptado fue el ejido colectivo, las cooperativas y el diseño de programas para el desarrollo ejidal y comunal.⁷ Este criterio se impuso en Uxpanapa sin tomar en cuenta los rasgos centrales de la organización social chinanteca, cuya base económica es la unidad doméstica y el trabajo colectivo.⁸ Formas de organización para el trabajo productivo y social, que guardan al interior de la comunidad una relación de independencia e interdependencia; es decir, la unidad doméstica tiene capacidad y libertad

de decidir en lo relativo a su funcionamiento, pero a la vez mantiene una interdependencia con el conjunto de la comunidad, cuyo sistema social está regido por sí mismo.⁹

Esta organización y el control de su espacio productivo y social fueron trastocados al imponerse el esquema funcional del ejido colectivo que obedece a valores individuales asociados y de competencia. El campesino chinanteco quedó atrapado en una organización compleja que no conocía, de la cual desconfiaba y parecía incompatible con la autonomía de la unidad doméstica, sobre todo porque no tenía el control de su parcela ejidal. De las 20 hectáreas asignadas, sólo dos podía utilizar para siembra de maíz y frijol, el resto formaba parte de unidades compactas que la CP cultivaba intensivamente con arroz. Al final, el ejido colectivo desembocó en el fracaso.

Otro elemento desorganizador que alteró la articulación de la unidad familiar con su espacio y entorno inmediato, fue la traza urbana de los centros de población. Por un lado, están las tierras de cultivo distantes, en muchos casos, hasta seis kilómetros; por otro, los pueblos se construyeron a partir de un sentido práctico de lo urbano. Una calle eje, un centro cívico y manzanas regulares formando un perímetro rectangular. Aparentemente la traza urbana no tenía porqué afectar la organización, uso social del espacio y distribución interna de la vivienda; pero no fue así. La construcción de los pueblos se hizo en función de un sentido urbano de entender la vecindad, lo público y lo privado. Además, la CP utilizó el sorteo como mecanismo para asignar a cada familia los lotes para vivienda y evitar conflictos institucionales; no obstante, propició que las unidades domésticas extensas fueran alteradas.¹⁰

Una vez que el ejidatario tomó posesión de su lote, se le inscribió en el programa "Casas Campesinas", el cual consistió en proporcionarle un plano constructivo tipo que no correspondía a la estructura familiar, ni a la acostumbrada distribución del espacio doméstico, además de un subsidio en materiales por cada etapa estructural de su casa (cimientos, paredes, techo). El programa de autoconstrucción no permitió que los chinantecos hicieran uso del convite, por lo que esta forma de organización comunitaria se vio seriamente afectada.¹¹

La comunidad chinanteca no era una sociedad que se caracterizara por presentar signos de "debilidad cultural". Sí existían en su interior conflictos religiosos y agrarios, pero no un comportamiento autodestructor; de ahí que frente a la acción perturbadora, fue posible una reacción de culturalización caracterizada por la reinterpretación de los elementos nuevos a partir de la relación con la reintegración de elementos culturales tradicio-

nales. Proceso de etnogénesis que les permitió reorganizarse, y hoy en día, manifestarse como pueblo, como etnia.

La reestructuración

Se reubicaron en Uxpanapa cerca de 12 000 personas en el lapso comprendido de 1974 a 1980. Para 1986 el Centro de Apoyo de la SARH en Uxpanapa, registró 18 424 chinantecos, de los cuales el 52% eran hombres y el 48% mujeres. En 1991, dicho Centro estimó la población chinanteca en poco más de 30 000, la que señala Luis Arturo Atilano Benítez, “han sobrevivido en condiciones sumamente adversas”.¹²

El incremento demográfico de los chinantecos muestra una población cuya cultura sigue en pie y protagoniza la historia regional del Uxpanapa. Si bien la relocalización provocó efectos etnocidas previstos, también es cierto que generó un complejo proceso de culturalización mediante la cual han fusionando la propia tradición con los aportes de la modernidad. A lo largo de veinte años se han dado procesos de selección derivados de la experiencia del cambio, de las relaciones de conflicto, de la actitud de resistencia, de la inseguridad personal, de encontrar en elementos de la tradición respuesta a sus problemas, lo que condujo a la toma de conciencia social y cultural que abrió la posibilidad de superar la trampa de la integración o de la biculturalidad desintegradora, para lograr la adaptación, o mejor dicho, la apropiación y construcción histórica del espacio, adquiriendo nueva fortaleza y un sentido de identidad étnica.

Para Marilyn Gates, que visitó el Uxpanapa en 1989, “la cultura chinanteca ha cambiado considerablemente, ‘pero’ no ha desaparecido [...], la lengua chinanteca sigue siendo el principal medio de comunicación [...]. Las creencias populares acerca de las enfermedades y las prácticas de curación siguen predominando.”¹³

En efecto, lengua y etnomedicina persisten, aunque muchos otros elementos de la cultura chinanteca fueron subsumidos y aparentemente dejaron de practicarse o se alteraron como consecuencia de la modificación de su tradicional modo de vida, de la desaparición de su bloque histórico. Mitos, creencias y prácticas rituales aparentemente se disiparon y dejaron de tener significado al separarse de su espacio histórico-simbólico; la

transfiguración de las relaciones sociales, la alteración del sistema de residencia, el encontrarse de la noche a la mañana en un espacio desconocido y sin historia, sometió a prueba su herencia cultural y produjo en muchos chinantecos una crisis de identidad. Hay padres que hasta la fecha no hablan en chinanteco con sus hijos, la mujer abandonó la indumentaria tradicional, se dejó de trabajar la artesanía, mayordomías y festividades patronales casi desaparecieron, junto con danzas y música asociada. En una palabra, se trastocó violenta y conscientemente su vida.

Afortunadamente los efectos etnocidas de la relocalización no provocaron anomia, gracias a que las estructuras de la cultura chinanteca son “abiertas” respecto a las relaciones y ambiente que las rodea. Es decir, son estructuras activas que en condiciones críticas mostraron su diversificación, complejidad y capacidad de etnogénesis para restablecer condiciones de equilibrio.

Estamos de acuerdo con Luis Vázquez León cuando afirma que al interior de una comunidad las relaciones obsoletas “dan paso a nuevas relaciones, a nuevas estructuras comunales, siempre que el clima histórico les sea favorable, y en concreto determinadas acciones centralizadas del poder estatal”.¹⁴ Y esto sucedió en Uxpanapa. Al reubicar a los chinantecos, antiguas relaciones comunales se alteraron bruscamente y dejaron de ser funcionales en las nuevas condiciones de vida; pero a medida que el proyecto modernizador de la CP iba de fracaso en fracaso hasta su desaparición en 1984, los chinantecos fueron seleccionando y reconstruyendo lo propio, desarrollaron nuevas relaciones de agregación a partir de intereses compartidos, incorporaron elementos de la cultura de aportación que han sido útiles y funcionales, han hecho reajustes en su organización social y, sobre todo, han superado el rompimiento de la continuidad de su estilo de vida, de la fractura de su bloque histórico y la separación de su territorio.

Ahora observamos una sociedad que logró un reajuste de su cultura, restableciendo la transmisión de la información entre una generación y la siguiente. El acontecimiento de la relocalización lo convirtieron en un hecho que da significado a su nueva vida; la división y límites impuestos entre los pueblos con sus ejidos ha permitido construir los ámbitos de pertenencia local, de estructuras espaciales articuladas cuya interrelación está configurando un espacio regional, donde los eventos y sus escenarios desplegaron la posibilidad de un proyecto territorial histórico. Desde luego las relaciones de conflicto con las instituciones gubernamentales contribuyeron a excitar la capacidad de organización y respuesta política de los pueblos en lo local, tendiente a propagar un sistema de estructuras espaciales articuladas.

Pero, ¿dónde se inició el impulso hacia la organización de su nuevo mundo? ¿Qué elementos de su cultura fueron factor de unificación y contenido referencial? ¿Cómo se dieron categorías de adscripción y posiciones sociales cuyo resultado ha sido la construcción de una identidad cultural? ¿Podemos hablar de una reestructuración de la cultura tradicional chinanteca o debemos pensar en el desarrollo de una identidad que se separa del modelo de la chinantla?

En nuestra opinión, aún no se tienen los suficientes elementos para dar amplia respuesta a tales interrogantes. Podemos aproximarnos a la detección y explicación de indicadores que hablan de procesos de etnogénesis; de nuevos corolarios culturales y sociales cuyos vínculos apuntan hacia la construcción de un modelo de conducta colectivo, de una ontología estable, pero cuya especificidad surge de la cultura de la que partieron e incorpora elementos de la cultura o culturas de aportación (no debemos olvidar que Uxpanapa es hoy una región interétnica), para construir una identidad social. En este sentido resaltaremos aquellos elementos del universo simbólico que hemos registrado y consideramos contribuyeron a establecer el equilibrio etnopsicológico, a construir la historia primigenia y cargar de cualidades al espacio. En una palabra, crear los remotos antecedentes y proyectarlos en el horizonte futuro.

Los primeros ajustes en su estilo de vida se observan en dos respuestas inmediatas contra la imposición a la forma de organización para la producción y la asignación de espacios para vivir que les impuso la CP. Primero: lucharon por tener el control familiar de su parcela recurriendo a una estrategia de resistencia contra el sistema de ejido colectivo y mediante la ocupación paulatina de la tierra con cultivos de subsistencia.¹⁵ El campesino chinanteco avanzó sobre su parcela estableciendo la relación con la naturaleza en su dimensión material y simbólica, así como la organización productiva de la unidad doméstica, el cultivo de maíz y frijol para autoconsumo, combinado con la pequeña ganadería extensiva y plantaciones de hule y cítricos. Segundo: después de sorteados y entregados los predios para vivienda que se reconocieron como propiedad privada, los chinantecos buscaron mecanismos para reconstruir la estructura de sus antiguos barrios. Inevitablemente tuvieron que adaptar una configuración espacial urbana a su necesidad de vecindad. La solución derivada del consenso fue la permuta de los predios para reunir las unidades domésticas emparentadas en un espacio común, pero también se buscó la integración espacial tomando en consideración procedencia o en función de la pertenencia a una iglesia.¹⁶

En el poblado 11, por ejemplo, se constituyeron tres barrios que se organizaron a partir del lugar de origen, dándoles los nombres de los ejidos de procedencia. Al interior se tejieron las relaciones de vecindad a partir de los lazos de parentesco y amistad, pero también por la orientación religiosa. Los barrios son: El Nanche, cuyos miembros proceden del municipio de Usila; Paso Limón y Potrero Nuevo, ambos integrados por chinantecos originarios de Ojitlán. En el primero son evangélicos; en los segundos hay católicos “progresistas” y católicos “tradicionales”. En el barrio de Paso Limón se encuentra la iglesia “progresista” que empezó a construirse en 1980 y es asistida por un diácono. En Potrero Nuevo se ubica la iglesia tradicional, cuyo culto dedicado a la Virgen de Guadalupe está al cuidado de una junta de católicos, en su mayoría ancianos. El Principal es un anciano que le llaman “Rey Cueva”, porque “dicen que en la Chinantla se le apareció la virgen en una cueva”. Al parecer esta manifestación mesiánica esta relacionada con el movimiento socioreligioso que se desarrolló en la chinantla ante la inminente relocalización, cuya mediación salvacionista buscó en lo sagrado la protección y el auxilio contra las fuerzas externas que los amenazaban.¹⁷

Otros elementos de la organización social han sido refuncionalizados. La faena o fatiga, se acordó instaurarla por consenso de todos los ejidos: incluso NCPE mestizos la han adoptado. Normalmente la faena se realiza los sábados en función de la necesidad social. La organización y el control está en manos de la asamblea ejidal que se reúne los domingos para tratar asuntos relacionados con los ejidos y el pueblo. La faena ha sido factor de unidad y cohesión en el poblado 11, al grado que sus habitantes se sienten orgullosos “de ser los mejor organizados de todo el Valle”. El convite o “mano vuelta”, se acostumbra para realizar actividades de roza, cosecha y construcción de casa de palma; cuando ésta se construye con materiales industriales se contratan albañiles; se basa en la reciprocidad de las relaciones de amistad, aunque su práctica no es generalizada.

Sabemos que el sentimiento de independencia comunitaria difícilmente se puede separar del lugar que simboliza seguridad. Como también la memoria histórica no sólo relaciona el pasado con el presente, también proyecta el futuro con relación al espacio que le es propio y tiene un carácter territorial inmediato. Los chinantecos, a medida que obtenían seguridad sobre la parcela ejidal, control del proceso productivo y del ámbito del pueblo, procedieron a identificar elementos y conexiones comunes, a partir de los cuales iniciaron la construcción y explicación de su “nueva” historia. Poco a poco cada pueblo marcó los límites de su espacio territorial, seleccionó lugares y les asignó una carga simbólica, impregnando de sa-

cralidad a la naturaleza. Del universo simbólico de su cultura, el chinanteco elaboró las referencias primigenias que le han permitido construir y dar sentido a la relación entre cada uno de los miembros, de estos con la colectividad y la colectividad con el espacio, superando las contradicciones y fracturas que se derivaron por el trauma colectivo del reacomodo.

Hoy, en el Uxpanapa también habitan seres sobrenaturales. El espacio del valle ya no es desconocido ni se presenta homogéneo, impenetrable o aterrador, porque al igual que los Hombres, en él también existen deidades que habitan lugares positivos y negativos asociados a la vida y a la muerte.

Aleka Boutzouvi nos dice que con la “ayuda de la memoria los individuos son capaces no sólo de evocar su pasado sino también de definirse a sí mismos y de desarrollar, comunicar, comprender, intervenir, registrar y reproducir ideas, imágenes y experiencias; en otras palabras, de participar en el proceso social”.¹⁸ De esta forma, las historias individuales y aquellas que se refieren a cada pueblo, se fueron entretejiendo para construir el entramado de una historia que nace a partir de un hecho común.¹⁹ El valle de Uxpanapa, al principio vacío, carente de historia y totalmente desconocido, poco a poco se fue cargando de sentido gracias a la apropiación productiva del suelo, al descubrimiento del entorno ecológico y a la conversión de escenario de acontecimientos comunes a chinantecos y demás grupos étnicos y mestizos que lo poblaron.²⁰ Del caos surgió el orden y con él la memoria histórica colectiva.

En este proceso el mito jugó un papel determinante. Los chinantecos dieron al espacio concreto un contenido histórico al cargarlo de elementos simbólicos. Se habla de “lugares” primigenios que refieren al sitio donde estuvieron los campamentos provisionales. Para los habitantes del poblado 11, el “lugar histórico es Paso Limón del río Oaxaca, porque ahí fue el primer lugar en que se asentó la gente”. Para ellos, Paso Limón marca el tiempo *ab origine* que dio sentido a su nueva existencia. Pierre Clastres señala que “la sociedad es auto-reproductora de ella misma pero no auto-fundadora”.²¹ En esta lógica, la dialéctica del pensamiento religioso chinanteco transformó el Decreto Presidencial mediante el cual se ordenó el reacomodo en el Uxpanapa, en un “Mandato Supremo”.²² Ellos consideran que no llegaron a Uxpanapa por voluntad propia, sino por una orden superior que torció su destino. Por eso cuando va a sembrar le dice al “padre y madre de la tierra, al dueño de la tierra, al dueño del monte, que yo no vine acá porque quise, yo vine por un mandato, no por capricho y entonces ahí le hablamos... Por eso se pide, por eso se habla para que sepa quién soy yo”.²³

Ese diálogo con los “dueños del monte”, con la naturaleza, busca sacralizar la relación con el entorno, no sólo como conceptualización de la realidad natural, sino también como mediación de las modalidades sociales de producción y sustento. El establecimiento simbólico de la comunicación con las deidades de la naturaleza, ayudó a estructurar las percepciones del medio y diluir el conflicto que representaba el no tener el control del proceso productivo. Poco a poco, y a través de diversas estrategias entre las que se encuentra el ritual, los pueblos chinantecos han ordenado valores y acciones de interacción que se plasman en la forma y manera de concebir el espacio. La naturaleza tiene un carácter sacro y con ella los lugares primigenios; el ámbito de ejidos y pueblos ha adquirido una connotación humana y divina en la que la idea de territorio está tomando concreción. De esta forma, la territorialidad, como lo señala Carmagnani, “no es un simple hecho geográfico, económico, social o cultural, dado de una vez, sino una realidad pluridimensional, producto de la historia”.²⁴

En la década de los cincuenta, Roberto J. Weitlaner y Carlo Antonio Castro recopilaron diversos mitos y leyendas en la Chinantla que dan cuenta de la visión del mundo y de la vida, de los orígenes y cosmovisión de sus pobladores.²⁵ En Uxpanapa, elementos de esa cosmología están siendo reiterados y relacionados con lugares a los que se les atribuye una carga cualitativa de “encanto”. El saber tácito de los chinantecos refleja un comportamiento simbólico que conserva experiencias, conocimientos y creencias de las que participa la población relocalizada, independientemente de la comunidad o ex ejido de origen. Cuando hay condiciones de emergencia el saber tácito se vuelve saber implícito, y las identidades subjetivas interactúan para reconstruir el sistema de relaciones y representaciones en la que descansa la identidad.²⁶ Para los chinantecos de Uxpanapa esos mitos derivan del nicho histórico originario; esos fragmentos de la sabiduría popular tuvieron que ser recreados para dar contenido a un nuevo ámbito cultural. En este sentido el mito adquiere un carácter de fenómeno histórico. Los relatos nos dicen que “Por el río donde camina la gente del Cándido Aguilar, hay un lugar que le llaman Boca de Sábalo. Ahí está una poza muy grande y profunda donde habita un sábalo muy grande. Ese no se puede sacar”.

En el ejido El Carmen el mito refiere a un manantial profundo que está en la punta de un cerro donde habita un pez enorme que tampoco se deja agarrar; y en el ejido Nuevo Córdoba, la gente narra la existencia de una laguna misteriosa “donde hay tortugas muy grandes y lagartos que no se dejan pescar”. Los lugares peligrosos refieren a cuevas y cerros. En La

Joya se habla de una cueva que huele a azufre y en el poblado 11 de cerros con “hoyos y zumbadero de agua” en los que habitan “encantos”.

En los relatos recopilados por Weitlaner y Castro las pozas profundas, la existencia de enormes peces que en ellas habitan, las cuevas con “encantos”, la existencia del dueño de los animales y del monte, son elementos que ahora se repiten en las narraciones de los chinantecos de Uxpanapa. En el valle hay lugares y seres sobrenaturales que pueden provocar “susto” y “pérdida del alma”, situación de la que sólo el curandero puede salvar.

Durante el proceso de reacomodo y en los años posteriores, los curanderos tuvieron un rol decisivo para liberar tensiones y evitar la desmoralización de los individuos. Puede decirse que fueron un factor de equilibrio etnopsicológico por poseer conocimientos etnobotánicos, ser depositarios de la capacidad de realizar prácticas mágico-religiosas con fines curativos, protectores o maléficos, tener un estatus moral y mantener vivos elementos fundamentales de la cultura, como lengua y memoria histórica.

Cipriano Manuel explica: “Yo curo en la lengua chinanteca, porque en este lugar también se entiende esa lengua, estamos hablando con Dios y con la tierra”.

En ellos, como individuos cuyo bagaje cultural es parte de la entidad colectiva, recayó la tarea de construir las relaciones entre el hombre y las nuevas tierras; entre el chinanteco, el cosmos y la naturaleza. Pero también adquirieron la responsabilidad de descubrir, experimentar y aprender del nuevo entorno, la riqueza biótica y los lugares con características que responden a la estructura cognoscitiva chinanteca. Al hablar con la tierra, plantas y animales el curandero creó una abertura hacia la naturaleza que le permitió el acceso a sus secretos. Los conocimientos etnobotánicos se enriquecieron, claro está, después de un arduo aprendizaje que es atribuido a un “botánico que anda por aquí. Que llega, que nos enseña aquí en la iglesia a todos los creyentes”. El “Botánico”, héroe cultural mítico, es una reinterpretación que el curandero hace de sí mismo para explicar cómo es que adquiere nuevos conocimientos con relación al uso y manejo de plantas medicinales. Es una alegoría simbólica que valida la innovación y adquisición de conocimientos frente al grupo y ante la comunidad de curanderos que poseen un estatus, y entre quienes existe una comunicación especializada: “aquí hay un amigo que sabe de esas plantas del curso y llega otro señor que viene del [poblado] 7, y otro de Cedillo, y otros más que sacan sus plantas, sus medicamentos, así, botánicos”.

Esta homología entre botánico-curandero es relevante porque trasluce el concepto indígena de difrasismo *in ixtili in yollotl* (cara, corazón) que refiere a “dos aspectos fundamentales del yo: su fisonomía interior y su

fuerza de energía”.²⁷ Es decir, la fuerza para adquirir su propio “rostro” por medio del impulso de ser potencial, de ser persona; pero a la vez simboliza la existencia humana en correlación con la naturaleza; es una acción ordenadora que convierte al entorno natural en espacio humano.

Conclusión: de lo local al territorio

Parece claro que el proceso de reorganización de los chinantecos relocalizados, transitó de la apropiación y control del espacio inmediato a la construcción cognitiva de pertenencia a un espacio mayor y común: la naturaleza y el campo de cultivo, la vivienda y la organización de los barrios, la delimitación del ejido y del perímetro general del conjunto de ejidos, la adscripción al pueblo y la constelación de poblados en un espacio compartido.

En esa mutación, el espacio se llenó de contenido, de historia, de mito. Los dueños de la tierra emergieron para ocupar el lugar que les corresponde. A ellos se les pide permiso para desmontar la parcela y en la disculpa le dicen que van “a vestirla de nuevo con la siembra”. En los barrios surgieron marcadores de adscripción y diferenciación. En diversos barrios de los distintos pueblos se están reconstruyendo las celebraciones religiosas como elemento integrador, y entre ellos marcan contrastes con “los otros”, como en el Poblado 11, donde Paso Limón y Potrero Nuevo consideran a los de El Nanche “atrasados porque hablan otro dialecto y no entienden bien la castilla”.

Los barrios, a su vez, son contenedores del pueblo cuya unidad deviene de la propiedad de la tierra constituida en ejido, cuyo derecho histórico está dado por decretos y resoluciones presidenciales, materializando una nueva idea de comunidad e identidad.

Como ejidatarios se les impuso una organización estructurada en torno a las autoridades ejidales. A partir de esta estructura reorganizaron la vida interna de cada poblado y le asignaron una función de protección a la comunidad, función que en la interacción social pasó de la mediación entre el chinanteco y las dependencias gubernamentales a constituir la forma de gobierno interna con marcada tendencia a la autonomía comunitaria. En la Asamblea General se toman las decisiones que afectan la vida cotidiana. El Comisariado Ejidal es la autoridad inmediata y propia.

Desde luego la solución es producto de una compleja asociación política, resultado del consenso entre ejidatarios y vecindados que muestra el potencial alternativo de la cultura chinanteca. Representa la aceptación de un núcleo de poder común que regula la vida comunitaria, establece la relación con las instancias gubernamentales y es responsable de vigilar los límites ejidales que para reafirmarlo como propios “cada año se limpian para evitar invasiones”.

El sentimiento de pertenencia a un ejido, a una localidad, el hablar la misma lengua y tener un origen derivado de un acontecimiento originario, hacen que los chinantecos del Uxpanapa sientan que son un pueblo, una colectividad que comparte una cultura, pero también un espacio al que le han dado un contenido histórico elevando su dimensión a carácter territorial.

La lengua y las prácticas socioculturales revelan el espíritu y el genio creador de un pueblo. En su naturaleza profunda y en la toma de conciencia, la cultura manifiesta su capacidad de desenvolvimiento material, social y ético-moral, elementos que reunidos hacen que un grupo humano se constituya en pueblo. En este sentido, los chinantecos relocalizados están logrando una conciencia y una voluntad colectiva como pueblo, una identidad en la que son claros los niveles de relación hacia sí mismos, hacia otros y de situación con otros.

Ellos se reconocen como portadores de una cultura; se relacionan con un espacio geográfico que consideran su territorio por “m² 100.0” semantizando los decretos presidenciales para darle un carácter de sacralidad al convertir el hecho histórico en principio mítico; marcan la diferencia con los otros, tanto con los miembros de otras etnias y mestizos, como al interior de ellos mismos cuando se refieren a la procedencia de ex ejido y municipio; distinguen su posición histórica y demográfica frente a los que llegaron después; pero sobre todo, están construyendo una unidad por conciencia y voluntad en torno a un proyecto sociopolítico: separar el Distrito de Drenaje Uxpanapa de los municipios en que está comprendido, para constituir un municipio libre.

El proyecto surgió al debilitarse el control que ejercía la CP y no existir una dependencia federal o estatal que la sustituyera. Ni siquiera los propios municipios en los que está enclavado el Distrito. Durante casi dos décadas el espacio que comprende el valle de Uxpanapa estuvo “cerrado” por la CP, situación que influyó para identificar sus límites, como límites posibles de un municipio. Lo cual es factible porque el espacio geográfico se cargó de historia, los pueblos tienen una interrelación dinámica, están organizados y sobre las diferencias culturales y límites étnicos, conforman una sociedad multiétnica con una unidad económica y política en la que

descansa el sentimiento territorial. Es decir, se generó una ideología de pertenencia a una colectividad y a un territorio a partir de los ejes de la cultura y la naturaleza, plasmando en el espacio una forma de ordenar su mundo.

Desde luego la conversión a municipio libre no está exenta de conflictos. Al interior de los chinantecos se observa que el interés compartido se enfrenta al etnocentrismo de los pueblos que se consideran mejor organizados y en el lugar central del valle: los poblados 10 (al que han empezado a llamarle La Chinantla), 11, 12 y La Laguna, comparten el proyecto, pero “pelean para ser cabeza de municipio”. Esta situación es aprovechada por las instancias gubernamentales para promover la actividad de partidos políticos y organizaciones campesinas que están provocando divisiones faccionales, a fin de cancelar la viabilidad de la formación del municipio que sería fundamentalmente indígena.²⁸

Han transcurrido veinte años desde que se inició el reacomodo. En ese lapso lo cotidiano venció a la tendencia asimilacionista y superó la relación unidimensional de la sociedad dominante, demostrando una vez más que la “historia es el reino de la posibilidad en el reino de la necesidad”.²⁹ Los chinantecos encontraron en lo cotidiano, en el descontento que permitió la emergencia de las dimensiones de su identidad, la probabilidad de reconstruir su orden para superar el cambio discontinuo al que fueron sometidos y retornar a la continuidad del tiempo y del espacio.

Ex-ejido en la Chinantla y ejido receptor en Uxpanapa

Ex-ejido en la Chinantla	Ejidatarios censados, 1973	Ejido receptor en Uxpanapa	Ejidatarios beneficiados, 1974-1979
Cafetal Segundo, Ojitlán	154	Josefa Ortiz de Domínguez.	27
		Salto de Eyipanyla.	20
		Álvaro Obregón.	80
		Lugar de origen.	27
El Aguacate, Ojitlán	116	Adalberto Tejeda.	28
		Buena Vista.	22
		El Pílon.	16
		Otros lugares.	50

continúa

Ex-ejido en la Chinantla	Ejidatarios censados, 1973	Ejido receptor en Uxpanapa	Ejidatarios beneficiados, 1974-1979
Laguna Escondida, Ojitlán	221	Álvaro Obregón. Murillo Vidal. Monterrey. Hnos. Carrillo. Otros lugares.	38 31 39 9 104
El Cantón, Ojitlán	194	Álvaro Obregón. Nuevo Cantón. San Antonio. B. Juárez I. B. Juárez II. B. Juárez III. Otros lugares.	36 6 49 32 28 23 20
Villa de Ojitlán, Ojitlán	179	Salta Barranca. Nuevos Naranjos. Progreso Chapultepec. Belisario Domínguez. Otros lugares.	34 18 12 8 107
La Laguna, Ojitlán	110	Almanza. Celestino Gasca. Otros lugares.	45 24 41
Monte Bello, Ojitlán	136	Las Brujas. Lucio Blanco. Cerro Amarillo. G. Díaz Ordaz. Otros lugares.	28 7 39 19 43
El Zapotal, Ojitlán	57	Enrique Rdz. Cano. Francisco Villa. Otros lugares.	18 21 18
Arroyo Grande Privilegio, Ojitlán	107	Carolino Anaya. Fco. Javier Mina. Benito Juárez.* Otros lugares.	10 9 77 11
Piedra de Amolar, Ojitlán	65	Fco. Javier Mina. Plan de Arroyos. Otros lugares.	18 30 17

continúa

Ex-ejido en la Chinantla	Ejidatarios censados, 1973	Ejido receptor en Uxpanapa	Ejidatarios beneficiados, 1974-1979
Paso Limón, Ojitlán	250	Nuevos Naranjos. Helio García Alfaro. Otros lugares.	28 189 33
Raya de las Carolinas, Ojitlán	133	Adolfo López Mateos. Otros Lugares.	95 38
Loma Alta, Ojitlán	40	El Carmen. Lugar de Origen.	25 15
Caracol Ideal, Ojitlán	88	Huitzilzilco. Lugar de Origen.	72 16
San José Ojitlán, Ojitlán	68	Cándido Aguilar. Otros lugares.	33 35
Laguna Mata de Caña, Chiltepec	36	Fco. Javier Mina. Otros lugares.	20 16
El Nanche, Usila	71	Helio García Alfaro.	71
Santa Flora, Usila	31	NCPE Río Uxpanapa. Otros lugares.	30 1
Total	2 287		2 287

* No especifica a cuál de los tres ejidos Benito Juárez corresponde.

Notas

¹ SARH-Comisión Nacional del Agua, Relación de Derechos, Superficie de Reacomodo en el Estado de Veracruz y en el Vaso Cerro de Oro (mcs), Ciudad Alemán, Veracruz, febrero de 1990; SARH-CNA, Nuevos Centros de Población Ejidal Integrados en las Zonas de Reacomodo en el Estado de Veracruz (mcs), Ciudad Alemán, Veracruz, 1990; SARH-CNA, Nuevos Centros de Población Ejidal en la Periferia de la Presa Miguel de la Madrid Hurtado (mcs), Ciudad Alemán, Veracruz, 1990.

² Una explicación amplia del proceso se encuentra en: José Velasco Toro (JVY) y Guadalupe Vargas Montero, "Uxpanapa, construcción y fracaso de una región plan", en: Odile Hoffmann y Emilia Velázquez (coords.), *Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de regiones*, Universidad Veracruzana-ORSTOM, pp. 279-308, México.

³ Alicia Barabás y Miguel Bartolomé, *Hydraulic Development and Ethnocide the Mazatec and Chinantec People of Oaxaca*, trad. de JVT, pp. 13-14, México, Copenhagen, 1973. Este documento causó polémica en México entre sus autores y el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, entonces director del INI, quien criticó la posición de Barabás y Bartolomé, escribió un artículo titulado: "Etnocidio en México: una denuncia irresponsable", en: *Obra polémica*, SEP-INHA, 1975, México.

⁴ José Velasco Toro y Guadalupe Vargas Montero, *op. cit.*, p. 286.

⁵ Véase Peter T. Ewell y Thomas T. Poleman, *Uxpanapa, reacomodo y desarrollo agrícola en el trópico mexicano*, INIREB, pp. 253-254, 1980, Xalapa.

⁶ Lo peor es que se dieron casos de matrimonios en los que el esposo y la esposa recibieron derechos agrarios en distintos centros de reacomodo. Comunicación verbal de Corazón de Ma. Modesto Portugal, Residencia General de Reacomodo, Ciudad Alemán, Veracruz, febrero de 1991.

⁷ *Ley Federal de Reforma Agraria*, Porrúa, arts. 51, 76 y 454, 1977, México.

⁸ Maria Skoczek señala al respecto: "El sistema de funcionamiento de ejidos colectivos no se inscribe en el antiguo sistema de trabajo común practicado por los chinantecos", *op. cit.*, p. 4.

⁹ Véase Roberto J. Weitlaner y Carlo Antonio Castro, *Usila (morada de colibríes)*, Museo Nacional de Antropología, 1973, México; Bartolomé y Barabás, *La presa Cerro de Oro*, pp. 141-142.

¹⁰ El sorteo de lotes urbanos se utilizó en todos los pueblos de reacomodo que se hicieron en Veracruz entre 1984 y 1990. Residencia General de Reacomodo, Ciudad Alemán, Veracruz, febrero de 1991.

¹¹ Manuel González recuerda del poblado 11: "En nuestro lugar de origen teníamos la costumbre del trabajo colectivo sin recibir un pago en efectivo. Lo que se hacía era darle comida a quienes trabajaban. Así se contruían galeras, casas. Esto se perdió con los materiales de construcción del gobierno. Así se están perdiendo otras cosas como el vestido y el idioma".

¹² Luis Arturo Atilano Benítez, *Antecedentes del Proyecto de Reacomodo en el Valle de Uxpanapa* (mcs), Poblado 9, Veracruz, p. 4, 1989.

¹³ Marilyn Gates, "Lecciones de Uxpanapa", en: *México indígena* (México D. F.), núm. 4, enero de 1990, pp. 25-28.

¹⁴ Luis Vázquez León, *Ser indio otra vez. La purepechización de los tarascos serranos*, CONACULTA, 1992, p. 26, México.

¹⁵ El inicio de este proceso lo reseña con claridad Ewell y Poleman, *op. cit.*, pp. 227-242.

¹⁶ Este fenómeno se repitió, con sus variantes, en cada pueblo; incluso, nos dice Víctor Agustín Hernández de la Residencia General de Reacomodo, "en todos los pueblos cuando se sorteaba los lotes en la zona urbana, cada uno se arreglaba para permutar y hacer su barrio. Eso lo hacen porque así es su idiosincracia".

¹⁷ Las manifestaciones mesiánicas en la Chinantla, han sido estudiadas de manera amplia por Bartolomé y Barabás, sobre todo el surgimiento del personaje sagrado: el Ingeniero el Gran Dios, *op. cit.*, cap. VIII, pp. 73-100.

¹⁸ Aleka Boutzouvi, "Individualidad, memoria y conciencia colectiva: la identidad de Diamando Gritzona", en: *Historia y fuente oral*, núm. 11, Departamento de Historia de la Universidad de Barcelona, 1994, p. 40, Barcelona.

¹⁹ El Hombre es devenir histórico y como sujeto en la historia es producto de operaciones subjetivas que constituyen una realidad objetiva y universalmente válida para todos los miembros de una sociedad. En este sentido dice Enzo Paci: "la objetividad está constituida por la subjetividad entendida como intersubjetividad y está claro que aquí la sociedad de los sujetos no puede ser una abstracción, sino la sociedad de individuos integrales y concretos o, como nosotros diríamos, de mónadas concretas", en: *Función de las ciencias y significado del Hombre*, FCE, 1968, p. 250, México.

²⁰ A partir de 1980 se abrió el Uxpanapa al reparto agrario. Dentro del perímetro del Distrito se reubicó a zoquez procedentes de Chiapas que fueron afectados por la erupción del volcán Chichonal; tonacos y nahuas de Veracruz, mixes de Oaxaca y campesinos mestizos, han recibido dotación agraria. Los zapotecos que se han asentado en la región, proceden del istmo oaxaqueño y generalmente se dedican al comercio.

²¹ Pierre Clastres agrega: "La función de asegurar la auto-reproducción de la sociedad, la repetición de su Ser..., le es confiada en particular a los ritos iniciáticos. Pero el acto fundador de lo social, la institución de la sociedad, remiten a lo presocial, a lo meta social", en: *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, 1987, p. 85, Barcelona.

²² Bartolomé y Barabás narran cómo el pensamiento simbólico de chinantecos y mazatecos justificó la reubicación como un arreglo entre sus deidades y el presidente Luis Echeverría, que entregó tributo para que permitieran la construcción de la presa Cerro de Oro, *op. cit.*, p. 77.

²³ Cipriano Manuel, curandero, Poblado 11, Uxpanapa, marzo de 1992.

²⁴ Marcelo Carmagnani, *El regreso de los dioses. El proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*, FCE, 1988, p. 85, México. Véase también José L. García García, "El uso del espacio: conductas y discursos", en: José A. González

Alcantud y Manuel González de Molina (eds.), *La tierra. Mitos, ritos y realidades*, Anthropos, 1992, pp. 400-411, Barcelona.

²⁵ Weitlaner y Castro, *op. cit.*; Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, INI, 1977, México.

²⁶ Véase Dan Sperber, *El simbolismo en general*, Anthropos, 1988, Barcelona; Gilbero Giménez, "Cambios de identidad y cambios de profesión religiosa", en: Guillermo Bonfil Batalla (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, Pensar la Cultura, 1991, pp. 23-54, México.

²⁷ Mercedes de la Garza, *El Hombre en el pensamiento náhuatl y maya*, UNAM, 1990, p. 73, México.

²⁸ Cecilio Florentino del poblado 11 lo explica así: "Cuando los partidos políticos empezaron a llegar al valle, la gente empezó a dividirse. Ahora hay grupos que jalan con el PRD, el PRI, el PPS. Nosotros seguimos luchando como ejido, porque es el único beneficio que tenemos", marzo de 1991.

²⁹ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, 1968, p. 13, México.

En busca de sociedades regionales. Inserción social y construcción de la pertenencia territorial

Marielle Pepin Lehalleur

Plantearé aquí la relación entre sociedad y espacio —o más propiamente, en este caso, territorio— desde el punto de vista de los actores, buscando precisar los mecanismos a través de los cuales los grupos sociales se reconocen como locales. La ecuación tiene dos incógnitas: el proceso de constitución de los grupos sociales en su doble dimensión clasista y territorial y la posible creación, en el territorio compartido por varios grupos, de una sociedad regional.

¿Cuánto pesa la pertenencia territorial y cómo actúa sobre la forma en que un grupo social se identifica a sí mismo y se diferencia de otros? Teniendo como trasfondo los parámetros nacionales “compartidos” de la diferenciación social, debemos analizar cómo incide la interacción localizada sobre el grado de adhesión o de rechazo que manifiesta un grupo hacia los valores dominantes de la sociedad global. ¿A través de qué procesos se van conformando sociedades locales? o dicho de otro modo, ¿qué factores explican que en ciertas localidades o regiones, más que en otras, la interacción entre vecinos resulte en una focalización fuerte y concurrente de sus intereses, que cubren un grado suficiente de autonomía al punto que el espacio se vuelve no sólo motivo de disputa, sino símbolo de identidad que genera proyectos y compromisos? En la competencia por la apropiación simbólica o apropiación política del espacio local, ¿qué papel juegan y en qué términos se formulan la pertenencia territorial y la adscripción social?

Propongo esbozar el análisis comparativo de la composición social en cuatro municipios o zonas: Santa Engracia, Mante y Altamira en el estado de Tamaulipas y Álamo en el de Veracruz, y buscar la dinámica de su posible identificación como regiones.¹ En los diversos lugares de estudio confrontaré la evolución reciente de los grupos sociales definidos por una

posición de clase similar y trataré de apreciar el peso de su localización e interjuego con sus vecinos.

El método comparativo es, en este caso, particularmente prometedor, pues se puede observar, y hay que explicar por qué, de un lugar a otro, los procesos de diferenciación no siguen las mismas líneas de fractura, no se expresan en las mismas prácticas ni con los mismos símbolos. Pondré a prueba la hipótesis de B. Picon (1986:159) para quien “la interacción localizada de los actores sociales, en ámbitos de mutuo conocimiento, lleva a producir modelos culturales y sociales originales”. “Partiendo del supuesto que una identidad local se genera a través de la confrontación cotidiana (conflictiva o no) de grupos sociales portadores de percepciones y prácticas diferentes, buscaré averiguar si los conjuntos sociales bajo estudio tienen una densidad y una coherencia tal que se pueda afirmar que funcionan como sistemas de diferencias” (Bourdieu, 1979: 191), a los que yo propondría llamar “sociedades regionales”.

En el mundo rural, la agricultura, aun sin ser predominante, desempeña un papel único como campo de actividad donde la tierra es medio de producción, fragmento de espacio y referencia simbólica, es el objeto-instrumento concreto de la cercanía de los actores sociales.

El perfil sociológico que adquieren los distintos grupos ligados a la agricultura en cada lugar depende, en buena medida, del peso que ésta cobra como actividad, fuente de ingresos, base de poder, dentro de la configuración local donde además, según los casos, aparecen o no figuras sociales oriundas de la ciudad. Grupos de agricultores podrán insertarse a sus anchas en ciertos medios urbanos, mientras otros, con recursos similares, sólo lo harán en forma lateral o marginal.

Los lugares estudiados entran, con grados distintos, en la gama de situaciones rurales. En dos de ellos, Santa Engracia y Álamo, la agricultura lo es todo, la vida gira alrededor de la producción de naranja y de los procesos más recientes de su industrialización. En Mante, los tiempos de la zafra y de las demás cosechas marcan los ritmos de la economía local, animan o frenan todo su movimiento, aunque el comercio y los servicios urbanos ocupan a más personas y generan quizá más valor. En Altamira, la agricultura, aunque próspera, se encuentra políticamente marginada por la presencia de interlocutores de mayor peso, como la conurbación de Tampico y Ciudad Madero, el puerto industrial y las plantas petroquímicas o las numerosas colonias populares de reciente arraigo.

Veamos cómo las expectativas que se han generado en México en torno a la agricultura y al mundo rural a lo largo de los decenios son reinterpretadas a nivel local y dan materia a la mutua definición de los grupos.

De una ideología de la dualidad a la búsqueda de una clase media rural

Entre los años 1930 y 1940, el ímpetu agrarista hizo esperar que una agricultura con amplia base campesina, dotada de medios suficientes, permitiría a la población rural alcanzar un nivel de alimentación y bienestar decoroso, le devolvería la dignidad y proporcionaría los cimientos de una sociedad nacional menos heterogénea y desigual; pero no cabía en este proyecto entablar un desarrollo modernizador, alimentar a una población urbana que empezaba a crecer y sostener un proceso de industrialización en ciernes.

Otra propuesta económica, social y técnica salió adelante con estos propósitos. La Revolución Verde valorizó los mandatos de eficiencia, tecnicidad, inversión de medios potentes, modernidad. No se buscó ampliar el rango de adaptación de este modelo para adecuarlo a las condiciones que prevalecían en el país.

En la brecha que se abrió entre las dos concepciones y las dos realidades, se desató en los sesenta una grave crisis de desabasto y descapitalización, lo cual acentuó los rasgos atribuidos a uno y otro sector social: los empresarios, productivos pero derrochadores de recursos (incluyendo los recursos públicos), más interesados en los renglones rentables de exportación que en producir el alimento nacional; y los campesinos, subdivididos en privados (los que aparecían en los censos agrícolas de entonces como “menos de 5 hectáreas”) y ejidatarios. Se les juzgaba ineficaces, amenazados por el minifundismo y se lamentaba su carencia de sentido empresarial.

Se aceleró brutalmente el éxodo rural con la salida masiva de candidatos a albañiles ocasionales y a sirvientes domésticos hacia las grandes ciudades, pero también de aspirantes a obreros, empleados y estudiantes; la migración manifiesta una aspiración a la urbanidad, vista como el único medio donde se pudiera soñar con una posible movilidad social. Al mundo rural se le juzgaba de manera cada vez más desesperada como un lastre del que se tenían que librar tanto la economía como la sociedad.

Una nueva dinámica se instaura a mediados de los setenta con el flujo de divisas del petróleo. Se hace urgente ampliar la capacidad productiva agrícola, se busca la independencia alimentaria, se quiere frenar el crecimiento exagerado de las ciudades. El gobierno de López Portillo emprendió una política de inversión pública en infraestructura agrícola, de apoyo crediticio ampliado y de reorganización técnico-administrativa.

Del proyecto ambicioso que intentaba reconstruir la agricultura nacional, resaltemos que enalteció la planificación y buscó controlar todos los parámetros de la producción, pero no intervino directamente en dos campos esenciales: el mercado de trabajo y la compra de cosechas (excepto las de maíz), regida por los precios de garantía cuando se trataba de alimentos básicos. El proyecto agrícola se limitó a la producción e intentó promover en este ámbito procesos técnicos y sociales que superaran la dualidad histórica del agro mexicano. En la base de este proyecto estaba el reconocimiento de la actividad en sí, particularmente en la práctica de los campesinos; tenía condiciones y lógica específicas, en ocasiones ajenas y hasta contrarias a los principios del mercado. Así, una meta de la planificación y del recurso organizativo era establecer un puente entre necesidades y capacidades que no están “natural” y perfectamente articuladas por la competencia. Entre crédito subvencionado (a tasas diferentes según el nivel de ingresos personales del productor) y precios de garantía (que según los años corresponden a precios-piso o precios-techo) se operaron múltiples ajustes entre subsidios otorgados a insumos y servicios o a consumos. Era urgente tecnificar la producción (la investigación agronómica produce paquetes tecnológicos que se deben adoptar para conseguir crédito y seguro agrícola), y la tarea de promover y expandir el proceso de tecnificación se asignó a la organización de los productores, privados y ejidatarios.

Dos consideraciones parecen fundamentar el deslinde cuidadoso que se hace de los productores como sujetos de los programas en función de su forma de tenencia de la tierra. La primera, más ideológica, imputa a los propietarios privados una especie de tendencia natural a la búsqueda de tecnicidad y de eficiencia económica, presumen que tendrán un comportamiento (inclusive la disposición de pagar sus deudas) acorde a sus intereses de “homo economicus”. En cambio, tales comportamientos e intereses no se consideran asociados al estatus de ejidatario, limitado por la necesidad de asegurar en primer lugar el mantenimiento cotidiano, y son dignos de comentario y admiración cuando se verifican. Estos juicios *a priori* encuentran justificación y operacionalidad en el hecho de que el propietario puede respaldar con su tierra y demás bienes una solicitud de préstamo, mientras que se debe inventar para el ejidatario el compromiso del “crédito solicitado” que concilia el operativo mercantil de la devolución de todo préstamo con el principio de inalienabilidad de la parcela ejidal.

Sobre el principio de organización colectiva convergen entonces expectativas y valoraciones ambivalentes y aun contradictorias. Pregonada como

instrumento de racionalidad, la organización se torna motivo de suspicacia cuando es paliativo de una debilidad intrínseca de los ejidatarios. De hecho, la práctica mostrará que se puede aprovechar para nulificar la iniciativa personal, ejercer prácticas caciquiles y apropiarse de los recursos colectivos, de la misma manera casos exitosos de superación colectiva de las dificultades. El *a priori* ideológico se apoya, una vez más, sobre diferencias instituidas entre la libertad y la responsabilidad que los productores privados conservan, en principio, para asumir riesgos, aprovechar oportunidades, ganar o perder, y la mediación forzosa que restringe la capacidad de decisión y de acción de los ejidatarios. Pero se espera de esta mediación que permita a muchos de ellos superar su desventaja estructural y que lleguen a conformar un estrato medio capaz de equilibrar la estructura productiva.

En las relaciones entre productores vecinos, la dimensión individual o colectiva de las acciones resulta un elemento clave de las imágenes que cada uno se forja, de sí y de los demás. Añade su fuerte carga valorativa a la manera en que las diferentes categorías de agricultores aprecian las peripecias locales y actúan frente a ellas, y se reconocen como posibles aliados o contrincantes. Así, puede usarse la oposición entre colectivo e individual a modo de cala para contrastar cómo se traban las historias de los propietarios privados y ejidatarios en nuestros lugares de estudio.

Variaciones locales sobre los que “la hacen” y los que siguen

A pesar de todas las diferencias locales en los inicios del historial agrario, los años 1930-1940 marcan el periodo de mayor homogeneidad o paralelismo en la evolución de la agricultura nacional. Entre nuestras regiones, mencionemos simplemente dos variaciones importantes.

En Santa Engracia las dotaciones ejidales iniciales han sido acompañadas de un apoyo oficial constante que ubica al grueso de los ejidatarios en una situación relativamente acomodada. Conviven sin mayor roce con los pequeños rancheros privados y los herederos de las haciendas expropiadas que conservan superficies de excelente tierra regada e instalaciones de calidad. La convivencia se establece entonces sobre la base de una proximi-

dad sin mucho intercambio entre un proyecto típicamente campesino y un nuevo diseño de aprovechamiento comercial de los recursos. Una misma distancia separa a los diferentes tipos de productores en Altamira y, con mayor conflicto agrario, en Álamo.

En Mante, la dotación masiva de tierras cañeras de riego se asocia con la expropiación del ingenio privado que las beneficiaba, y con la cesión (a crédito) de este ingenio a una cooperativa de ejidatarios y obreros azucareros que el gobierno crea entonces (1939). Los antiguos cascos-parcelas de las haciendas rápidamente cambian de mano y se fragmentan. Sus dueños, en su mayoría foráneos, se alejan, dando todo el espacio a la Cooperativa Ingenio Mante (CIM); con una capacidad de conducción sin rival durante veinte años, la CIM regirá los destinos de la región. Ella es la que se hace portadora del afán modernizante de la edad de la "marcha al mar" con un fuerte sentido de compromiso social y regional que ha dejado rastro hasta hoy.

La Revolución Verde no se hizo realmente presente en la costa del Golfo; pero se dio un resurgir de algunas explotaciones privadas, demostrando capacidad individual de aprovechar coyunturas favorables. En Altamira, granjeros medios muy urbanizados, a veces de reciente arraigo en la región, desarrollan la producción hortícola (cebolla) para el mercado nacional, mientras Mante conoce varios años de excelentes cosechas de tomate de exportación en una bonanza pasajera que aprovechan algunos campesinos de viejo cuño, conocedores de cultivo, y agricultores atrevidos recién llegados a la región. En Santa Engracia los antiguos propietarios siguen el arrastre de los citricultores de Montemorelos (Nuevo León) e intensifican su producción de naranja, adoptando el mismo patrón de una mezcla de ayuda mutua y rivalidad comercial entre familias cercanas. El eco de la demanda de Montemorelos llega hasta Álamo, donde la producción de plátano ha sufrido graves pérdidas y está en vías de abandono. A instancias de comerciantes que le apuestan a la naranja, una serie de ejidatarios ensayan este nuevo producto, en una disposición pionera que se asocia con cierto espíritu reivindicativo.

En los años sesenta, los cítricos para la agricultura del país, no son tan nefastos en el Golfo. La citricultura se amplía pausadamente en Santa Engracia y beneficia a los propietarios y algunos viejos ejidos donde la lógica de autoconsumo se conserva en paralelo e impide una fuerte diferenciación. A contracorriente, Altamira y Mante reciben un sorpresivo y masivo alud de gente y capitales cuando el sur de Tamaulipas se descubre como nuevo centro de producción de algodón. Iniciado por algodoneiros de la frontera y de la Laguna, el movimiento es ampliado por diversos

orígenes, nativos, fuereños, grandes y chicos, cañeros, ganaderos, gente de la ciudad, que quieren probar suerte. Después de traer algunas ganancias fabulosas, la suerte, al final, resulta ser catastrófica, y en la mente de todos queda grabada la idea que la región está “naturalmente” predestinada a los llamados del azar, a las rachas que se enfrentan o se capean, en contraste con la permanencia de la caña, “muy noble”, en la que se confía pero que se descuida como si no mereciera cuidados. Se reitera la oposición entre el riesgo que se corre a título individual y que trae fortuna o ruina, y la actividad cañera más cobijada, rutinaria y colectiva que favorece cierta indiferenciación.

Los años setenta y ochenta, tiempos de la reorganización bajo tutela estatal, encuentran uno de sus prototipos en Mante, donde se constituye un nuevo distrito de riego y se dotan todavía 43 000 hectáreas (1976-1982) entre riego y temporal, para producción de soya, sorgo y cártamo. Las oficinas estatales financieras, técnicas y administrativas que sirven a la región, se establecen en Mante. La zona se beneficia además con un programa piloto de desarrollo rural integral. Se dan todo tipo de experiencias en la organización de sectores y ejidos, marcadas por procesos de diferenciación más o menos agudos. A través de un manejo más eficiente del crédito, grupos de ejidatarios o individuos van destacando. Se hacen capaces de asumir los costos de la maquinaria agrícola y se la apropian, al tiempo que compran o alquilan (“se prestan”) tierras de sus vecinos. Los que se desprenden así de sus tierras guardan a menudo dos hectáreas para sembrar su maíz y trabajan al jornal en la caña o con las compañías productoras de hortalizas de riego (en Mante, González o Altamira), o salen hacia los distritos de riego de la frontera.

La Unión de Ejidos que crea la zona temporalera, logra sortear y aprovechar estos fenómenos de diferenciación y se apresta un papel líder dentro de la dinámica regional. Los productores privados, quizás escaldados por el trauma algodonnero, son de los que ven su ventaja en la organización colectiva, e integran, junto con los ejidatarios, a paridad, una Unión de Comercialización de granos que vende directamente a industriales del aceite y de alimentos balanceados una parte significativa de la producción regional.

Sin haber llegado a los adelantos organizativos del noroeste del país, los del Mante presentan el ejemplo interesante, en consonancia con el proyecto nacional de tecnificación (relativa) y de organización, de la formación de una especie de clase media rural cuya capa superior se encuentra entre los propietarios medianos que necesitan de la asociación y la capa inferior ascendente entre los ejidatarios que se hacen capaces de construir

esta asociación y ocasionalmente liderarla. A unos y otros les gusta decir que se conocen bien y que son parecidos, y tiende a pasarse por alto la diferencia de tendencia en estos casos mientras, respecto de los más pobres, se recalca en seguida en la conversación que son ejidatarios. Para tener una base social suficientemente amplia, esta nueva categoría social necesita afirmar su dimensión regional.

Ciertos aspectos del mismo modelo se aplican, con bemoles, en toda la zona sur de Tamaulipas, hasta el municipio de Altamira (pasando por el de González que hace puente, con estructura social más contrastada: grandes agricultores (granos), grandes ganaderos, fuertes compañías productoras y exportadoras de hortalizas, grupo compacto pero dividido y mal organizado de ejidatarios). Los agricultores de Altamira son la envidia de los de Mante, pues disponen de riego individual, siembran cebolla, tienen mejores rendimientos de soya y algodón. Se les imputa mucho conocimiento, técnica, relaciones comerciales y apoyo político. Están organizados en forma más laxa y diversa: al lado de las asociaciones de ley, hay empresas en sociedad, algunas sobre una base familiar. Tienen de su actividad como agricultores una concepción profesional, llevan personalmente la dirección de sus ranchos, pero viven en Tampico y allí se desarrolla su vida familiar y social. Los ejidatarios también tienen su Unión de Ejidos, en la que participan ejidos de Aldama y unos cuantos de González, pero no existe acuerdo entre ellos y los propietarios privados. Los dos sectores no entran en conflicto, mas se dan la espalda. Sus condiciones y objetivos divergen demasiado; además, sobre el flanco sureste del municipio, las ciudades de Tampico y Madero presionan y, de 1980 a 1989, derraman grandes contingentes de colonos urbanos que invaden terrenos ejidales (bajo la protección del líder del sindicato petrolero, La Quina). Los intereses económicos y políticos de la pequeña burguesía urbana de Altamira se vuelcan decididamente hacia ese lado.

Otra es la historia de Santa Engracia que se vuelve, entre 1970 y 1990, monocultora de naranjos. Los ejidatarios detrás de los propietarios y éstos, envalentonados por la heladas sucesivas de 1983 y 1989 que los libran momentáneamente de la competencia de Montemorelos. La acción estatal no interviene directamente en los naranjales; se limita a proporcionar apoyo financiero y técnico, sin más que una exigencia formal de constituir uniones solidarias, pues se considera que la producción citrícola es en sí una garantía. Los propietarios más fuertes, en consorcio familiar, se lanzan a la gran empresa de la producción de jugo concentrado congelado, después de haber empleado gajera y empacadoras. Se forma otro grupo empresarial local que también pone su juguera, y finalmente un tercer

grupo se constituye entre propietarios y ejidatarios, con ambición industrial. Un banco los apoya en 1983 para la construcción de una juguera. El nacimiento de una agroindustria local no se logra sin dificultades. Una vez alcanzando el monto de inversión necesaria y concluidos los primeros contratos comerciales, los grupos locales deben enfrentar contradicciones entre sus intereses y sus hábitos como productores agrícolas y los requerimientos de la fábrica en precios, tiempos de entrega, disponibilidad de capital de trabajo. Los bancos imponen condiciones crediticias y normas de rigor financieros difíciles de acatar. En una coyuntura de escasez de fruta debida a la heladas, y de baja del precio internacional del jugo concentrado, el grupo mixto no resiste la presión y debe declararse en quiebra, mientras los grupos más empresariales responden ampliando su capital.

La coexistencia de citricultores grandes, medianos y pequeños es entonces significativa, produce efectos sobre los comportamientos y sobre la estructura productiva local. Pero uno de los componentes principales de esta relación es la distancia que se mantiene y se recrea entre los propietarios por tradición —los “herederos”— empresarios y líderes económicos de la zona por derecho propio, y los demás actores que buscan su lugar en la dinámica local y sólo quieren y pueden encontrarlo dentro del rumbo que éstos marcan. A los principales citricultores les conviene que toda la comarca se destine a este único producto y que se convierta en un polo obligado de la cadena productiva y comercial en la fachada oriental del país, y actúan decididamente en ese sentido, pero a la vez resaltan que están produciendo una “naranja de calidad” que no se debe masificar ni “banalizar”. La contradicción sólo se puede superar en una constante carrera hacia la mejoría técnica y comercial.

Es otra presión que se ejerce sobre los productores de naranja en Álamo. Aquí, son los ejidatarios los que emprenden este cultivo en los años setenta y lo van ampliando para responder a la demanda de fruta fresca del gran mercado capitalino. La naranja de Álamo, cargada de agua y de aspecto mediocre, produce un excelente jugo fresco de consumo popular. Además, los cítricos simbolizan la lucha de los ejidatarios contra los ganaderos terratenientes. Representan a sus ojos una forma más intensiva, y por ende más legítima, de uso de la tierra. A todo lo largo de los años ochenta, y excepcionalmente hasta 1992 (Movimiento de los Cuatrocientos Pueblos), muchos demandantes no dudaron en plantar arbolitos en los terrenos que ocupaban, a veces sin esperar la resolución presidencial, como afirmación de su derecho o como medio de negociación para hacerse indemnizar en caso de expulsión.

Este uso belicoso y ya superado del naranjo contrasta con el afán técnico, comercial y modernizador de que hacen gala ahora los miembros y dirigentes de la Asociación Local de Citricultores, orgullosos de ser ejidatarios, que pugnan por la mejoría de los rendimientos, la lucha contra plagas (por medios químicos y biológicos) y el ordenamiento fiscal de la actividad. Ellos ya están en otra guerra, la de productividad y éxito económico.

Entre los últimos episodios está la experiencia excitante y amarga de la industrialización del jugo. La primera juguera de la zona fue instalada en 1985 por un grupo que, a la fecha, se ostenta como privado, aunque cuenta entre sus miembros a ejidatarios. Otro grupo de ejidatarios exitosos, miembros destacados y dirigentes de la Asociación de Citricultores, logró conducir un proyecto industrial colectivo hasta la instalación y operación de una segunda planta juguera con resultados iniciales prometedores. En circunstancias semejantes a las que llevaron a la quiebra a la empresa cooperativa ejidal-privada de Santa Engracia, la fábrica tuvo que cerrar sus puertas en 1992 a la espera de algún arreglo financiero o del remate. Las dos caras de esta historia, la audacia de los ejidatarios —audacia colectiva (aunque restringida a un pequeño círculo) respaldada por bancos e instituciones oficiales— y luego su insolvencia y abandono por sus apoyos iniciales, son sintomáticos de la dinámica particular de este grupo de ejidatarios que A. Schetjman (1982) ha identificado como productores “transicionales”. Aunque el guión es similar al de Santa Engracia, su recorrido es un intento más autónomo y de mayor relevancia local para ganar algún control sobre la realización de su producción. Finalmente, el recurso asociativo produce un efecto de leva dentro del grupo ejidal. Sus dirigentes tienen en mano un instrumento poderoso que les permite diseñar un proyecto para su territorio, aquí de alcance municipal. Pero el ejercicio colectivo también los favorece en lo personal y conjugan el desarrollo de su propia explotación con el mejoramiento técnico y organizativo general.

De algún modo, los ejidatarios de Álamo se parecen a los del Mante, pero tanto la configuración local como el clima ideológico difieren. Aquí el conflicto agrario ha sido constitutivo de la participación tan espectacular de la sociedad, de la actividad económica, del paisaje. Aunque el enfrentamiento entre citricultores ejidatarios y propietarios ganaderos quizá pierda en breve su base agraria, estos grupos, con sus alianzas y enemistades, siguen vivos y vigentes en las luchas por acceder al poder local, y la visión conflictiva que concuerdan en cultivar alimenta la movilización de sus tropas. Sin embargo, las trayectorias individuales empiezan a cruzarse. A los citricultores más acomodados, les gusta demostrar su éxito con la

compra de algún rancho ganadero, y los ganaderos no se niegan a tomar su parte de las oportunidades económicas que ofrece la producción de naranja. Los comportamientos individuales aportan mayor diversidad y matices en el panorama social de lo que sugieren las imágenes que los mismos actores gustan reiterar, pero tienden a la vez a confirmar la valoración ideológica que localmente se atribuye a cada posición socioeconómica.

Las historias de estas cuatro agriculturas locales muestran cómo se asumen o se rechazan, en la práctica, los mandatos que el proyecto nacional encarga a los agricultores. Los que endosan tal o cual rol no siempre son los que estaban predestinados para ello. Una relación se va construyendo, en la proximidad, con otros productores que la historia nacional designa como diferentes u opuestos y el roce dibuja los perfiles, afinando los rumbos que toman unos y otros.

La reiteración de una imagen contrastada, bipolar, de los actores sociales del agro mexicano es uno de los hilos del discurso que explica la evolución nacional. A ella se opone la aspiración secular a la información de una clase media que tome realidad en el campo como en la ciudad, compartiendo hábitos y valores. Las representaciones locales repiten esta ambivalencia. A veces se inclinan más por una visión totalizadora que valoriza el contraste entre productores o al revés, subrayan la diversidad de las actuaciones. Entre ellas, las formas de vivir en lo cotidiano de la relación a la actividad agrícola y a la ruralidad aparecen como una dimensión decisiva de la integración social en la que se juegan las imágenes recíprocas de las personas y de los grupos, y de la edificación del sentimiento local.

Entre ciudad y rancho

Santa Engracia es paradigma de una comarca rural: dos hileras de ejidos alineadas sobre carreteras y caminos que corren paralelos a los ríos con las tres cabeceras municipales de entre dos mil y diez mil habitantes, esparcidas en sus confines, y a 50 kilómetros, la capital del estado. En esta pequeña ciudad que limita sus actividades a la administración y al comercio, muy poco “urbana” en ritmo y estilo, viven los “herederos” y demás propietarios; allí estudian los jóvenes, uno hace las compras semanales, va al cine y se instalan las familias de los ejidatarios enriquecidos. En

ruptura diaria o semanal que introduce el vaivén entre Santa Engracia y Ciudad Victoria, se reitera la oposición entre ciudad y campo. Un campo donde existen servicios individuales como agua entubada, electricidad o teléfono, pero que no se dota de ninguna infraestructura de uso colectivo aparte de las escuelas indispensables. Cuando uno puede marcar su distancia, se va a vivir a la ciudad.

En un entorno igualmente rural, los citricultores ejidatarios de Álamo llevan una vida opuesta. Residen en sus ejidos donde construyen bellas casas que equipan con servicios colectivos de uso microlocal: tienen su escuela, su capilla, sus camionetas o autobuses, su servicio de monitoreo de la luz eléctrica (son frecuentes las fallas) y una vida social vigorosa. Los ganaderos, por su lado, viven en sus ranchos, unidad familiar a la que se agregan algunos sirvientes o empleados. La pequeña ciudad, más bien villa, de Álamo es un lugar desatendido, tachado de feo, sucio y violento por sus propios habitantes. Allí se alojan algunos profesionistas y comerciantes, uno que otro agricultor o ganadero, los empleados y trabajadores urbanos, los cortadores de naranja que vienen de zonas aledañas. Estos se presentan a diario en la plaza de El ídolo, una especie de suburbio de Álamo donde se forman las cuadrillas de corte y se pesa y se vende la fruta cosechada. Álamo tiene ahora un “club familiar” con alberca, dos o tres restaurantes tipo clase media con poca clientela, dos hoteles sin lujos. Los agricultores prósperos no se preocupan por darle más atractivo; no buscan la demostración, cuidando al contrario su imagen de productores ambiciosos y polarizados por la carrera a la modernidad. La aspiración de ingresar a la clase media parece poder compaginarse con lo agrario en un espacio rural que va simbolizando el éxito social. Sin embargo, la presencia lejana de Tuxpan recuerda a los alameños que no son autosuficientes y que deben pasar por su mediación para todos los servicios de mayor cobertura. Su irritación ante una situación que juzgan injusta tomando en cuenta su empuje económico, y el deseo compartido de suplantarlo como centro regional, son ingredientes poderosos de la identidad local, a la vez que recalcan que aún se trata de una “sociedad incompleta”.

Lo mismo podría decirse de Altamira, que vive un proceso de involución territorial donde las poblaciones o actividades nuevas segregan los espacios recién conquistados y donde las diferencias que separan los hombres del campo vienen a expresarse en la distanciamiento extrema de sus residencias, los empresarios agrícolas radicando en Tampico y los campesinos en sus ejidos. Podría imaginarse alguna nueva convergencia entre ellos si se confirmara la tendencia de la porción agrícola del municipio de Altamira a reorganizarse alrededor del polo donde se concentran los facto-

res de la producción (mano de obra, insumos, técnica, organización, comercialización), convirtiéndose en un conjunto articulado que sea provechoso controlar. En este caso, sería el apartarse de las otras categorías sociales lo que daría a los agricultores la posibilidad de lograr una mayor expresión social.

En contraste con estos ejemplos de ruralidad, dos terceras partes del municipio de Mante y un tercio de los habitantes de su zona de influencia (otros seis municipios), viven en la ciudad —una ciudad de 70 mil habitantes, sin mucho esteticismo pero considerable poder de atracción—. Los cimientos urbanos de la sociedad local se apoyan indudablemente sobre la presencia masiva de la Cooperativa Ingenio Mante, su éxito económico durante decenios y su involucramiento en la política local y regional. Urbanidad, aquí, se hace sinónimo de predominio obrero. Los valores de la cultura obrera —pericia técnica, interdependencia en el trabajo, solidaridad y cohesión sindical, importancia de la educación para el ascenso social— se aclimatan y expanden entre todos los grupos, urbanos como rurales. La propiedad pierde importancia simbólica ante la actividad, la tierra ante la producción. Una característica peculiar del Mante es la poca oposición que hay entre la ciudad y su campo, o mejor dicho, su fuerte compenetración. El Mante tiene dos campos. Unos es la “zona cañera”, irrigada desde 1927, surcada de canales y caminos, sembrada de caña, desde luego, pero también de árboles a lo largo de los canales: esta zona verde es un alivio en la gran planicie seca, y rodea a Mante. En los años cincuenta los pueblos cañeros fueron equipados con escuelas primarias, tiendas de consumo y campos de beisbol por la Cooperativa Ingenio Mante (CIM). El servicio de autobuses es muy denso. De hecho, es una zona periurbana en cuanto hábitat, además de que muchos cañeros viven en la ciudad. El otro campo es la “Temporalera” que incluye, a pesar de lo que sugiere su nombre, hasta las tierras ahora bajo riego de la unidad Las ánimas. Exceptuando el pie de monte y su propiedad parcelada, herencia de la colonización decimonónica (1864), y una amplia faja central ocupada por grandes explotaciones privadas tecnificadas y prósperas, la Temporalera es mayoritariamente ejidal. El proceso de poblamiento no ha terminado y se construyen todavía nuevos asentamientos en los que las autoridades del estado se esfuerzan por imponer desde su inicio normas de construcción (sub)urbanas. Es el lugar del gran proyecto cerealero y de su fracaso, de la planificación oficial y de la diferenciación ejidal entre los que sacan provecho de las estructuras organizativas y los que se ven empujados a la migración.

Desde la Temporalera, las relaciones con la ciudad no son tan íntimas, pero por múltiples razones (trabajo, trámites, compras, estudios, negocios, diversión) muchos hombres, mujeres y jóvenes van y vienen a diario o varias veces a la semana, o al menos el domingo, que es el día de mayor actividad comercial y social. Termina el día con un paseo por la plaza, donde se junta mucha gente de todas las edades, a veces en familia, en grupos de dos o tres, o en bola, campesinos y ciudadanos, casi todas las clases sociales. No acuden ni los muy “burgueses” ni los muy pobres, pero el abanico social está abierto. El paseo en la plaza el domingo es el espectáculo que la ciudad se da a sí misma, tal como ella se quiere ver: todos mezclados —clases, religiones,² oficios, color de piel— y todos bastante parejos. De blanco a prieto, mestizos claros (fornidos como corresponde en el norte), con variaciones individuales de la misma ropa casual, impecablemente planchada. Alrededor, las camionetas también giran, último modelo o viejas de veinte años.

Aparte del espectáculo dominical que aspira a confundir a la gente en una sola categoría media, aparte de la banca de los jubilados del ingenio que demuestra que aquí uno puede envejecer en la comodidad, otros lugares de la ciudad sí revelan diferencias. Basta con pasear por las calles comerciales del centro, con sus zapaterías y sus tiendas de ropa, hacia los alrededores del mercado, donde los ejidatarios venden verdura directamente desde su camioneta o entregan a alguna bodega, o de la “colonia obrera”, primera urbanizada en los años cincuenta, hacia los barrios elegantes y al fraccionamiento-club campestre (el colmo de la urbanidad). De ahí a las calles tradicionales con sus casitas en hilera que conservan sus techos de palma o de lámina de los años treinta, a los barrios populares y a las colonias periféricas que invaden los cañaverales: van cambiando los niveles de vida, las perspectivas de desarrollo urbano, las relaciones con el exterior. En los últimos años ha habido cierta mejoría en los barrios más pobres, pero las colonias ricas se densifican y se homogenizan, se hacen enclaves, cada vez más parecidas a las de cualquier otra ciudad.

Los círculos de sociabilidad familiar y privada se van diferenciando entre rancho y ciudad, y verticalmente entre capas sociales, aunque la ciudad sigue acogiendo a los agricultores en los lugares públicos, en cafés, comedores, bancos, en los pasillos de la Presidencia municipal. Las asociaciones sirven aún de marco a las relaciones profesionales entre agricultores de distintas categorías, pero los acuerdos bilaterales directos van cobrando importancia. El rechazo a las formas corporativas en la ideología nacional le da mayor significado al hecho que un equipo de agriculto-

res ha logrado todavía, en 1992-1994, hacer valer su arraigo local y sus alianzas dentro del sector ejidal para ocupar los puestos del mando municipal. Sin embargo, la competencia se perfila mordaz. Los intereses ligados al desarrollo manufacturero (aún de pequeña escala) sienten que su tiempo ha llegado para orientar los rumbos de la región y supeditar los proyectos agrícolas a aprovechamientos de mayor envergadura, para los que se busca asociar capitales foráneos a los locales.

Esto sucede cuando una etapa se ha cerrado en la historia mantense con la quiebra de la cooperativa azucarera y la venta al mejor postor del ingenio (1990-1992). Los compradores, dueños del ingenio vecino, rival de siempre, son además descendientes del empresario y político Aarón Sáenz que capitaneó el grupo de hacendados expropiados en 1939. La sospecha de revancha real o imaginaria viene a reforzar un giro en la sociedad local, hacia la percepción más viva de las oposiciones de clase y de los conflictos políticos partidarios (el Partido Acción Nacional ganó las elecciones municipales en 1988), en detrimento de una convergencia menos palpable de los intereses locales.

Tradición local

La diversidad de relaciones que tejen los grupos sociales en cada ámbito regional, convoca a reflexionar sobre la manera en que los procesos y valores dominantes en la sociedad global se interiorizan y son incorporados a una dinámica social particular. Frente a la ideología nacional que asigna a cada clase un lugar, un papel productivo, una imagen, las historias locales y las prácticas sociales y culturales atestiguan fuertes matices en la adhesión a los modelos generales. Hay que apelar a la interacción de los grupos locales para entender cómo cada grupo se ve así mismo ante los demás, cómo amplía o restringe su actuación por los límites que le pone a su vecino y cómo define lo que considera como sus rumbos posibles en un entorno específico.

El arraigo de cada individuo o grupo y sus particulares circunstancias constituyen elementos fundamentales de la construcción de su respectivo espacio de actuación legítima. Un espacio que se conquista en la práctica, una legitimidad que se reconstruye a través de la “tradición” (Lenclud, 1987 y Rautenberg, 1995): del acervo atesorado en la memoria local, se

rescatan fechas, personajes, lugares, modos de relacionarse entre vecinos, aptitudes atribuidas a un grupo u otro, logros y dificultades, a los que se les pide dar sentido al presente y “explicar” las formas particulares que asume la reproducción social. Durante un largo periodo de la historia nacional, en que el acceso a la clase media se impuso como modelo ideal y al parecer alcanzable, se movilizaron los recursos sociales y culturales locales para progresar en esta dirección y adaptar ciertos rasgos del modelo a lo que localmente se podía ambicionar.

En Álamo elegir el solar ejidal en medio de los huertos para edificar la casa alta de losa brillante y cancelos de metal anodizado que hará patente el éxito económico, apela a la imagen del pionero, del *self-made man*, de la lucha agraria y de la solidaridad ejidal. Y la casa se acerca al máximo al modelo urbano. En el ámbito tenso, conflictivo pero lleno de aspiraciones de Álamo, las cuatro tradiciones no están de más para ensayar vías de reconocimiento social.

En sentido contrario, el ideal nacional puede chocar tan frontalmente con los valores ambientales que se hace imposible vivir dentro de la cultura local un ascenso social manifiesto. Sería el caso de los ejidatarios enriquecidos en Santa Engracia que no parecen poder sostener su estatus de autonomía de clase media en el interjuego cotidiano, ni con sus vecinos ejidatarios ni con los antiguos dueños de sus tierras.

Un último ejemplo ilustraría la plasticidad de las tradiciones. En Mante la vía cooperativista logró compaginar una práctica obrera local vivaz³ y la independencia histórica de los nativos de la región (pequeños rancheros transformados en comerciantes, obreros ejidatarios o profesionistas reunidos actualmente en una asociación formalmente registrada) para fundamentar una ideología original donde se buscaba explicar el ascenso individual dentro de la herencia colectiva. Se asociaban “naturalmente” un relativo igualitarismo, la incorporación de individuos, ideas y trayectorias diferentes, y una afirmación ruidosa de los intereses locales.⁴

Con la crisis económica y política que atraviesa la nación en trasfondo, las circunstancias regionales tienden ahora a agudizar los conflictos entre grupos sociales y a debilitar los lazos establecidos sobre la percepción de una común identidad local. En Mante las culturas obrera y agraria se reivindican para afirmar posiciones e intereses específicos dentro de las estructuras productivas, y ya no se dejan invocar para ilustrar vías consensuales de incorporación al consumo clasemediero. Los grupos sociales se definen más claramente en una confrontación donde el arraigo de uno es susceptible de blandirse como argumento contra otro menos establecido, la pertenencia territorial, cuando no proporciona bases de consenso, puede transformarse en motivo de discriminación.

Una tradición se revalúa a partir de un presente cambiante. El modelo rural de movilidad social que había encontrado, en grados desiguales, cierto apoyo en los sentimientos localistas en los cuatro lugares analizados, ahora enfrenta condiciones críticas a nivel nacional. La sociedad regional fuertemente articulada que parecía ser el espacio más favorable donde negociar su actualización no da visos de encajar de la mejor manera en los nuevos tumbos del país. Será importante observar en los tiempos próximos, si son los grupos dominantes los que se apoderan de la pertenencia local como instrumento legitimador o si ésta alienta luchas de reivindicación social.

Notas

¹ Las zonas referidas han sido estudiadas por el equipo "Transformación de la vida rural y configuraciones del poder local en el Golfo de México" (El Colegio de México, CNRS, ORSTOM), y utilizo aquí los análisis elaborados por mis compañeros además de material propio, véase bibliografía. Mi conocimiento sobre estos lugares es muy desigual, desde el Mante, Tamaulipas, donde tengo doce años de estancias reiteradas y trabajo con otro equipo, hasta Santa Engracia, Tamaulipas, que sólo he recorrido algunas veces, pasando por Altamira, Tamaulipas y Álamo, Veracruz, donde realicé varios periodos de trabajo de campo.

² Ahí están los católicos, tan numerosos que no caben en la iglesia donde escuchan misa antes de dar sus vueltas, pero que las cifras del censo (1990) parecen abultar exageradamente (89%) en detrimento de los protestantes que tienen presencia moral y física (templos) mucho mayor de lo que dicen los números (6%).

³ En los años anteriores a la expropiación del ingenio (1934, 1936), una serie de huelgas muy duras había movilizado conjuntamente a obreros y trabajadores agrícolas de las haciendas.

⁴ Desde la capital del estado, se juzga a la gente del Mante brava y sin distinción (Salinas, 1986).

Bibliografía

- ALVARADO, A.
1992 *El portesgilismo en Tamaulipas*, El Colegio de México, México.
- ALVARADO, A. y N. MINELLO
1995 "Comarca Santa Engracia, Tamaulipas", en: *Poder local en el Golfo de México* (México D. F.), Cuadernos de Trabajo del CES, núm. 38, El Colegio de México, pp. 138-210.
- BOURDIEU, P.
1979 *La distinction*, Editions de Minuit, París.
- CARLE, L.
1989 *L'identité cachée. Paysans propriétaires dans l'Alta Langa XVIII-XIXe siècles*, Edit. EHESS, París.
- CEBADA, M. C.
1986 *Crédito rural y campesinado. El poblado de Graciano Sánchez, Mante, Tamaulipas*, tesis de maestría, FLACSO, México.
- ETUDES RURALES
1986 "LEtat", en: *Etudes rurales* (París, Francia), núm. 101-102.
- GUBERT, R. (coord.)
1992 *L'appartenenza territoriale tra ecologia e cultura*, Reverdito Edizioni, Trento.
- HOFFMANN, O., J. Y. MARCHAL, M. PEPIN LEHALLEUR y M. F. PRÉVÔT-SCHAPIRA
1990 *Pour l'étude du pouvoir local dans le Golfe du Mexique* (París, Francia), Documents de recherche, núm. 217, CREDAL.
- LENCLUD, G.
1987 "La tradition nest ^plus ce quelle était", en: *Terrain* (París, Francia), núm. 9.
- LEVY, J.
1994 *Lespace légitime*, Fondation des Sciences Politiques, París.
- MARCHAL, J. Y.
1992 "Municipios vecinos, ¿hermanos enemigos? Esbozo de dos desarrollos divergentes: Tuxpam y Álamo (Veracruz)", en: *Estudios Sociológicos* (México D. F.), vol. x, núm. 30, pp. 555-581.

MARIÉ M.

- 1986 "Penser son territoire: pour une épistémologie de l'espace local", en: Auriac F. y R. Brunet (coords.), *Espaces, jeux et enjeux*, Fayard, pp. 141-158, París.

PALMA GRAYEB, R. y J. Y. MARCHAL

- 1992 "Álamo y Tuxpam (Veracruz): una demografía diferencial entre dos municipios cercanos", *Poder local en el Golfo de México* (México D. F.), Cuadernos del CES, núm. 38, El Colegio de México, pp. 80-94.

PAUL-LEVY, F. y M. SEGAUD

- 1983 *Anthropologie de l'espace*, Centre Georges Pompidou-CCI, París.

PEPIN LEHALLEUR, M.

- 1986 "Algunos parámetros de la lucha por el poder en la región de Mante, Tamaulipas", en: Padua J. y A. Vanneph (comps.), *Poder local, poder regional*, El Colegio de México-CEMCA-CREDAL, pp. 113-123, México.
- 1993 "Cálculos familiares y estrategias crediticias: tres dinámicas divergentes entre los ejidatarios del Mante (Tamaulipas)", en: Chamoux, et al. (eds.), *Prestar y pedir prestado. Relaciones sociales y crédito en México (Siglos XVI-XX)*, CIESAS-CEMCA, pp. 155-167, México.
- 1994 "Entre ruralidad y urbanidad, la fuerza del lugar", *Nuevos procesos rurales en México*, IIS-UNAM/INAH/UAM-X, México (en prensa).

PEPIN LEHALLEUR, M., H. NAVARRO, J. J. SANTIBÁÑEZ

y M. C. CEBADA

- 1993 "Una región en movimiento: Mante, Tamaulipas", en: *Sistemas agrarios y desarrollo*, Universidad de Chapingo-ORSTOM, Texcoco.

PEPIN LEHALLEUR, M. y M. F. PRÉVÔT-SCHAPIRA

- 1992 "Cuclillos en un nido de gorrion: espacio municipal y poder local en Altamira (Tam.)", en: *Estudios sociológicos* (México D. F.), vol. x, núm. 30, pp. 587-618.
- 1995 "Altamira, Tamaulipas: entre fragmentación económica y afirmación política de una identidad", en: *Poder local en el Golfo de México* (México D. F.), Cuadernos de trabajo del CES, núm. 38, El Colegio de México, pp. 115-161.

PICON, B.

1989 “Nouveaux clivages, nouvelles identités locales”, en: *OCS Lesprit des lieux. Localités et changement social en France*, Editions du CNRS, pp. 159-176, París.

RAUTENBERG, M.

1995 “Sur le sens des patrimoines sociaux et leur place dans la modernité”, en: J. P. Saez, *Identités, cultures, territoires*, Desclée de Brouwer, pp. 197-206, París.

SALINAS DOMÍNGUEZ, C.

1986 *La esquina del poder*, ed. del autor, Ciudad Victoria.

SANTIBÁÑEZ, J. J. y H. NAVARRO

1987 “La Unión regional de comercialización del Mante. Alianza y competencia entre productores”, en: *Almacenamiento de productos alimenticios*, ANDSA, pp. 329-346, México.

La ciudad: sentidos y representaciones

Michel Agier¹

La ambición cartográfica

Durante los primeros años que pasé en Salvador de Bahía, Brasil, experimenté la necesidad de tener un gran mapa de la ciudad colgado permanentemente en mi oficina, con el fin evidente de ubicarme y orientarme, como cualquier extranjero, en una ciudad de dos millones de habitantes. Gracias a este mapa pude “espacializar” la información y la población que comenzaba a conocer poco a poco, en el marco de un programa de investigación relacionado con la movilidad social y los cambios culturales. Realicé una caracterización progresiva de dicho mapa, llenando vacíos y estableciendo límites.

Poco a poco construí “regiones” de la ciudad con base en enfoques de la ecología urbana de la escuela de Chicago y retomando, en particular, la noción de “región moral” de Robert Park (*vid infra*). Las fuentes de información que consulté corresponden a tres tipos diferentes:

— datos de segunda mano: demográficos, físicos o de los diferentes medios, relacionados con los espacios, su imagen y el índice de asistencia de los habitantes de la ciudad;

— encuestas directas: efectuadas en un barrio popular relativamente antiguo de la ciudad, donde residía, que me permitía observar el concepto que los habitantes de la ciudad tenían de otros barrios, así como la movilidad hacia otros sectores;

— encuestas cuantitativas, que efectué con relación a la movilidad residencial de trabajadores asalariados del complejo petroquímico de Salvador.

Esta información me permitió hacer diversas anotaciones en el mapa colgado en la pared: cifras y porcentajes (relacionados con los niveles de

ingreso, la distribución de la población de acuerdo con el color de la piel, las condiciones de vivienda, el sexo del jefe de familia); impresiones y sentimientos (pobre, clase media, sucio, limpio, humedad, antiguo, moderno, tiendas, grandes conjuntos, viejos, negros, blancos, playas, invasiones); y principalmente trazar límites, líneas fronterizas, que nunca llenaron realmente mis expectativas, dentro de este espacio *a priori* (y en teoría) indefinido que era la ciudad de Salvador.²

Por lo tanto logré establecer cuatro grandes “regiones morales” que me permitieron situar todos los comportamientos de los encuestados dentro de un marco urbano: la referencia a cualquier localidad era significativa.³ Cada referencia al espacio urbano tenía sentido, por lo menos desde el punto de vista de las preguntas que me hacía con relación a la movilidad social y al cambio cultural en Bahía.

Estas preguntas me llevaron a retomar la información sobre la ciudad en términos de estatuto, residencia y barrios de distinción, lo que dio como resultado un mapa en el que, finalmente, prevalecían únicamente los límites de las regiones, y un texto que explicaba dichos límites. Se obtuvo de esta manera la distribución siguiente (v. mapa):

1. *Los barrios de las riberas de la bahía*: son los barrios más antiguos, pobres y desvalorizados de la ciudad. Esta parte de la ciudad, anteriormente marco de su vida política y comercial, fue desvalorizada desde los años sesenta. Su desarrollo se debe únicamente a la concentración de viviendas populares, incluso de viviendas (*favelas*), en las zonas situadas a lo largo de la bahía, sobre varios kilómetros que se extienden hasta las zonas más lejanas y menos urbanizadas (ciudades perdidas). En la actualidad, los barrios más antiguos de esta zona se encuentran prácticamente saturados, y la política urbana ha desplazado a otras zonas el núcleo de las funciones administrativas y comerciales. La ciudad que ha preservado sólo, y con grandes dificultades, su antiguo centro histórico con fines turísticos, ha dado la espalda a la vista de la bahía, misma que dio origen a su nombre. En esta región los trabajadores de la industria petroquímica son asalariados de los estratos inferiores y trabajadores bajo el régimen de subcontratación. Aun cuando se encuentran en situación de inferioridad y precariedad con relación al conjunto de los asalariados industriales, constituyen una categoría social privilegiada dentro de esta zona urbana y tienden a abandonar el barrio o, en su defecto, a distinguirse de los demás habitando en casas más suntuosas.

A escala de la ciudad entera, estos barrios se conocen como “marginales”, siendo muchas veces este término, como en el caso de Liberdade y

todavía más en el del viejo centro (Pelourinho), la seña de una distanciamiento social más que espacial. Se podría formular, en algunas palabras, los aspectos de la vida urbana que se transforman en marcadores de identidad los más importantes (pregnantes) para los habitantes de la rivera de la bahía: las casas antiguas están húmedas y difíciles de mantener y las más recientes son construcciones precarias (hechas de madera de uso, tierra, bloks). A cada temporada de lluvias vuelven los derrumbes de decenas de casas construidas sobre pendientes increíbles, los servicios públicos (transporte, electricidad) son insuficientes y defectuosos, las calles están mal pavimentadas, la basura se extiende a diario a lo largo de las calles de difícil acceso o se acumulan en pequeños montos en los callejones y patios, y las aguas negras no dejan de oler. Sin llegar al exceso o a la miseria, los inventarios que podríamos multiplicar muestran qué tan abusivo es calificar de “culturales” las características del habitat que de hecho son, antes que todo, resultados de opciones políticas tomadas, sea local o nacionalmente, en torno al desarrollo y ordenamiento social y urbano. Hannerz (1969) o Wacquant (1994), por ejemplo, evidenciaron estos mismos excesos en la interpretación de la “cultura del gheto”. Sin embargo, también se debe dar cuenta de las identidades que se construyen en el contexto sociológico urbano, el cual está hecho de experiencias e imágenes indisolublemente entrelazadas. Un conjunto de representaciones, de recorridos, de construcciones y objetos, pasados y presentes, acumulados, componen así una cartografía imaginaria de la ciudad actual de Salvador, en la que las riveras de la bahía son el polo negativo indiferenciado. En términos sociales como raciales, arquitectónicos y urbanos, este lado de la ciudad recibe los valores negativos en comparación con el resto de la ciudad.

2. *Los barrios a orillas del mar*: desde fines de los años sesenta, la urbanización de la ciudad se orientó hacia los barrios situados a orillas del mar (la orla). Una parte de estos barrios de gente acomodada, nuevos y en constante desarrollo, se transformó en lo que se ha llamado “el dormitorio del complejo (petroquímico)”. En estos barrios las ventajas de estatuto son tan evidentes como las ganancias materiales; en ellos se encuentran los símbolos de la arquitectura moderna local, numerosos centros comerciales y centros de negocios, lugares de concentración de consumo cultural y lúdico. En ellos se comparte el espacio con un sector más amplio de la población blanca. Su desarrollo se debe, en gran medida, a los efectos sociales y fiscales de las inversiones industriales efectuadas en los años setenta. Los obreros y los empleados de bajo rango del sector petroquímico tratan con dificultad alcanzar al gran número de técnicos, técnicos especializados y ejecutivos

que habitan y caracterizan esta zona. Además, existe una gran cantidad de porteros, conserjes, mensajeros, personal doméstico, cocineras y lavanderas, todo un mundo que constituye la mayor parte de la población de color que circula en estos espacios. Dichos empleados permiten que estas casas y estos barrios funcionen de manera adecuada y contribuyen a distinguir socialmente a sus habitantes. Recorriendo estos espacios sin poder identificarse con ellos, los trabajadores domésticos y de la calle viven en las *favelas* cercanas, enclavadas en rincones o traspatios, o vuelven en la noche a sus hogares ubicados al otro lado de la ciudad, después de una a dos horas de autobús.

Una serie de oposiciones duales da cuenta de la diferencia que existe entre estos dos lados de la ciudad. La fuerza y amplitud de los contrastes explican el distanciamiento que es social, más que espacial. Los espacios del uno (las riberas de la bahía) se quedan siempre o casi siempre desconocidos en su precariedad, sus fallas, pero también su diversidad, por los habitantes del otro (las orillas del mar).

3. *Las zonas intermedias*: están ubicadas en dos tipos de espacio. Por una parte, los antiguos barrios de clase media baja que están saturados. Por otra parte, los grandes conjuntos de las nuevas zonas de extensión en el norte de la ciudad. Esta es la zona urbana de mayor índice de crecimiento de habitantes en proceso de movilidad social. En ella se encuentra una población relativamente homogénea en lo que se refiere a ingresos e inserción socioprofesional (obreros y empleados de bajo rango de los nuevos sectores de empleo —servicios, industrias, administración—). De manera simultánea y sistemática, se desarrollan en torno a estos grandes conjuntos “invasiones” en condiciones sociales más modestas. Se trata de zonas urbanas de movilidad “por eliminación”, que reúnen empleados de rango inferior, procedentes de los antiguos barrios populares y que no lograron instalarse en los barrios ubicados a orillas del mar. Alejados desde el punto de vista social y espacial de su ámbito familiar original, desempeñan una función activa en la creación de nuevos medios sociales urbanos proletarios.

4. *Las ciudades del complejo industrial*: al margen de la inversión más importante de Bahía, las pequeñas ciudades que circundan el complejo petroquímico de Camacari y el centro industrial de Aratu, principalmente la ciudad de Camacari, se han desarrollado paradójicamente en condiciones de pobreza, dando cabida a migrantes y trabajadores no calificados. La urbanización de las mismas ha sido lenta con base en un cinturón de *favelas* y a algunos barrios rurales. Los migrantes rurales provenientes del nordeste, atraídos por un eventual empleo subalterno, industrial y directo

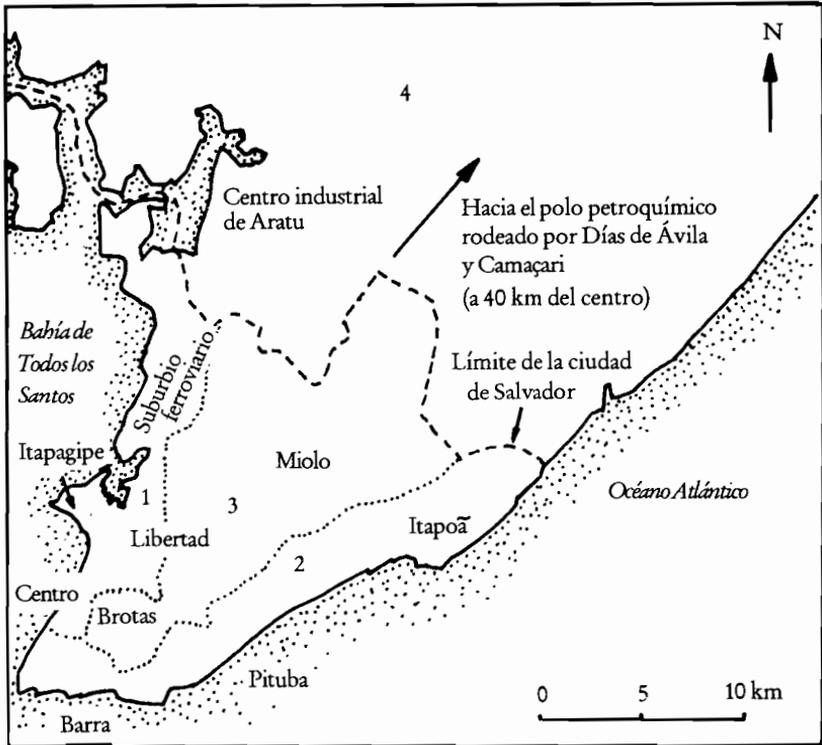
(pero en régimen de subcontracción) o indirecto derivado de la actividad del complejo, son los únicos que han venido a habitar en forma masiva a estas pequeñas ciudades. Son ciudadanos en espera de oportunidades de inserción o de partida, alrededor de una población en inferioridad numérica de asalariados estables que viven en conjuntos habitacionales (edificios). Todo esto no logra constituir una urbanización estable, inducida por la industrialización. Si la ciudad de Salvador, con sus 2 072 058 habitantes en 1991, tiene el tercer lugar del país en cuanto a número de habitantes *intra muros*, la región metropolitana de Salvador sólo llega al sexto lugar de las regiones metropolitanas del país, con 2 500 000 habitantes. El crecimiento demográfico que se debilitó en todas las grandes urbes del país en los últimos diez años, disminuyó de manera más evidente en la periferia que en el centro (Ribeiro y Lago, 1994).

¿Cómo interpretar y utilizar este mapa? Por una parte, permite confirmar que, entre los años 1970-1980, la reorganización urbana de Salvador se dio en torno a nuevos espacios sociales relativamente homogéneos —si no siempre contiguos— que se conformaron como regiones de distinción: el flujo irregular (trabajo, tiempo libre, circulación) y la ocupación residencial de estas zonas podían considerarse como nuevas formas estatutarias, que permitían la identificación, por parte del observador y de los mismos actores, de las pertenencias sociales. Por otra parte, la delimitación provisional de estos conjuntos permite concebir el espacio urbano como el contexto espacial y sociológico (es decir un contexto de relaciones e imágenes) de las observaciones localizadas que habrían de llevarse a cabo en una parte reducida de la ciudad (un conjunto de cerca de 2 000 habitantes).

Para toda persona ajena a esta región, la realización de una cartografía más detallada de estos fenómenos relacionados con la movilidad social y el cambio cultural carecía de pertinencia. Los habitantes de Bahía, por su parte, podían impugnar, con toda razón, determinados límites que definen dichas regiones de distinción y proponer otros criterios de división, con el fin de dar una imagen más fiel de su ciudad. Finalmente, una vez que lo saturé de datos y lo entendí bien —y después de haberme permitido alcanzar un cierto conocimiento del contexto sociológico e imaginario de las relaciones sociales que debía observar en determinado barrio de la ciudad—, el mapa perdió interés también para mí y lo olvidé en un rincón. De igual manera, tal y como fue publicado, el mapa sólo fue útil para ayudar a efectuar la lectura de estas cuatro regiones de estatuto teórico provisional.

Esta experiencia se impuso al inicio como una necesidad. *A posteriori* se podría asimilar una especie de Sistema de Información Geográfica

Salvador de Bahía y su región metropolitana



- 1 Barrios antiguos de la bahía
- 2 Barrios nuevos a la orilla del mar
- 3 Zonas socialmente intermediarias
- 4 Región metropolitana fuera de Salvador (ciudades del polo)

(SIG) espontáneo, artesanal y personal. Pero, más seriamente, esta experiencia permite reflexionar acerca de lo que es la “ambición cartográfica”; además, plantea el problema del estatuto del espacio en la encuesta antropológica urbana.

Los lugares y sus sentidos

Para Robert Park y los demás “etnógrafos-sociólogos” de la Escuela de Chicago, como ellos mismos se llamaban, la ciudad constituye el mundo del individuo. De esta manera se construyó toda una problemática en torno al individualismo urbano (Louis Wirth habló incluso de anomia), cuyo punto de partida es sin duda una concepción errónea del mundo rural, referencia y réplica del modo de vida urbano. En efecto, la problemática del modo de vida urbano se fundó sobre una dicotomía particular que opone la sociedad urbana a la sociedad tradicional. Así, Robert Ezra Park, el inspirador de la Escuela de Chicago, veía en la ciudad el lugar de “emergencia del individuo como unidad de pensamiento y acción”, a la vez que se preguntaba cómo actualizar, en la ciudad, la referencia “comunitaria” del holismo idealizado del mundo rural. Park plantea en estos términos una problemática que puede considerarse como el punto de partida de las investigaciones de toda la Escuela de Chicago: “El problema social es fundamentalmente un problema urbano: se trata de lograr, dentro de la libertad inherente a la ciudad, un orden social y un control social equivalentes a lo que se desarrolló de manera natural dentro de la familia, el clán [*sic*], la tribu” (Park, :164).

¿En dónde se ejerce, por lo tanto, el control social? Para responder a esta pregunta, Park propone un enfoque llamado ecológico. Habla en primer lugar de “áreas naturales de segregación”. Cada área tiene una función propia de distribución de la población. Se definen “sectores” de distribución y, de manera simultánea, de segregación, en función del origen (migrantes), de acuerdo con la etnia, la edad, el tipo de organización familiar. Park propone considerar estas áreas como el hábitat natural (en el sentido ecológico) del “hombre civilizado” (el habitante de la ciudad) como antítesis del “hombre primitivo”.⁴ Estas áreas se transforman, progresivamente, en la publicación de Park, en “medios morales” y en “re-

giones morales”. Estas nociones, inicialmente reservadas para áreas diferentes, desde el punto de vista moral, o desviacionistas del resto de la ciudad (barrios de prostitución o de “bohemios”), van a abarcar todo el espacio urbano segregado. Esto es finalmente lo que va a matizar la hipótesis individualista inicial: “En una sociedad constituida de esta manera, el individuo se convierte en persona: una persona que no es más que un individuo que, en algún sitio, en un medio indeterminado, tiene un estatuto social, pero dicho estatuto resulta ser finalmente un problema de distancia —de distancia social” (Park, 1926 [1979]: 206).

A este nivel del razonamiento, podríamos buscar los significados que distinguen ciertos espacios del conjunto de una ciudad, para entender las fuentes de identidad que se asocian a ellos y que definen en parte esta “persona” del que habla Park en la cita mencionada. Delimitar de manera provisional regiones de distinción contribuye así a identificar parte del significado de los lugares. Sin embargo, Park, después de haber visto la ciudad bajo el ángulo de la segregación y de las regiones morales, vuelve a su hipótesis inicial: la del individuo. La figura del ciudadano se constituye recurriendo a metáforas o a tipos sociales intermediarios o intersticiales, como la calle, la deambulación y el paseante, el extranjero, la desenvoltura y la persona sin escrúpulos. En estos márgenes se recompone el abanico de recursos del ciudadano, quien rescata de esta manera y en teoría un poco de su libertad.⁵ La idea de movilidad es, para Park, el complemento lógico y teóricamente indispensable.

Para concebir la ciudad como espacio de segregación y como ámbito del individuo y de la libre opción, Park recurre a una noción y a una imagen. La noción es la de movilidad, la imagen la del mosaico.

Además de los transportes y las comunicaciones, la segregación misma tiende a facilitar la movilidad de los individuos. Los procesos de segregación crean distancias morales que convierten a la ciudad en un mosaico de pequeños mundos en contacto entre sí pero que no llegan realmente a interrelacionarse. Esto permite a los individuos pasar fácil y rápidamente de un medio moral a otro y favorece la experiencia fascinante, pero peligrosa, que consiste en vivir en varios mundos diferentes, contiguos pero a la vez muy distintos entre sí (Park, 1925 [1979]: 121).

La metáfora del mosaico ha sido frecuentemente utilizada para describir la ciudad. En el fondo, dicha metáfora forma parte del mismo concepto que el que usa la antropología que más tarde criticará a la Escuela de Chicago, oponiéndole una representación de los espacios urbanos como en-

claves. De hecho, no existen pruebas que sustenten que los mundos urbanos puedan ser caracterizados de una manera tan restrictiva, como propone Park, quien comete sin lugar a dudas el mismo error que sus críticos, como Oscar Lewis por ejemplo; éstos reconocen como mediaciones sociales para los habitantes de la ciudad únicamente a aquéllas que toman forma de grupos estructurados y *espacializados*, lo que remite al paradigma del ghetto.⁶ De hecho, Park utiliza de manera alternativa y complementaria un pensamiento individualista y una referencia socioespacial holista, separando las dos fases del enfoque. Este dualismo excluye la ambivalencia. Equivale a ignorar la dinámica del aspecto social y reducir su comprensión a soluciones idiosincráticas. Esta división del análisis en un criterio de referencia individual móvil (y abierto) y en un criterio de referencia social fijo (y cerrado), se hace aún más explícita cuando Park intenta abordar el diagnóstico de los problemas sociales: “De hecho, la mayoría de nuestros problemas habituales de comportamiento se resuelven efectivamente, y a pesar de tener pocas probabilidades de solución, mediante la transferencia del individuo de un medio en donde se comporta mal a otro medio en donde se comporta bien” (Park, 1929 [1979]: 172).

Para poder pensar la ciudad de manera global, a la vez de dar cuenta de su individualismo emblemático y de su heterogeneidad (social, racial, cultural), la antropología urbana debe, me parece, liberarse del *a priori* de la referencia espacial.⁷ Para operar tal ruptura con la tradición, puede apoyarse en el análisis de redes, ideado precisamente para dar cuenta de la fluidez de las relaciones urbanas.

Los antropólogos de la Escuela de Manchester, en el Rhodes Livingstone Institute, trataron de abandonar los enfoques “estructurales-funcionalistas”, debido a que su “inadecuación” se había hecho más patente mediante el contacto con las realidades urbanas y sus “sociedades a pequeña escala, que carecían de caracteres estructurales” (Mitchell, 1969: 9). Dentro de este marco, las redes se convertían en sinónimo de movilidad, de comunicación entre diversos medios y de cambio cultural. No por eso las redes se oponen a la idea de estructura. Así, Hannerz (1983) define la ciudad como “red de redes”. Aun si conviene subrayar que se trata aquí de una visión metafórica más que realista, queda cierto que el espacio urbano puede representarse como un conjunto articulado, y los medios sociales como sistemas solidarios, incluso más o menos mafiosos. Por su lado, Barnes (1969) introduce la noción de “red total” con el fin de circunscribir el conjunto de redes dentro de una situación determinada. Finalmente, la red total recompone estructura o, como lo sugiere Mitchell (1969: 49), las redes atraviesan las instituciones.

Conclusión

Un lugar urbano se puede definir desde el exterior —podríamos decir, desde arriba, en la medida en que esto remite a la ambición cartográfica—. Desde esta perspectiva, puede devenir una región moral, en el sentido en que lo usaba Robert Park, o una región de distinción como intenté sugerirlo para el caso de Bahía. Este nivel define límites de los espacios y subraya sus caracterizaciones sociomorales externas. Permite comprender las orientaciones de la movilidad residencial, la atracción de ciertas zonas en función de la distinción que proporcionan. Estos “sentidos y significados” del “lugar” tienen a la ciudad entera como contexto de referencia. Encontramos aquí una cartografía (real o imaginaria) de los ciudadanos que viven en ciertas partes de la ciudad y tienen de otra parte, por lo menos, alguna idea o imagen. Esta representación se da a la misma escala que la que usa el cartógrafo y, de una cierta manera, el sociólogo urbano. Es a esta escala que la ciudad de Salvador se puede subdividir según una modalidad simbólica dual, distinguiendo las riberas de la bahía (barrio antiguo y pobre) de las orillas del mar (moderno y rico); siguiendo esta línea de interpretación, los barrios y otros subespacios de la ciudad reciben parte de su identidad del propio hecho de estar localizado de uno u otro lado de la ciudad.

La definición de un lugar también se da desde el interior. Tendremos entonces que abstenernos, en un primer tiempo, de toda referencia y límite espacial. Observando posiciones, redes e itinerarios urbanos de los individuos (entendidos ellos como la primera “unidad urbana de pensamiento y acción”, según Park), veremos que el individuo se vuelve urbano a través de una serie de mediaciones sociales; las cuales se dan en el orden relacional y son directamente accesibles a la observación etnológica. Linajes, redes de compadrazgos, vecindarios, casas religiosas, bandas, asociaciones étnicas o lúdicas, todos pueden estar concentrados o diseminados en el espacio. Redefinen, cada una a su manera, el uso del espacio y las fronteras de los barrios, manzanas, esquinas y plazas de la ciudad. Vimos cómo, en un barrio popular de Bahía, podían existir significados y usos diferenciales del espacio según se trataba de grupos de pares masculinos o de redes femeninas.⁸ Si en un primer momento el objeto de la antropología urbana se construye *en contra* del espacio urbano, es para encontrar después, en la vida relacional, el significado de las representaciones de este

mismo espacio urbano; problema de escala, podríamos decir. La antropología realiza la mediación entre el individuo y la ciudad, y los mapas representan sus contextos de interpretación.

Notas

¹ Traducción de Annie Carrillo.

² La creación en 1974 de la Zona Metropolitana de Salvador, concebida como el territorio económico y político del cambio local, instaba igualmente a no tomar al pie de la letra los límites del municipio de Salvador. La Zona Metropolitana, concebida con base en la industrialización de punta, era administrada de manera independiente (organismo de estudio y de gestión propia). Refleja supuestamente el concepto de un sistema de conjunto, que daba un sentido (político-tecnocrático o popular) a la distribución de las diferentes instalaciones industriales y de los grandes conjuntos nuevos (hileras de casas o de pequeños edificios) a escala de los siete municipios; dentro de este mismo marco intermunicipal, se conocían y se controlaban relativamente los flujos diarios trabajo-residencia.

³ Evidentemente, con todas las reservas del caso, debido a las dimensiones de la ciudad y al carácter ilusorio de este tipo de ejercicio.

⁴ De esto se deriva la noción de “ecología urbana” que caracterizó a este grupo de investigadores de la Universidad de Chicago en los años 1920-1930.

⁵ Estos diferentes enfoques han sido desarrollados o analizados por Hannerz (1983), Simmel (1908/1979), Grafmeyer y Joseph (1979), Joseph (1983 y 1984). Desde esta perspectiva, Hannerz (p. 140) llega a diferenciar en la ciudad ciertos ámbitos considerados como “más urbanos” que otros: los del espacio público, del mercado, de la contrabanda. De nuevo encontramos la dualidad en una distinción hecha, más recientemente, por Joseph (1995: 9) entre el acercamiento de la ciudad a través de los espacios domésticos y públicos, estos últimos considerados como el lugar de emergencia de una cultura propiamente urbana.

⁶ Las descripciones de las vecindades de la Ciudad de México o del barrio Esmeralda de Puerto Rico (Lewis, 1963 y 1936) son características de la impresión de cerrazón física y social que sirve de contexto “comunitario” para el estudio de las familias urbanas.

⁷ Este *a priori* es parte de la ilusión monográfica, la cual presupone la transparencia de la relación entre un espacio, una sociedad, una cultura y un tipo de individuo. Se encuentran desarrollados estos temas, así como las diversas maneras de concebir el “lugar antropológico”, en Augé (1992: 57-95).

⁸ Ver Agier (1995), donde se retoman y desarrollan los ejemplos presentados aquí, en un estudio de las familias y de las sociabilidades de vecindad.

Bibliografía

AGIER, MICHEL

- 1995 "Lieux et réseaux. Les médiations de la culture urbaine", en: Ana Maria de Niemeyer y Emília Pietrafesa de Godoi (eds.), *Espaço e Territorialidades na Pesquisa Antropológica*, Campinas, Papirus, 24 pp., ms.

AUGÉ, MARC

- 1992 *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Seuil, París.

BARNES, J. A.

- 1969 "Networks and political process", en: Mitchell, J. Clyde (ed.), *Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central African Towns*, Manchester University Press, pp. 51-76, Manchester.

DUMONT, LOUIS

- 1983 *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, Seuil, París.

GRAFMEYER, YVES e ISAAC JOSEPH

- 1979 "Présentation. La ville-laboratoire et le milieu urban", en: *L'Écologie de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 5-52, París.

HANNERZ, ULF

- 1969 *Soulside. Inquiries into ghetto culture and community*, Columbia University Press, Nueva York.

- 1983 *Explorer la ville. Eléments d'anthropologie urbaine*, Editions de Minuit, París.

JOSEPH, ISAAC

- 1983 "Les répertoires du citadin", en: Ulf Hannerz, *Explorer la ville. Eléments d'anthropologie urbaine*, Editions de Minuit, pp. 7-15, París.

- 1984 "Urbanité et ethnicité", en: *Terrains* (París, Francia), núm. 3, pp. 20-31,

- 1995 "Le droit à la ville, la ville à loevre. Deux paradigmes de la recherche", en: *Annales de la Recherche Urbaine* (París, Francia), núm. 64, pp. 5-10.

LEWIS, OSCAR

1963 *Les enfants de Sanchez. Auto-biographie d'une famille mexicaine*, Gallimard, Paris.

1969 *La Vida. Une famille portoricaine dans une culture de pauvreté: San Juan et New York*, Gallimard, Paris.

MITCHELL, J. CLYDE

1969 "The Concept and Use of Social Networks", en: *Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central African Towns*, Manchester University Press, pp. 1-50, Manchester.

PARK, ROBERT EZRA

1979 [1925] "La ville. Propositions de recherche sur le comportement humain en milieu urbain", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 79-126, Paris.

1979a [1926]: "La communauté urbaine. Un modèle spatial et un ordre moral", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 193-207, Paris.

1979b [1929] "La ville comme laboratoire social", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 163-179, Paris.

RIBIERO, LUIS CESAR DE QUEIROZ y LUCIANA CORRÊA LAGO

1994 "Brésil: évolution métropolitaine et nouveaux modèles de inégalité sociale", en: *Problèmes d'Amérique latine, La documentation française*, Paris num. 14, pp. 269-281.

SIMMEL, GEORG

1979 [1908] "Digressions sur l'étranger", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 53-59, Paris.

WACQUANT, LOÏC

1993 "De l'Amérique comme utopie à l'envers", en: Pierre Bourdieu (ed.), *La misère du monde*, Seuil, pp. 169-179, Paris.

Esta primera edición de *Nueve estudios sobre el espacio.*
Representación y formas de apropiación
se terminó de imprimir en la Ciudad de México el
día 12 noviembre de 1997
en los talleres de Enfoque Litográfico S. A. de C. V.
Su formación y composición tipográfica estuvieron a cargo de
Enrique Hernández López.
Se usaron tipos Times de 24, 18, 14, 10:12 y 9:10 puntos.

El volumen que el lector ahora atiende, versa, como el título expresa, sobre la manera en que nuestra cultura representa y se apropia del espacio. *Nueve estudios sobre el espacio*, coordinado por Odile Hoffmann y Fernando I. Salmerón Castro, incorpora en su parte primera —“El espacio representado”—, textos de Claude Bataillon, Alfred Siemens, Luc Cambrezy, Roberto Melville, y Jean-Yves Marchal y Rafael Palma; mientras que los artículos de Emilia Velázquez H., José Velasco Toro, Marielle Pepin Lehalleur y Michel Agier integran “Territorio e identidad”, segunda parte del libro.

Cada ensayo tuvo su origen en el encuentro “Organización Social y Representación del Espacio. Seminario Internacional de Investigación CIESAS-ORSTOM”, llevado a cabo en el CIESAS-Golfo, en la ciudad de Xalapa, Veracruz. El propósito de dicho encuentro fue buscar “no sólo articulaciones nuevas frente a las dificultades del terreno, sino también alternativas al determinismo geográfico.” Dicha vía, anotan los coordinadores, “ha pasado justamente por la exploración de la interacción entre espacio y sociedad.”



ORSTOM

INSTITUT FRANÇAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE POUR LE DÉVELOPPEMENT EN COOPÉRATION